

**ANTONIO MARTÍNEZ MENCHÉN**

**LA ESPADA**

**Y**

**LA ROSA**

*A mi sobrina Anabel,  
amante de todo lo medieval.*

## Nota preliminar

*Este relato no pretende ser una novela histórica. De hecho tan sólo he seguido los hechos históricos en el episodio referente a la primera cruzada. El resto tanto en los nombres como en los lugares y acontecimientos, es completamente imaginario. Incluso la cronología puede resultar algo fantástica, pues en el transcurrir novelesco los años pueden equipararse a decenios, tal como ocurre a quienes vivieron en la maravillosa isla de Avalan.*

*Lo que he pretendido en este relato es dar a conocer a los muchachos algo de lo que por diversas razones se encuentran alejados: la literatura medieval. Así que dentro de una estructura argumental original pero que responde a la de múltiples obras medievales y a la de los cuentos de hadas, he ido insertando como trama una serie de temas tomados de diversas obras de la Edad Media -poemas caballerescos y religiosos, lais, fábulas- que el conocedor podrá fácilmente identificar. Unas veces -como en la leyenda del Caballero del Cisne según La gran conquista de Ultramar- la trasposición, aunque resumida, es muy fiel; otras veces he transformado o modificado el tema original; otras en fin, me he limitado casi a una breve cita.*

*Aunque la mayoría de las fuentes utilizadas lo han sido de la literatura medieval occidental, y muy particularmente de la francesa, también he manejado, sobre todo en la aventura fantástica de Gilberto, fuentes orientales. La diferencia entre una y otra es escasa, ya que ambas se encuentran en ese terreno común, fuente de toda la gran literatura, que es el relato mítico. Con todo ello he pretendido construir una obra eminentemente lúdica, en la que, mediante una serie de temas literarios medievales, se dé al joven lector, una panorámica de todo un período histórico -la Baja Edad Media- con su belleza y su miseria, su brutalidad y su piedad, su ignorancia y su sabiduría, su crueldad y su religiosidad profunda.*



Al final del libro, en el apéndice, el lector encontrará información sobre los temas relacionados con fuentes medievales que aparecen en el libro.

# 1

## El monasterio abandonado

Cuando empieza a tañer la campana es que va a soplar el viento del norte.

Una vez pregunté al hermano Martín por qué toca esa campana sin que nadie la agite, pero el hermano no supo responder.

La campana es pequeña. Cuelga en una espadaña situada sobre la puerta de entrada del monasterio. Esa puerta, como todo el monasterio salvo la antigua cocina del patio donde vivimos Martín y yo, se encuentra en ruinas. Nadie puede hacer sonar la campana. Sólo el viento del norte.

Pero la campana tañe antes de que el viento del norte comience a soplar. Tañe al atardecer, en días oscuros como éste con el cielo cubierto de nubarrones plumizos que penden inmóviles del aire. Pasa gritando una bandada de cuervos y apenas se han perdido sus gritos allá hacia el sur, comienza a tañer la campana. Es entonces cuando dice el hermano Martín: «Moisés, añade un buen tronco al fuego. El viento del norte va a soplar.»

Pronto comienzan sus aullidos. Porque el viento del norte nos trae los aullidos del lobo y los demonios, aunque yo no sé si se limita a traer sus aullidos o son esos mismos aullidos los que forman, los que constituyen la propia sangre y carne del viento del norte.

Vuelan en remolinos las últimas hojas del otoño. Tiemblan cimbreándose hasta rozar el suelo con su copa los álamos y los cipreses. A veces uno se desgaja con un gemido casi humano, pero más fuerte, más intenso; tal un gigante que gimiera. Entran ráfagas heladas por la puerta, por la chimenea, esparciendo las llamas. Es atroz este silbido que llega hasta los huesos. Cuando ya todo está oscuro, las llamas agitadas pintan las paredes con figuras siniestras. Temblando de frío y miedo me acurruco junto al hermano Martín. Es entonces cuando el hermano me narra antiguas historias, historias de monjes que vendieron su alma al maligno, de leprosos que ponen sordina a su campanilla para sorprender al viajero, de partidas de soldados que incendian y asolan la campiña, de campesinos hambrientos que acechan a los niños a quienes asesinan y luego devoran para combatir su hambruna, de siervos fugitivos que viven entre las bestias salvajes en lo profundo del bosque. Silba el viento, se agitan bajo su soplo las llamas del hogar que llenan en su danzar de inquietantes figuras las paredes y yo, tembloroso y asustado, me acurruco junto al hermano que narra antiguas historias. De pronto el monje cesa en su parla.

—Escucha —dice—, escucha el silencio. El viento ha dejado de soplar. Ahora está nevando.

Sí. Ha comenzado a nevar. Me esfuerzo en ver, a través de la tabla rota en la parte superior de la puerta de roble que el hermano atranca con un grueso leño, los copos blancos que caen mansamente sobre el huerto, pero mis ojos no pueden taladrar la oscuridad.

El hermano y yo permanecemos junto al fuego que ahora arde tranquilo. Me gana el sueño y quedo dormido junto al lar. No sé el tiempo que llevaré durmiendo, cuando el salvaje silbar de una ráfaga de viento en la chimenea me despierta sobresaltado.

El viento del norte sopla otra vez. Ahora ya no caerán lentos y mansos los copos de nieve, sino que la ventisca los agitará en cegadores torbellinos. Que Nuestro Señor y su Santa Madre tengan piedad de quien yerre su camino en noche como ésta.

León, el gran alano que se trajo el hermano Martín de la abadía, ha comenzado a gruñir enseñando los dientes.

Hay alguien tras la puerta. A través del roto cuarterón me parece distinguir, destacándose de la oscuridad, la parte inferior de un rostro cubierto por una espesa barba blanquecina.

Temeroso, despierto al hermano.

–Hay alguien en la puerta –digo. León gruñe fieramente. El hermano se incorpora, empuña una gruesa rama de roble y pregunta:

–¿Quién va?

–Un pobre peregrino –responde una voz grave y recia.

Duda el hermano entre los dictados del temor y la caridad. Por fin se decide.

–Sujeta al can –me dice mientras desatranca la puerta.

Entra el viajero. Gracias a Dios, y en contra de lo que temíamos, entra un hombre solo. Un hombre de edad, casi un anciano, de estatura gigantesca, el cuerpo abrigado por una larga capa toda cubierta de nieve. También cubre la nieve su barba y su cabello entrecano. Debe de estar enfermo de los ojos, pues tantea al andar.

–Quitaos la capa y sentaos junto al fuego –dice el hermano Martín. Y al observar el paso vacilante del viajero, añade–: ¿Estáis enfermo?

–Son los ojos –responde el viajero mientras se despoja de la capa y toma asiento junto al hogar–. Veo cada vez peor.

–¿Y dónde camináis casi sin poder ver y en noche como ésta?

–Marchaba en peregrinación para orar ante el Señor Santiago en cumplimiento de una promesa. Pero creo que erré el camino.

–¿Andabais solo?

–Un mozuelo me servía de ojos. Mas picóle una serpiente y murió.

–En una noche como la de hoy –dice el hermano–, andando solo y perdido, milagro me parece que vos no estéis también muerto.

–Cuando reina la oscuridad, mejor nos valemos quienes estamos acostumbrados a la penumbra que los hechos a la luz. Hace horas llegó hasta mí un son de campana. Orienté mis pasos hacia él, y aun cuando pronto se apagó, ya no pudieron desviarlos ni el bramar del viento ni los torbellinos de nieve.

Aunque sentado junto al fuego, largos escalofríos estremecen al viajero. El hermano Martín ha calentado un resto de nuestra sopa de coles.

–Esto os entonará –dice alargándole la escudilla.

–Dios premie vuestra caridad. Se ha calmado el viento. El alano cesó en su fiero gruñir y permanece tranquilo tendido a mis pies.

–¿Dónde están los monjes? –pregunta.

–No hay monjes. Si vieseis mejor os hubierais dado cuenta de que os halláis en un monasterio en ruinas, abandonado. Hace ya largo tiempo la abadía se quemó y los monjes la dejaron para fundar otra a dos jornadas de aquí, río abajo. Esto desvió el camino de los peregrinos. Vos tomasteis la antigua senda abandonada.

–Pero dentro de lo poco que mis ojos me dejan percibir, vos mismo sois un fraile.

–Tan sólo un pobre lego –responde humildemente el hermano Martín.

–¿Y cómo no marchasteis con los demás?

–Me negué a ello. Hace muchos años, alguien me abandonó a la puerta del monasterio. Los monjes me criaron en él. Cuando ellos se fueron, pensé que si Dios me había traído aquí sería con algún designio. La cocina en que ahora estamos se había salvado del incendio y aún estaba habitable. Disponía del huerto, que me proporcionaba hortalizas y algunas frutas, y del río, donde podía pescar. Lo suficiente para vivir conforme a la Orden de San Benito. La iglesia, aunque casi en ruinas, continuaba siendo un lugar santo donde poder orar. Solicité al abad permiso para vivir como ermitaño y él me lo otorgó.

–¿Y el muchacho?

–Hace unos once años, cuando yo llevaba muchos viviendo en esta soledad, un día bajó el río lleno de cadáveres. Entre tanto muerto vi, sujeto sobre un escudo, un niño de unos dos o tres años. Estaba aún vivo. Lo rescaté de la corriente, lo cuidé, le puse por nombre Moisés y lo dejé conmigo, pues pensé que él también había llegado hasta aquí por oculto designio del Señor.

Arrecian los escalofríos del viajero. El hermano le toca la frente.

–Estáis ardiendo. Tendeos a descansar mientras os preparo una tisana.

–No quisiera molestar más –dice el hombre tumbándose sobre una frazada de heno–. Mañana me gustaría reemprender mi peregrinación.

–Eso –responde el hermano Martín– será sólo si Dios lo quiere.

El viento ha soplado durante toda la noche. Gime de tarde en tarde León, echado manso a mis pies. El viajero duerme intranquilo. De vez en vez lanza unos suspiros profundos y entre sueños habla una extraña lengua, desconocida para mí. Al escucharle ese raro idioma me viene el recuerdo de otro viajero que en mala hora fue acogido una noche en la abadía, ya que habría de ser la causa de su hundimiento.

Muchas veces a lo largo de estos años, el hermano Martín me contó la historia. Tantas veces la narró con tales detalles, que casi puedo ver a aquel viajero que llegó al entonces floreciente monasterio muchos años antes de que yo naciera. Puedo ver su alta figura envuelta en una capa negra, sus ojos negríssimos con una mirada de fuego, sus negros rizos cayendo sobre una frente morena surcada de profundas arrugas, su entrecejo sombrío. Más que cristiano –decía el hermano Martín– semejava uno de esos sarracenos enemigos de Dios.

Caritativamente acogieron los monjes al extraño. Contra lo que presagiaba su apariencia, resultó buen cristiano y frecuentaba la oración. Mas cuando le preguntaron por su vida, confesó haber morado largo tiempo en tierra de infieles. Allí, entre moros y judíos, aprendió varias ciencias, entre ellas el arte de curar. Esto hizo que la mayoría de los monjes le miraran con recelo. Pero aparte de fray Humberto, encargado del herbolario, que pronto se benefició de la ciencia del extranjero, encontró en fray Silvestre, el bibliotecario, un decidido y poderoso valedor.

Ahora, mientras contemplo al peregrino y al hermano Martín dormir junto al lar y escucho el silbar del viento del norte, recuerdo la historia que tantas y tantas veces me narró el hermano. «Si fray Silvestre», decía, «no le hubiera protegido, él no hubiera permanecido en la abadía y ésta seguiría en pie tan próspera y floreciente como antaño. Fue su afición desmedida por la ciencia del forastero lo que nos trajo la ruina. Que Dios le haya perdonado.»

El peregrino se revuelve inquieto. La calentura le hace delirar. Habla con palabras entrecortadas que no comprendo, pero que me suenan al ladrar de la morería. ¿Habrá él también vivido entre infieles, como Hildebrando, como el propio fray Silvestre vivió?

Hombre extraño este fray Silvestre, según lo que el hermano Martín me narró de él. Descendía de los grandes señores que cedieron tierras para la fundación de la abadía, de ahí su peso y su poder. Pero antes que fraile fue guerrero y también anduvo en tierras de infieles y convivió con ellos, y hasta dicen que se desposó con una princesa sarracena. Después, cuando arrepentido tomó los hábitos, no aspiró a ser abad, cosa fácil para él dada la alteza de su cuna. Conformóse con dirigir el escritorio y la biblioteca, siempre entregado a los autores gentiles contra la opinión al propio abad quien, siguiendo al gran Odilón\*, decía no han de ser los antiguos poetas paganos, sino los Santos Padres quienes ocupen el trabajo del monje.

Duerme, plácido, el hermano Martín. El hermano Martín se muestra agradecido a fray Silvestre, porque le instruyó en la Gramática transmitiéndole, lo mismo que él ha hecho luego conmigo, las enseñanzas de Donato\*\*. Pero, sin embargo, da la razón al abad. El gran Odilón, cuenta Martín,

\* Odilón: Más conocido como san Odón, fue el segundo abad de Cluny (879-942). Tuvo una enorme influencia tanto política como cultural en su época.

\*\* Donato: Aelius Donatus. Famoso gramático del siglo IV autor de las obras *Ars maior* y *Ars minor*, muy utilizadas durante la Edad Media para la enseñanza del latín.

tuvo un sueño.

Vio en su sueño un jarrón maravilloso, un jarrón de oro y gemas preciosas tan primorosamente modelado que parecía fabricado en el propio Paraíso. Pero cuando estaba más entregado a la contemplación de la obra asombrosa, comenzaron a salir sierpes por ella. El maravilloso jarrón era un nido de víboras. Y el sabio abad de Cluny supo interpretar el aviso que, mediante su sueño, le había enviado Dios Nuestro Señor. Esa joya hermosísima de la poesía de los griegos y latinos, que tanto gusta a muchos de sus monjes, tan sólo guarda en su interior los frutos del Infierno.

Pero fray Silvestre es esta poesía de la que gusta y hace que trabajen sobre ella en el escritorio. Cuando llega el extraño peregrino pronto abandona a los demás monjes para pasar el tiempo con él. Ya murmuran en el monasterio sobre la relación de esos dos hombres que tienen en común haber vivido largo tiempo en tierras sarracenas. Y esas murmuraciones se intensifican cuando fray Silvestre dispone de una parte de la biblioteca para que el extranjero se entregue en ella a extrañas prácticas. De muy lejos, seguramente de tierras de moros, hacen traer raros artilugios que nunca antes se habían visto en la abadía y que a todos parecen obra de Satanás. Y mientras los demás monjes se entregan al reposo o la oración, fray Silvestre, descuidando las obligaciones de la orden, pasa las noches con el forastero en aquella torre de la biblioteca cuyas ventanas se iluminan con siniestros resplandores y de la que escapa un humo infernal. Hasta que una noche ocurre lo que todos temían. Se produce un espantoso trueno y, primero la biblioteca, después todo el monasterio son presa de las llamas. Tan sólo se salva esta cocina retirada y en desuso donde ahora habitamos el hermano Martín y yo.

Mientras contemplo al hermano Martín dormido junto a este extranjero que en su delirio habla en una lengua extraña, me pregunto si su presencia no le habrá evocado aquel otro que llegó aquí hace muchos años. «Los monjes», me dice el hermano siempre que me cuenta la historia, «creían que era el propio Satán y que se llevó con él a fray Silvestre. Yo no lo sé. El hecho es que nadie pudo encontrar los restos del monje y el extranjero entre las ruinas». Viéndole ahora dormir, me pregunto si habrá pensado que este hombre que junto a él reposa pueda ser, como aquél, también una personificación del Enemigo. En todo caso, ha sabido seguir el mandato de nuestro Señor que nos predicó la caridad. Él y su Santa Madre permitan que esta caridad nos traiga bien a todos.

## Gilberto

**D**ios no quiso que el peregrino tomase al día siguiente el camino de Santiago.

Gilberto –éste es el nombre del caballero pues, como hemos podido saber, de un caballero se trata– ha permanecido enfermo largo tiempo. Sólo los cuidados del hermano Martín y el favor de Dios le han conservado la vida.

Ahora, cuando al fin comienza a lucir el sol y a derretirse la nieve, Gilberto sale de vez en vez y da un breve paseo por el antiguo huerto o por el viejo claustro en ruinas. Su extrema delgadez parece alargar aún más su elevada estatura. Tan alto, flaco y pálido, paseando al poniente entre las rotas arcadas del claustro, él mismo semeja un espectro; el espíritu de uno de los caballeros que reposaban en la cripta y cuyos restos se llevaron los monjes cuando se trasladaron a la nueva abadía.

El invierno parece que llega a su fin. Yo no recuerdo un invierno tan duro como el que está a punto de acabar. Nieve, viento y hambre. Esto es lo que ha supuesto el invierno para nosotros.

Día tras día cae la nieve mientras el ventarrón sopla formando furiosos torbellinos que casi nos impiden salir. El lobo aúlla toda la noche. A veces, movido por el hambre, se llega a escarbar la puerta de nuestro refugio, escalofriándonos de miedo y haciendo que se ericen los pelos del can, que muestra amenazador sus colmillos. Al fin abandona su intento de entrar y se aleja. Pero allá a lo lejos su largo y triste aullido sigue estremeciendo la noche.

Siempre que escucho aullar al lobo recuerdo la historia que me contó el hermano Martín:

Vivía al otro lado de esta montaña un conde que tenía una hermosa hija. La hija del conde gustaba ir a cazar sola, sin dejarse acompañar tan siquiera de los monteros. Un caballero de la vecindad solicitaba a la doncella pero ésta no correspondía a su amor.

Cierto día el caballero, recelando, por el desprecio de la doncella y sus escapadas solitarias al monte, que ésta acudiera a la cita de algún amante, la siguió furtivamente a una de sus cacerías. Cuando la joven llegó a lo más profundo del bosque el galán, oculto entre los árboles, vio cómo bajaba de su caballo y se despojaba de sus vestiduras. Pero el enamorado apenas pudo recrear sus ojos en la desnudez de su amada pues ésta, nada más quitarse su última prenda, se transformó en un enorme lobo blanco.

El lobo se alejó, internándose en el bosque. Oculto entre los árboles, sujetando su corcel, que pugnaba por huir aterrorizado, el caballero esperaba el final de su aventura.

A la caída de la tarde, el lobo blanco regresó, sus fauces aún tintas de sangre. El caballero pudo comprobar cómo, a diferencia de lo que ocurría con su caballo, el corcel de la doncella permanecía tranquilo junto al lobo. Éste se tendió sobre la ropa e inmediatamente recobró su forma de mujer. La doncella vistióse y, montando en su caballo, se dirigió a su castillo.

Varias veces siguió el caballero a su amada sin que se produjera la transformación. Tal como decía en el castillo, pasaba el tiempo entregada a la caza con más fortuna que la mayoría de los hombres. Pero un día volvió a despojarse de sus vestiduras y a convertirse de nuevo en aquel gran lobo blanco en que se había transformado la primera vez.

Mas ahora su galán no se limitó a esperar su vuelta. Apoderóse de los vestidos de la doncella y se alejó hasta un altozano desde el que podía divisar el claro del bosque donde se había producido la transformación. Desde allí pudo ver cómo al lubrican volvía el lobo blanco, cómo daba en vano vueltas y vueltas buscando sus vestidos, cómo aullaba

desesperadamente y cómo, al final, se adentraba en el bosque. Nunca más volvió a aparecer. A veces algunos cazadores dicen que lo han visto, pero ninguno lo ha podido abatir.

Esta es la historia que me contó el hermano Martín, la historia que siempre me viene a la cabeza cuando, durante los días de invierno, me llega desde el profundo del bosque el largo aullido de los lobos.

Sí, éste ha sido un largo y duro invierno. Milagro parece que hayamos escapado de él con bien. Sobre todo el caballero que a la mañana siguiente a su llegada parecía que iba a finar, de la calentura y temblores que tenía. El hermano Martín procuraba aliviarle con los remedios que en otros tiempos le enseñó el herborista, sin que por ello sus males encontrasen alivio.

Durante un tiempo desesperamos de poder salvarlo. Sobre todo por su extrema debilidad, agravada por el hambre. Porque el hambre nos ha castigado a todos a lo largo de estos meses de frío interminable, que parecía no iban a acabar nunca.

A poco de comenzar a nevar una turba desarrapada arrancó las pocas hortalizas que había en nuestro huerto. Milagro es que no entrase en nuestro refugio para robar y asesinarlos, pues en estos tiempos de miseria el hombre llega a los mayores extravíos. Ni siquiera la carne humana es sagrada cuando uno tiene las entrañas corroídas por la hambruna. Pero estas piedras aún imponen respeto, no sé bien si debido a su antigua santidad, o al contrario por temor al Enemigo que, según general creencia, un día entró en el monasterio y, tras ganarse la voluntad del monje Silvestre, por arte diabólica entregó a las llamas la abadía.

Tras el asalto, sólo algunos bulbos y raíces que Martín y yo desenterrábamos en el bosque y cocíamos durante horas y horas nos han servido de comida. Pero, si he de decir la verdad, nuestra vida se la debemos a las chovas. La chova es un feo pajarraco, un pájaro agorero y desagradable, pero que tiene una costumbre maravillosa: a una determinada hora les gusta agruparse en un mismo árbol, y este árbol es precisamente el gran manzano seco que se levanta frente a la puerta de nuestro hogar. A la caída de la tarde sus ramas negrean de grajinas. Y siempre hay alguna que se posa en una de las varitas enligadas que Martín y yo colocamos allí.

Sí, han sido las chovas quienes nos han permitido sobrevivir. Su carne no es precisamente la de la becada, pero es un ave al fin. No como esas asquerosas ratas negras que pululan por la antigua cripta, que sólo de verlas se me revuelve el estómago, pero que han sido las que han salvado del hambre a nuestro buen León.

Pero el invierno ha pasado ya. Luce el sol y cantan los pájaros. El huerto comienza a darnos su verdura y el río sus peces. Cruzan el aire bandadas de estorninos y en el ramaje del viejo manzano se posa el *zorzal*, de carne más jugosa y tierna que la chova. Se ha ido la nieve y tan sólo de tarde en tarde nos llega el aullido del lobo que vaga lejos en lo más profundo del bosque.

El sol que ahora brilla parece haberle dado la vida a Gilberto. Aún enflaquecido, el caballero está recobrando su antigua fuerza. A veces se interna en el bosque para cortar leña y vuelve cargado con un gran haz. Hasta la vista parece que está recuperando. Sus ojos ya no temen a la luz y a más de los contornos comienza a distinguir los detalles de las cosas.

Ahora, viéndole pasear entre las ruinas del claustro, me cuesta creer que este anciano de magra figura y mirar cansado haya estado en la tierra que pisó Nuestro Señor, que haya combatido contra los infieles frente a los muros de Jerusalén, que haya servido a las órdenes del gran Godofredo, nieto del Caballero del Cisne. Aunque cuando un día le hablé de esa historia tal como, según Martín, la cantan los juglares, él sonrió incrédulo.

—¿Quién os contó esto? —me pregunta.

–El hermano Martín. Él me lo contó tal como lo escuchó de labios de un juglar que un día se acercó al nuevo monasterio, hace ya de esto mucho tiempo, antes de que yo naciera.

–Sí, se cuentan muchas cosas de los caballeros que fueron a Tierra Santa.

–¿Y no son ciertas?

–Unas sí y otras no.

–¿Y ésta del Caballero del Cisne, es de las ciertas?

–Cuando la cantan los juglares, lo será. Todo es posible –añadió tras permanecer un rato pensativo–. Yo mismo te contaré algún día mi historia y verás que también podría servir de tema al cantar de los juglares.

–De todas las historias que me ha contado el hermano Martín durante las largas noches de invierno, pocas me han gustado tanto como esa del abuelo de Godofredo de Buillón, la historia del Caballero del Cisne.

»Antes de dormir, en la oscuridad, me imagino el aspecto de los personajes de la historia. Me imagino a la joven que el rey encuentra en el bosque como una doncella blanca y esbelta, de cabellos de oro y ojos tan dulces que enternecen el corazón del rey hasta el punto de que la toma por esposa. Me imagino a la malvada madre del rey como una bruja de nariz corva y ojos de águila, ojos duros y crueles, pues muy cruel debe de ser una abuela que hechiza a sus seis nietos transformándolos en cisnes. Y a la hermanita, quien devuelve su figura humana a cinco de aquellos seis niños hechizados por su abuela mientras su padre estaba en la guerra, la imagino como una muchacha morena con la mirada centelleante de las hadas. Y sobre todo veo al caballero que en su barca, guiada por su hermano cisne, va por el mundo en defensa de los desvalidos e inocentes... Sí, le veo como un hombre alto, de cabellos rubios, hermoso como un ángel, su cabeza protegida por un yelmo de oro y su pecho por una coraza de plata resplandeciente. Y yo, que he pasado toda mi vida en esta abadía en ruinas, que apenas he visto a otra persona que al hermano Martín, que no conozco nada del mundo, que jamás he empuñado una espada; yo, en la soledad de la noche junto a las llamas mortecinas, sueño con ser un caballero justiciero e invencible como él.

»Según cuenta la canción que el hermano escuchó a un juglar cierta vez que fue a visitar la nueva abadía antes de que yo llegara aquí sobre las aguas del río, aquel caballero también llegó por el río en su barquilla arrastrada por su hermano cisne hasta Nimeya, donde la duquesa de Buillón había acudido al emperador en demanda de justicia contra un traidor que le había arrebatado sus tierras. Y el Caballero del Cisne fue el paladín de la duquesa y venció al usurpador y le devolvió su feudo. La duquesa, en premio, le concedió la mano de su hija. Y la noche de su boda el caballero hizo prometer a la doncella que jamás le preguntaría su nombre ni su historia. Y así vivieron felices durante ocho años, y tuvieron una hija que sería la madre del señor Godofredo, el conquistador de Jerusalén. Pero al cabo de los ocho años el Enemigo tentó a la mujer lo mismo que había hecho con nuestra madre Eva, infundiendo en su pecho una invencible curiosidad. Y la duquesa, rompiendo su promesa, preguntó al caballero su nombre, linaje e historia. Y el caballero, muy triste, dijo a la duquesa que había roto su promesa, y que tenía que irse y nunca más le volverían a ver. Y entonces apareció el cisne arrastrando su barquilla, y lanzó un gran grito, y entonces el caballero abandonó el castillo y subiendo en aquella barquilla que arrastraba su hermano el cisne, se alejó por el río perdiéndose para siempre.»

Cuando termino mi narración, el caballero sonrío levemente. No sé por qué, cuando le miro sonreír, pienso que no le da mucho crédito.

–Vos –le digo– no creéis en esta historia del Caballero del Cisne. No creéis que éste fuera el abuelo del Godofredo, rey de Jerusalén.

–¿Por qué no iba a creerla? Es una historia que ya contaban los juglares, allá en oriente, y que se cuenta en toda la Cristiandad, aunque no siempre de la misma manera. Pude

escuchársela a un juglar que volvía de Santiago de Galicia y el principio era distinto del vuestro y de todos los que hasta entonces oí.

—¿Cómo era?

—Un rey tenía una hermosa hija. Aunque todos sus vecinos la pedían en matrimonio, no quería desposarse. Temiendo que su padre la obligase a tomar estado, cierto día partió de su castillo y, encontrándose una barca a orillas del mar, se introdujo en ella y se dejó ir a la ventura. La barca arribó a un desierto y la princesa empezó a caminar por él. En esto oyó latir de canes y, temerosa, se ocultó en el hueco de una encina. Y era que el conde dueño de aquel desierto había salido a cazar ciervos, y cuando los lebreles aventaron a la princesa comenzaron a ladrar. Y como la princesa, asustada, daba grandes voces, el conde al escucharlas pensó que podían ser del diablo, pues nadie se aventuraba a entrar en aquel lugar ya que el conde lo tenía prohibido. Pero, como escuchó que las voces imploraban a Dios y a Santa María, tomó confianza y descubrió a la princesa en la encina. Y tras consolarla, llevóla a su castillo, y después la desposó contra la voluntad de su madre, que no deseaba ver a su hijo casado con una desconocida.

»El conde partió para la guerra y la infanta durante su ausencia alumbró siete varones. Y cada vez que nacía uno bajaba un ángel del cielo y le ponía un collar de oro en el cuello. El caballero que se había quedado guardando a la doncella pensó que aquello era cosa del cielo y mucho se alegró y escribió al conde su señor comunicándole la buena noticia. Pero la reina cambió la carta por otra donde decía que la infanta había tenido siete podencos, cada uno de ellos con un collar de oropel.

»Cuando el conde recibió la carta, hubo un gran pesar. Pero no mandó que matasen a la madre y a los hijos como intentaba la abuela que hiciera, sino que escribió al caballero ordenándole que los guardase. Mas la abuela engañó otra vez al mensajero y trocó la carta de su hijo por otra en la que se ordenaba encarcelar y dar muerte a la condesa y a los siete podencos que alumbró.

El caballero no cumplió la orden sino que, tomando los siete niños, los abandonó en el monte. Y Dios nuestro señor acogió a los niños bajo su protección y envió una cierva para que los criase. Después fue un ermitaño quien los recogió y tomó bajo su amparo. E iba con ellos a pedir limosna, y todo el mundo los socorría cumplidamente pues a todos maravillaba su hermosura.

»La madre del conde oyó hablar de aquellos niños y pidió al ermitaño que los condujese a su presencia. El ermitaño fue con seis de los siete hermanos, quedándose uno al cuidado de la ermita. Y cuando su abuela los vio conoció que eran sus nietos, y engañando al ermitaño con buenas palabras hizo que permaneciesen en su castillo. Después mandó llamar a dos escuderos muy fuertes y feroces y les ordenó que degollasen a aquellos seis niños en su presencia. Mas conforme les iban quitando los collares de oro para degollarlos, los niños se transformaban en cisnes que se escapaban volando a través de la ventana.

»Al verlo, la abuela pensó que los collares estaban hechizados y los entregó a un platero para que los fundiese e hiciese con ellos una gran copa de oro. El platero fundió el primer collar y el oro creció tanto que pudo hacer con él una gran copa, guardándose los otros cinco. Y cuando entregó la copa a la madre del conde, ésta no receló el engaño.

»Entre tanto, los cisnes, habían llegado a un lago cercano al lugar donde moraba el ermitaño. Y cuando éste y el muchacho que había permanecido en la ermita pasaron por allí salieron los cisnes y se acercaron a ellos y comenzaron a halagarlos con sus picos y alas con muestras de gran amor. Y el ermitaño y su hermano les ofrecieron parte de la comida que llevaban y ellos la comieron con gran contento. Y ambos quedaron maravillados de lo que ocurría con aquellos cisnes.

»Al fin, tras dieciséis años, el conde volvió de la guerra. Y cuando preguntó por sus hijos al caballero a quien había encomendado la custodia de la condesa, éste le mostró sus cartas.

»El conde descubrió el engaño y que había sido su madre la causante. Acudió a ésta muy sañudo para que le diese explicaciones. Y entonces su madre dijo que todo lo hizo por su bien, por cubrir su vergüenza ya que su mujer había tenido un parto múltiple, y esto era signo de adulterio. Y que, por tanto, debía proceder de acuerdo a lo acostumbrado en estos casos. Y en conformidad con tal costumbre, la condesa debía ser quemada, a no ser que un caballero probase su inocencia en juicio de Dios. Y aunque el conde no quería, tuvo que someterse a lo que era costumbre. Y la condesa fue condenada a la hoguera salvo que un caballero saliese en su defensa y resultase vencedor en buena lid.

»Se echaron los bandos, pero ningún caballero acudía a defender a la condesa. Mas un día, antes de que ésta fuera conducida a la hoguera, un ángel se le apareció en sueños a su hijo y le contó su historia. Y le dijo que Dios había dispuesto que, tras defender a su madre, fuese por el mundo amparando a todas las damas injustamente agraviadas, y que Nuestro Señor le daría su ayuda para que siempre saliese vencedor. Y así fue como acudió en defensa de su madre y, tras vencer al caballero que mantenía la acusación, descubrió a su padre toda la verdad. Y éste forzó a su madre a confesar sus felonías.

»Cuando el mancebo oyó que sus hermanos habían sido transformados en cisnes al quitarles los collares, recordó a los cisnes del lago y dijo que sin duda esos cisnes eran sus hermanos. Después llamaron al platero y éste les entregó los cinco collares. Y así fueron al lago y encontraron a los cisnes, que iban recobrando la figura humana conforme les ponían los collares. Pero uno, aquel que no tenía collar pues el platero lo había fundido para hacer la copa de oro, no pudo recobrar su apariencia humana. Y este cisne es el que conducía la barquilla donde marchaba el Caballero en busca de la aventura.

—Éste es —dijo tras una pausa Gilberto— el principio de la historia del Caballero del Cisne tal como la narra un juglar que volvía de Santiago de Galicia. Lo que continúa es ya igual que la que me has contado tú y se cuenta por toda la Cristiandad.

Durante largo tiempo no he podido dormir pensando en la historia que me ha narrado Gilberto. No sé por qué, este otro principio me conmueve profundamente y, sin demasiada razón, pienso que tiene algo en común con mi propia historia. Porque yo, que no sé nada de mi infancia, que llegué hasta aquí arrastrado por las aguas del río, ¿no podría haber sido arrojado a él para librarme de la muerte que habría ordenado una abuela malvada, como la del Caballero? ¿Y es que acaso no he sido, como aquél, criado por un ermitaño en este lugar perdido del bosque, en la más absoluta soledad? ¿Esta infancia mía, tan pobre, tan monótona, tendrá una continuación tan llena de gloria y aventura como la del Caballero? Y es así como, mientras escucho los ronquidos del hermano Martín y doy vueltas y vueltas sobre el heno sin poder dormir, mi pobre cabeza se pierde en un torbellino de sueños vanos.



Al final el lector encontrará información  
sobre:  
la mujer loba  
y el Caballero del Cisne.

## El cruzado

Ahora que ya entró la primavera es cuando definitivamente Gilberto se va.

Al pensar que muy pronto saldrá a esos caminos de Dios, mientras que yo continuaré aquí, en esta soledad, sin otra compañía que la de León y el hermano Martín, me invade una tristeza que parece oscurecer esta jubilosa luz que llena los campos de flores y sonoros trinos de aves.

El caballero ha debido de notar lo que siento, pues deteniendo su pasear por el derruido claustro se vuelve hacia mí y dice:

–Muy pensativo te veo, Moisés. ¿Es que te pesa ya tanta soledad? ¿Es que tú también quisieras alejarte volando como esos gansos que ahora cruzan, allá en lo alto, por encima de nuestras cabezas?

Yo nada contesto. Me limito a sonreír, pero muy triste debe de ser mi sonrisa ya que el caballero acaricia mi cabeza como si intentara consolarme.

Permanecemos unos instantes juntos, sin hablar. Al fin rompe el silencio:

–Ya te dije que me acompañaba un muchacho en mi peregrinaje. Ahora veo mejor, pero siempre es bueno contar con unos ojos jóvenes. ¿Te gustaría ir conmigo para orar ante el Señor Santiago?

Late agitado mi corazón. Pero cuando me imagino al hermano Martín solo en este desierto se enturbia mi alegría.

–¿Y qué será del hermano? –digo al fin.

–También él puede acompañarnos.

–No sé si querrá.

–Bien. Esta noche lo sabremos.

Ya es de noche. Estamos junto al fuego comiendo nuestra humilde cena. Yo mantengo los ojos en las llamas, sin atreverme a levantarlos hasta el hermano.

Es Gilberto quien, finalmente, habla.

–¿No pensáis, hermano Martín, que este mozo ya tiene edad para ver un poco de mundo?

–¿Qué pretendéis?

–Pensaba en que podía acompañarme hasta Compostela, para postrarse conmigo a los pies del Señor Santiago. Y que vos también podríais unirlos a la peregrinación.

Tras unos instantes de silencio, habla Martín:

–Largo es el camino. Y peligroso.

–Muchos son los cristianos que transitan por él.

–Y muchos también los que en él quedan para siempre.

–Porque ésa es la voluntad de Dios.

Nada responde el hermano. Permanece un buen rato contemplando las llamas mortecinas. Se levanta y, cogiendo una gruesa rama, aviva el fuego. Al fin dice:

–Siempre pensé que si el río trajo hasta mí a este niño es porque Nuestro Señor tenía algún designio oculto.

–Nada podemos saber de este designio. Acaso pase por mi venida y porque el mozo emprenda conmigo esta peregrinación. De todas formas, cuando terminemos nuestro viaje, regresaremos otra vez los tres aquí.

–Yo no voy –dice el hermano–. Éste es mi lugar.

Vuelve a hacerse el silencio. Al fin, con una voz dulce, Martín se dirige a mí:

–Tú sí quieres ir, ¿verdad?

–No lo sé –respondo–. Quiero ir, pero no quiero dejaros.

–Cosa difícil es ésa –replica sonriendo el hermano–. En fin, la empresa es buena y también creo lo es la compañía, aunque poco sabemos de ella. Hágase la voluntad de Dios.

–Razón tenéis al reprochar mi largo silencio –dice el caballero–. Justo es que sepáis a quien vais a confiar este muchacho. Permitidme, pues, que os cuente mi historia:

*»Mi nombre es Gilberto de Montsalve y soy hijo segundo del señor de Montsalve, vasallo del barón de Forner. El orden de nacimiento me destinaba a la iglesia, pero mi sangre, demasiado viva, se avenía mal con la quietud del claustro; así que escogí el camino de las armas, poniendo mi lanza al servicio de los grandes señores y participando en tiempo de paz en los torneos con tal fortuna que pronto mi nombre se celebró por todo el condado de Tolosa\*. Esto hizo que el conde de San Gil me concediese la mano de una sobrina segunda suya y prima del barón de Forner, que aportó como dote un castillo a nuestro matrimonio, pasando yo así de soldado de fortuna a castellano con unas cuantas lanzas a mi servicio.*

*»Habían transcurrido cuatro años durante los que nos bendijo el cielo con un niño y una niña, cuando el conde de San Gil, Raimundo de Tolosa, obedeciendo las llamadas del Santo Padre, organizó con Adalberto, obispo de Puy, la Cruzada a Jerusalén. Unos de los primeros en incorporarse a sus filas fue mi señor, Robert de Forner. Yo le seguí, obrando como buen vasallo y también como buen cristiano, siempre dispuesto a entregar su vida para liberar el Sepulcro de Nuestro Señor\*.*

*»El día en que emprendimos la marcha, nuestros corazones estallaban de júbilo, íbamos a arrojar al infiel de los Santos Lugares, a establecer, según la profecía, el reino de la Jerusalén Celestial. No sé si algunos de mis compañeros pensaban entonces, como ciertamente después hicieron, en feudos y tesoros. Por Santa María puedo juraros que yo en nada de eso pensé. No era la voz del Mundo, sino la voz de Dios la que seguía.*

*»Muchos caballeros se hicieron acompañar por sus mujeres e incluso por sus hijos. Yo dejé a los míos en el castillo. Cuando considero cuántos de esos desgraciados murieron en aquellas lejanas tierras y, lo que es peor, cuántas de nuestras damas y doncellas fueron a parar a los harenes de los sarracenos, a pesar de todo lo que después he sufrido, no lamento mi decisión.*

*»Era otoño cuando nos pusimos en camino. El invierno nos sorprendió en la Dalmacia. Un invierno duro, cruel, que heló nuestros iniciales entusiasmos y alegrías.*

*Marchábamos por caminos de cabras, acosados por salvajes montañeses que nos tendían emboscadas mortales. Fueron muchos los que quedaron en aquellos despeñaderos, tan lejos aún de las tierras que pisó Nuestro Señor.*

*»Al fin llegamos a los dominios imperiales. Pero no por eso cesaron nuestras penas, pues si*

\* El condado de Tolosa tiene su origen en la marca carolingia del mismo nombre. Su capital era Tolosa, la actual Toulouse (Francia). En tiempo de Raimundo, conde de San Gil, el condado tenía incorporado los territorios de Albi, Quercy y Septimania, y sus límites alcanzaban por el sur hasta el Languedoc.

\* La primera cruzada comienza en el año 1095, cuando el papa Urbano II, en el concilio de Clermont, al grito de «Dios lo quiere» convoca a los fieles a la conquista de Jerusalén.

Hay primero una cruzada popular conducida por Pedro el Ermitaño, que acaba desastrosamente. Más afortunada fue la cruzada aristocrática que culminaría con la creación del reino de Jerusalén. Fue dirigida por Raimundo de San Gil, conde de Tolosa y marqués de Provenza; Godofredo de Buillón, duque de Lorena, y Bohemundo de Tárenlo, señor del reino normando de Sicilia.

*antes fueron las tribus paganas, eran ahora los soldados pachanegos\* del emperador quienes nos humillaban y ofendían. Guardias paganos, de quienes el cristiano Alejo\*\* se fiaba más que de nosotros, idos hasta allí para combatir a los enemigos de nuestra fe, que también lo eran de su imperio.*

*»Era ya bien entrada la primavera cuando llegamos a las murallas de Nicea. Largo y penoso fue el asedio que ni siquiera nos rindió el fruto de la victoria, ya que un traidor entregó la ciudad al emperador, burlándonos de esta manera a los cruzados.*

*»No quiero cansaros con el relato detallado de penalidades y batallas. Con la ayuda de Dios, aplastamos a los turcos en Dorilea, y tras sufrir los rigores del ardiente verano pudimos avistar las murallas de Antioquía, un año después de abandonar nuestra tierra.*

*»Los hombres de Raimundo quedamos emplazados frente a la Puerta del Perro. En aquel largo sitio, nuestro mayor enemigo fue el hambre. Cuando llegaron las Navidades, el ejército estaba al borde de la inanición. Cualquier cosa que pudiera ser comida, por muy repugnante o insalubre que fuera, era devorada sin reparos. Hasta carne humana parece que se llegó a comer, aunque yo no tuve constancia de ello. Puede que ocurriese entre los normandos o los hombres de Godofredo, pero en nuestras filas, que yo sepa, no se dieron tales abominaciones.*

*»Hambrientos como estábamos, aún tuvimos que hacer frente a los sarracenos enviados por el emir de Damasco en defensa de sus hermanos sitiados. Mucho fue lo que tuvimos que sufrir. Y aún aumentaba nuestro pesar ver cómo los infieles colgaban en la muralla, frente a nuestras catapultas, una jaula en la que habían metido al Santo Patriarca de Antioquía. Pero nada pudo amenguar nuestro ánimo.*

*»Sin embargo, tanto esfuerzo no tuvo el premio merecido pues un capitán armenio, furioso al averiguar que su mujer le engañaba con un turco, abrió a Bohemundo de Tárenlo un portón de la muralla. Fue así como el normando se apoderó de la ciudad y pudo nombrarse príncipe de Antioquía y llevarse la gloria de aquel sitio contra el mejor derecho de mi señor, el conde de San Gil.*

*»Hace de esto muchos años y, sin embargo, siempre que pienso en Antioquía se apodera de mí la tristeza. Entramos en ella a principios de junio. El calor y los muchos cadáveres que se amontonaban en las calles pronto desataron la pestilencia. Y yo tuve el dolor de ver cómo sucumbían a ella el santo obispo Adalberto de Puy y mi amado señor, Robert de Forner. Allí quedaron, en aquella maldita ciudad donde permanecimos un tiempo interminable los que soñábamos con tomar Jerusalén. Pero mi sueño no se pudo cumplir.*

*»Casi a finales de otoño abandonamos Antioquía. Tomamos Maarat, donde volvieron a reproducirse las disputas entre Raimundo de Tolosa y el normando.*

*En enero partimos de allí para proseguir nuestra cruzada. Pero antes de dirigirnos a Jerusalén, Raimundo se dirigió hacia Trípoli. Para doblegar a su emir puso cerco a la ciudad de Arqa.*

*Y fue durante este cerco cuando me alcanzó una piedra que arrojaron desde las murallas. Herido gravemente tuve que ser poco después abandonado en Trípoli donde permanecí luchando con la muerte mientras los cruzados lo hacían frente a Jerusalén.*

–Qué grande debió de ser vuestro pesar –interrumpe Martín– al no poder tomar parte en aquella gloriosa batalla.

–Sí que lo fue –responde Gilberto y continúa:

\* Pueblo turco, cuyos miembros servían de guardia a los emperadores bizantinos.

\*\* Alejo I Commeno: Emperador de Bizancio al inicio de la primera cruzada.

»*Mas veréis, mi permanencia en Trípoli hizo que algunas cosas cambiaran para mi.*

*Cuando entramos en Antioquía y en Maarat yo pude ver, sin que ello me conmoviera, cómo los nuestros degollaban a todos los habitantes no cristianos de la ciudad; pude ver sin estremecerme cómo se degollaba a las mujeres y a los niños; cómo familias enteras aparecían carbonizadas en el interior de sus viviendas incendiadas, y cómo arroyos de sangre corrían a lo largo de las calles. No sentí piedad por aquellas mujeres y aquellos niños. Eran infieles, enemigos de Nuestro Señor, y, por tanto, merecían la muerte que nuestros soldados les daban. Después, cuando nuestros guerreros tomaron Jerusalén, volvieron a producirse las mismas escenas que en Antioquía y Maarat, volvieron a correr arroyos de sangre por las calles, a arder las mezquitas y las casas, a morir degollados todos los mahometanos y judíos sin que les librase su sexo o su edad. Y si yo hubiera tomado parte en el asalto, mi espada también habría contribuido a aquella sangría y mi corazón no se habría estremecido con los gritos de angustia y de dolor de aquellos a quienes degollamos. Pero mientras mis compañeros luchaban frente a las murallas de la Ciudad Santa, yo permanecía en Trípoli, inconsciente. Y cuando al fin abrí los ojos, lo primero que éstos vieron fueron otros ojos negros brillantes y dulces; los ojos de una dama sarracena que estaba junto a mi lecho, cuidándome. Un fino velo cubría buena parte de su rostro, según ordena la ley del Islam, pero lo que de él restaba descubierto me permitió colegir que era una mujer joven y muy hermosa quien me velaba. Y era esta mujer, una infiel, una sarracena, la que me había estado cuidando desde el día en que, herido de muerte, me dejaron en casa de su padre, un notable de la ciudad. Y fue ella quien con sus conocimientos médicos salvó mi vida. Y fue ella quien permaneció junto a mí hasta mi completo restablecimiento prodigándome las más dulces y afectuosas atenciones.*

»*Mentiría si os negara que durante aquel largo período de mi convalecencia, mientras aprendía los primeros rudimentos de la lengua árabe, mi corazón no se sintió atraído por aquella hermosa mujer. No sé si ella llegó a sentir lo mismo que yo. En todo caso, si esto ocurrió, lo mantuvo en el mayor de los secretos. Su padre, siendo muy niña, la había prometido a un primo suyo de Mosul, y ella, aunque aficionada a mi conversación y mi trato, siempre mantuvo la actitud de una hermana cariñosa. Yo también dominé mis impulsos y recordando a mi joven esposa, procuré apagar aquel amor naciente. Pero después de tantos años, aún mi memoria guarda su dulce recuerdo.*

»*Fue entonces, mientras mi corazón agradecido se rendía a aquella mujer, cuando por primera vez pensé en aquellas otras mujeres que habíamos matado en Antioquía y en Maarat. Cuando pensé en aquellas doncellas, en aquellas madres a quienes degollábamos mientras protegían a sus pequeños, a los que estampábamos contra el suelo, y cuando pensé por primera vez que nada podía justificar aquellos actos.*

»*Mucho más tarde, cuando por fin, temblando de emoción, pude postrarme ante el Sepulcro de nuestro Señor, pensé en lo que me habían contado quienes se postraron ante él aquel día glorioso en que la ciudad fue liberada. Pensé en aquellos soldados y caballeros que radiantes de júbilo y emoción fueron a arrodillarse ante el sepulcro del Salvador, sus piernas aún tintas por la sangre que como un rojo río corría por las estrechas calles de la Ciudad Santa. Y me alegré de estar allí arrodillado limpio de sangre; de estar rezando sin que mi oración fuese turbada por el recuerdo de unos ojos clavados en mí, unos ojos que me miraban sin ver y que acaso fuesen tan negros y dulces como aquellos que contemplaron mis propios ojos cuando, tras muchos días de oscuridad, volvieron a abrirse a la luz...*

El cruzado ha interrumpido su relato. Ahora contempla las llamas mortecinas en silencio. También callamos Martín y yo respetando el mutismo pensativo del caballero. Por fin, éste aparta la mirada del fuego y vuelve a mirarnos. Y yo siento como si esa mirada triste y pensativa regresase a nosotros después de haber errado por lugares y tiempos dolorosos y lejanos.

*–En fin –continúa Gilberto–, el hecho es que no estuve en la toma de Jerusalén. Mucho tiempo debería transcurrir antes de que yo pudiera orar ante el Santo Sepulcro. Mis heridas mejoraban lentamente. Cuando Raimundo, que había visto cómo Godofredo se ceñía una corona a la que él se creía con mejor derecho entró en Lodicea, yo, casi repuesto, fui a esa ciudad para continuar sirviendo a mi señor. Tomé parte en diversas batallas y algaradas de las que no voy a hacer mención. Transcurría el tiempo. Algunos de los hombres del conde de San Gil, cansados de aquella larga estancia en Laodicea, regresaron a Europa. Pero yo, aunque añoraba a los míos, no quería volver a mi tierra sin haber pisado la Santa Ciudad.*

*»Corrían los últimos días del año 1101 cuando pedí permiso a mi señor para incorporarme al séquito del duque de Aquitania y entrar con él en Jerusalén. Hacía unos meses que había muerto Godofredo de Buillón y su hermano Balduino, conde de Edesa, reinaba en la Ciudad Santa. Con la autorización de mi señor Raimundo, pasé a formar parte de la guardia personal del monarca.*

*»Cierta tarde de mayo en que habíamos hecho una salida fuimos sorprendidos por una patrulla egipcia. Luchando fieramente conseguimos abrirnos paso y refugiarnos en la fortaleza de Ramleh. Hacía algunos tiempos, las tropas de Balduino habían apresado una caravana de árabes. Poco después, un jeque árabe se presentaba ante el duque pidiendo la libertad de su mujer. Balduino, impresionado por la dignidad y el valor del jeque, atendió su petición. Pues bien, esa noche en Ramleh se presentó el mismo árabe para comunicar a Balduino que un gran contingente egipcio se acercaba a la fortaleza. Era imposible resistir. La única solución para el rey estaba en huir furtivamente a favor de las sombras de la noche.*

*» Yo fui uno de los pocos caballeros que acompañó a Balduino en su huida. Llevaríamos algo más de una hora cabalgando, cuando divisamos un grupo de jinetes que se acercaba hacia nosotros. Nos ocultamos tras unas rocas con la intención de esquivarlos. Pronto comprobamos que los sarracenos cabalgaban precisamente en la dirección de nuestro escondite. Sólo había una solución para salvar al rey: que uno de nosotros se ofreciera como cebo. Fui yo quien lo hizo. Partí rápidamente, arrastrando tras mí a la patrulla. Cabalgué a todo galope bajo la luz de la luna hasta que mi caballo cayó reventado. Los sarracenos se arrojaron sobre mí. Yo había perdido la libertad, pero el rey estaba a salvo.*

–Ésta es mi historia –concluyó Gilberto–. Ya sabéis, pues, quién soy, y, con ello, si podéis confiarme al muchacho para que me acompañe en mi peregrinación a Compostela.

## Los sueños

Los hombres podemos proponer, pero es Dios quien, al final, dispone todas las cosas.

Aquella noche en que Gilberto nos contó su historia, un mal aire se metió en mi cuerpo y yo, que esperaba emprender al día siguiente el viaje hacia Compostela, a punto estuve de emprender el viaje hacia el otro mundo.

Días y días he permanecido tendido junto al fuego, consumido por la fiebre. En los raros momentos en que salía de aquel pozo de tinieblas en que me hallaba hundido, podía entrever a Gilberto junto a mí, refrescando con un paño húmedo mis labios y mi frente. Ahora sé que es sobre todo a sus cuidados, así como al conocimiento que tiene de las virtudes salutíferas de ciertas plantas, a lo que debo la vida.

Hoy un alegre sol ha venido a despertarme. Su tibio calor ha entrado como un dulce vino en mi pecho, y por primera vez desde hace muchos días me siento lleno de vida. Tengo hambre. El hermano Martín ha debido adivinarlo, porque se llega hasta mí con una humeante escudilla de sopa de coles.

Todavía no he terminado de comerla cuando entra el caballero llevando un conejo aún palpitante que acaba sin duda de cazar.

—Mucho me place —dice— verte comer con apetito. Mañana —añade arrojando el conejo junto al hogar —comerás carne, y antes de que entre el verano estaremos dispuestos para emprender el camino de Santiago.

Yo sonrío ante estas palabras de ánimo, y sonrío no sólo por agradecérselas, sino porque sé que es verdad, que si Dios Nuestro Señor quiere, pronto él y yo estaremos por esos caminos, tal como habíamos pensado.

—Cuánto me agrada —dice— veros al fin sonreír tan feliz. Sin duda que tuvisteis un sueño tranquilo y plácido.

—Sí —respondo—, hoy he dormido bien. Sin embargo —añado—, de la oscura confusión que han sido para mí todos estos días guardo la impresión de atroces pesadillas que me agitaban durante tiempo y tiempo, sin que las pudiera luego recordar. Pero sí, hay un sueño que recuerdo claramente, un sueño que se me ha repetido más de una vez por lo que pienso que tiene un significado, aunque desgraciadamente dicho significado queda lejos de mi alcance.

—¿Y cuál es ese sueño que tan bien recordáis?

—Soñaba con una gran plaza en cuyo centro se alzaba una horca en la que iban a colgar a un hombre. Yo estaba mirando cómo le ceñían el dogal cuando, de pronto, me estremecí de terror. Aquel hombre a quien iban a colgar era yo. Veía horrorizado cómo pendía de la horca, y sentía cómo la cuerda oprimía mi garganta. De pronto caía, caía en un pozo profundo durante tiempo y tiempo, hasta que un caballero me recogía mansamente en sus brazos y, depositándome suavemente en el suelo, me llevaba hasta un estrado lleno de damas y caballeros lujosamente vestidos. Y entonces uno de ellos, ataviado como un rey, levantándose de su asiento se acercaba a mí y ceñía mi frente con una diadema dorada.

—Sí, es un extraño sueño —dice Gilberto— y puede que signifique algo. No sé qué será, aunque pienso que puede ser algo bueno para ti.

—No hay que fiarse de los sueños —interviene el hermano Martín—. Muchas veces nos los manda Satanás. Otras son únicamente tonterías sin sentido.

—Lleváis razón —dice Gilberto—. Muchas veces son tonterías sin sentido. Pero a veces, como aquellos del faraón que interpretó José, sí que son sueños proféticos. Aunque no debe

fiarse uno de ellos, ni mucho menos obedecer lo que nos dicen. También yo, Moisés, tuve una vez un sueño que, como el vuestro, se repitió muchas veces y que al despertarme recordaba con toda claridad. Tanto me obsesionó, que conseguí realizarlo. Y ello cambió mi vida.

—¿Y cuál era ese sueño?

—Ahora te lo diré. Ya que te encuentras mejor, voy a continuar con el relato de mis aventuras en Ultramar.

*»El capitán que me tomó prisionero me llevó a El Cairo. Era un hombre avariento y brutal. Pensaba obtener por mí un buen rescate, pero conforme pasaban los días sin que nadie se interesase por mi libertad, comenzó a desesperarse y a tratarme con la mayor sevicia. Permanecía el día encadenado en una infecta prisión, sin apenas comida y teniendo que oír continuamente cómo me amenazaba con mutilarme o matarme si no llegaba el altísimo precio que había pedido por mi rescate. Al fin el Señor compadecióse de mis desdichas e hizo que mi dueño, desesperando de obtener algún provecho por mí, me cediese en pago de una deuda a un rico propietario de El Cairo.*

*»Aquel hombre, Al-Moin se llamaba, era, al contrario de mi primer amo, afable y de bondadoso corazón. Yo estaba medio muerto por el hambre y la miseria que había tenido que soportar bajo la tiranía del capitán. Pues bien, antes de que transcurriera un mes a su servicio ya era otro hombre. A ello contribuyó no sólo una comida sana y abundante, sino el cambiar la lobrete de un húmedo calabozo por la vida al aire libre que gozaba desde que me incorporé a su servidumbre.*

*»Tenía mi amo una almunia a dos jornadas, río arriba, de Monfalut. Pues bien, allí fue donde me destinó. Primero para que trabajase con los restantes hortelanos y después, cuando por mi disposición y laboriosidad gané su confianza, para que dirigiese el trabajo de los esclavos y llevase el gobierno de la finca.*

*»Yo me había hecho pasar por un pobre caballero, cosa tampoco lejos de la realidad, pues no quería gravar a mi familia con la carga de mi rescate. Mi nueva situación era soportable, pero añoraba la libertad perdida y me desesperaba el no encontrar la forma de recuperarla.*

*»Llevaba cerca de medio año con mi nuevo amo cuando tuve por primera vez el sueño al que antes me referí.*

*»Soñé que dormía junto al río y, al despertar, una barca estaba varada en la orilla a mi lado. Me introducía en ella y me dejaba arrastrar por la corriente a la ventura. De pronto, ya no estaba en el río, sino que formaba parte de una gran caravana y atravesaba con ella un inhóspito desierto.*

*»Después soñaba que sufríamos una horrible tempestad de arena. Ahora yo estaba solo, rodeado de cadáveres de hombres y animales en los que se cebaban los buitres. Echaba a andar, huyendo de aquella abominación. De pronto surgían ante mí las ruinas de una ciudad abandonada, una ciudad maravillosa, toda de mármol, con hermosos templos, estatuas de ídolos de oro y pedrería, lujosas casas y suntuosos palacios. Pero no había nadie en aquella ciudad; ni hombres ni animales, ni vivos ni muertos. Por no haber, no había siquiera árboles o plantas. Tan sólo piedra. Una bellísima desolación de piedra.*

*»Tras rondar un rato por la ciudad abandonada, encaminé mis pasos hacia las puertas de un amplio edificio de mármol blanco. El viento que silbaba por sus corredores era la única señal de vida y movimiento. Después de atravesar varios salones, desemboqué en un patio de alabastro en cuyo centro había una fuente sostenida por ocho leones de oro. Tras calmar mi sed con el agua de la fuente, me senté junto a ella a descansar. De pronto entraron en aquel patio unos camellos conducidos por doncellas blancas y negras, lujo-*

samente vestidas. La que encabezaba la comitiva, una belleza de rubios cabellos que cubría su rostro con un velo de tisú de plata, se encaminó hacia mí. Entonces, me desperté.

»Durante tres meses se repitió varias veces este sueño. Lo curioso es que siempre era igual, exactamente igual, y que siempre me despertaba en el preciso momento en que la doncella se dirigía hacia mí. Fue entonces, tras haberlo soñado cinco o seis veces, cuando pensé que aquel sueño era algo más que un sueño, que era una indicación de mi futuro destino; que en él se hallaba acaso la clave de mi soñada libertad.

»Cierta día al anochecer, paseando por la heredad de mi amo, llegué hasta la cerca de cañizo que marcaba el límite de la misma. La quinta terminaba al borde de un talud que la guardaba de las inundaciones periódicas, ya que el inmenso río discurría a sus pies. Pues bien, justamente donde se detuvieron mis pasos la cerca estaba medio hundida y yo pude divisar a la luz indecisa del ocaso una barca encallada entre los juncos.

»Entonces me acordé de aquel sueño que había soñado con tanta insistencia durante los últimos meses y, sin pararme en lo insensato de la empresa, pasé por el hueco abierto entre las cañas, me dejé deslizar por el empinado terraplén y, levantando una nube de aves acuáticas, me introduje en la barca abandonada.

»La barca carecía de remos, pero se encontraba en buen estado. Cogí una larga caña que había junto a ella y abrí un paso entre los juncos hasta que comenzó a ser arrastrada por la corriente. Después me tendí en el fondo y me dejé llevar río abajo, procurando no apartarme de la orilla para no encontrarme con los veleros y las grandes barcazas que continuamente navegaban por el centro del gran río.

»Había anochecido. En el cielo brillaban las estrellas y yo parecía sumido en un sueño. La empresa era disparatada. Si alguien no me detenía antes, al día siguiente llegaría a El Cairo, donde sería irremediablemente apresado. Mi amo, que tanta confianza había depositado en mí, cambiaría sin duda su trato por otro mucho más riguroso. Aquel impulso súbito, motivado por un loco sueño y mi ansia de libertad, sólo podía conducirme al desastre.

»Llevaría una hora navegando río abajo cuando sentí unas voces angustiosas. Me incorporé y a la luz de la luna pude ver cómo en la ribera un árabe se debatía entre los brazos de un enorme esclavo negro.

»Con ayuda de la caña dirigí la barca hacia la orilla. Salté a tierra y me dirigí hacia los dos hombres que luchaban. El negro soltó su presa, medio asfixiada, y se lanzó hacia mí. Él era más fuerte, pero yo más ágil y mejor luchador, así que tras un rato de feroz forcejeo, pude arrojarle al río y ver cómo se hundía en sus aguas profundas y fangosas para no reaparecer más.

»El hombre a quien había salvado la vida era un opulento mercader de Bujara. Desde la remota tierra de la seda había llevado su caravana hasta El Cairo, comerciando a todo lo largo y ancho del Islam. No contento aún, continuó con su negocio remontando el curso del gran río hasta llegar a la tierra del marfil. Ahora volvía a El Cairo con una gran carga de aquel tesoro. Allí vendería una parte, reservando otra para ir negociando en otros zocos. Y así, comprando y vendiendo, después de un viaje que duraría varios meses, llegaría a su casa para, tras un merecido descanso, emprender de nuevo la ruta.

»Su caravana se encontraba a una hora escasa de allí. Él se había alejado, acompañado de un esclavo negro, para cazar aves acuáticas. Tan entusiasmado estaba con la caza, que le había sorprendido la caída de la noche. De pronto, aquel negro que siempre le había sido fiel, pareció enloquecer. Primero estrelló contra el suelo su hermoso halcón, y cuando él, indignado, quiso golpearle se revolvió furioso. Intentó defenderse con su espada pero el negro lo desarmó. Sintiendo más débil, emprendió la huida. Pero tras una larga persecución, el negro consiguió alcanzarlo. Fue entonces cuando yo le socorrí.

*»—No sé quién sois —me dijo—, pero os debo la vida. Acompañadme a mi caravana y allí podré recompensaros con largueza, aunque de sobra sé que no hay oro bastante para pagar la deuda que tengo con vos.*

*»—No quiero vuestro oro —respondí—. Mas si os consideráis mi deudor y queréis pagarme, tan sólo deseo un manto, un turbante y que me permitáis incorporarme a vuestra caravana.*

*»Y tal como en mis sueños, unas semanas después, formando parte de una gran caravana, me adentraba en el desierto desolado.*

Pasan las horas sin sentir y yo sigo pendiente del relato del cruzado. El hermano Martín, después de laborar la huerta, ha preparado el conejo que Gilberto cazó y ahora se dirige a nosotros.

—Vamos, ya es hora de comer. Este mozo jamás se cansa de escuchar historias y consejos. El caballero estará ya cansado de tanta parla. Preciso es que se tome un respiro.

Gilberto sonrío e, interrumpiendo su relato, toma un muslo de conejo y comienza a devorarlo.

—¿Pero qué ocurrió en aquel desierto? —le digo—. Muchas son las maravillas que seguramente visteis en un viaje tan largo y peligroso.

—Sí, fue largo y tampoco faltaron los peligros.

En cuanto a las maravillas que vi... En fin, si os portáis bien y coméis este hermoso muslo, que falta os hace para que comencéis a reponeros, os seguiré contando mis aventuras.

Es la primera carne que tomo desde hace mucho tiempo, y el estómago no se encuentra muy dispuesto a recibirla, pero hago un esfuerzo. El que Gilberto continúe con su historia, bien lo merece.

—Maravillas sí que vi —dice Gilberto al reanudar su narración— a lo largo de mi viaje y la parte final, como pronto escucharéis, es toda ella maravillosa. Pero tampoco hay que creer todo lo que cuentan los viajeros. Yo he oído durante las largas noches junto al fuego de la caravana narrar sucesos maravillosos que luego no he podido comprobar. No digo que sean mentira pero, por ejemplo, hace algunos meses, en un albergue de peregrinos, uno que decía haber viajado mucho contaba que en el Nilo existe un animalejo, el enidro, que vive enterrado en el barro, y que cuando encuentra un cocodrilo dormido se introduce por su boca y le devora las entrañas. Pues bien, yo estuve bastante tiempo en el Nilo y nunca vi un enidro ni tampoco nunca oí allí hablar de él. Y lo mismo puede que ocurra con el basilisco, esa serpiente con alas y cabeza de pájaro que mata con la mirada; o con el ave fénix, que también según dicen vive en Egipto y de la que allí nunca oí hablar. En fin, puede que existan esas maravillas, pero yo al menos no puedo asegurar su existencia, pues aunque me han hablado de ellas, nunca las vi.

Yo no me canso de escuchar y aprovecho una pausa del cruzado para preguntarle:

—¿Y es cierto lo que dice el hermano Martín de que existen hombres que tienen un solo ojo en medio de la frente y que se alimentan con carne humana?

—Yo no sé —dice sonriendo el hermano, que ha tomado de nuevo asiento junto a nosotros— si eso es o no verdad. Pero según me dijo un sabio monje, en la biblioteca del monasterio había un libro que contaba esa historia.

—Sí —dice Gilberto— yo también oí hablar de esos seres y de otros aún más extraordinarios. Se cuenta que hay hombres con un solo pie, pero tan ancho que pueden resguardarse con él del sol y de la lluvia. Y también de hombres que tienen dos cabezas, y de otros que tienen su cabeza en el pecho. Y de los cinocéfalos, que tienen cuerpo de hombre y cabeza de perro. Y de los trogloditas que viven en agujeros excavados en la tierra y salen de ellos arrastrándose como ratas. Y también he oído que existe un árbol que da un

fruto tan grande como una calabaza en cuyo interior hay un cordero. Y otro árbol que da flores que se abren al amanecer y de ellas salen unas bellísimas doncellas que mueren al ocaso, cuando la flor se marchita. Y otro que crece en medio de una laguna de aguas doradas que transforman en oro todo lo que en ellas se baña, y cuyas hojas tienen la virtud de sanar cualquier herida que toquen por mala que sea. Y he oído hablar de un ave que llaman rock tan grande que puede coger con cada una de sus garras un elefante y elevarse con ellos hasta el cielo. Y de islas que de pronto navegan y se hunden en el mar, arrastrando hasta las profundidades a los viajeros que tuvieron la malaventura de adentrarse en ellas. Sí, de todas estas maravillas he oído hablar, pero en mi largo viaje nunca vi ninguna.

»Claro está que, aunque viajé mucho, no llegué a esas tierras lejanas donde al parecer se dan esos prodigios. No llegué hasta el país de la seda, pasado el cual y en la dirección de la salida del sol dicen que se halla el Paraíso; ni adentréme tampoco en el hemisferio sur, donde tiene sus pies el mundo y en cuyo último extremo se encuentran los Infiernos; ni tampoco visité las miles de islas que hay en las Indias, pues mi viaje fue por tierra y no me aventuré en el mar.

Acaso por todo esto no he visto todas esas maravillas que otros viajeros narran.

Gilberto se ha levantado para tomar un tronco con el que avivar el mortecino fuego. Ya es muy tarde, pero ni el hermano Martín ni yo tenemos deseos de dormir. Sólo queremos que el cruzado continúe contándonos sus aventuras.

—No he visto esos prodigios —dice Gilberto cuando toma de nuevo asiento junto al reavivado fuego— pero sí puedo decir que vi y viví en ese viaje cosas extraordinarias, y que la última parte de lo que vi y viví en él supera todas las maravillas que cuentan esos viajeros y que acabo de referiros. Pero antes de llegar a ella, volvamos a donde interrumpí mi relato.

*»Nos adentramos en el desierto huyendo de las rutas más frecuentadas pues los mercaderes sabían que muchas veces partidas de cruzados asaltaban las caravanas, así que procuraban mantenerse lejos de las ciudades y fortalezas de los francos. Eso no era bueno para mí, pues únicamente un encuentro con los cruzados podría asegurar mi libertad. Pero obsesionado por aquel loco sueño me dejaba llevar sin intentar escaparme.*

*»Aunque escaparme, por otra parte, hubiera sido difícil. De Egipto habíamos cruzado a la Arabia y, evitando Siria, atravesamos los ardientes desiertos hasta llegar a Bagdad. Nunca había visto ciudad tan hermosa como aquella. Ni siquiera El Cairo podía igualar su esplendor y hermosura. Tras pasar varias semanas allí reemprendimos el viaje. Nos internamos en Persia. Cierta día divisamos a lo lejos, erguida sobre un inaccesible peñasco, una imponente fortaleza. Su vista llenó de terror a los caravaneros. Era Alamut, el Nido del Águila, el reino de Hassan Sabbah, el feroz jefe de los terribles Asesinos. Pero Dios, que ya nos había librado de un asalto de los bandidos kurdos, tampoco quiso aquella vez desampararnos y cruzamos frente a la fortaleza sin que nos molestaran. Lo más peligroso de la ruta había sido casi cubierto. Sólo faltaba un último escollo: el terrible Desierto Desolado.*

*»¿Quién, entre los mercaderes de oriente, no ha oído ponderar los peligros de aquel desierto? ¿Quién entre ellos no teme adentrarse en aquel paraje en cuyo centro dicen existe una gigantesca cabeza de piedra, que es la cabeza de Satán; donde vagan espíritus que atraen con sus voces insinuantes al viajero para devorarlo, y donde las arenas se mueven como las olas del mar? Yo estuve allí, y aunque no vi la cabeza de piedra, sí puedo asegurar que de pronto el aire se llena de sonidos extraños, y que a veces oleadas de arena se precipitan sobre los viajeros. Puedo asegurarlo porque una de estas gigantes cas olas avanzó de improviso sobre nosotros y cayó sobre la caravana, sepultándola.*

*»No puedo explicarme cómo conseguí escapar con vida. Arrastrado por torbellinos de arena, logré encontrar refugio bajo una lona sintiendo cómo el desierto bramaba sobre mí como un mar embravecido. No sé el tiempo que permanecí allí porque el día y la noche se habían hermanado bajo aquel torbellino de polvo. No sé cómo la arena no llenó mis ojos y mis pulmones, cómo no fui sepultado como el resto de mis compañeros de caravana. Al cabo de un tiempo interminable el viento dejó de rugir. Saqué mi cabeza de aquella lona protectora y vi un cielo sereno salpicado de estrellas, en el que lucía una enorme luna que bañaba con su luz la inmensidad solitaria. Yo estaba solo. Habían desaparecido las tiendas, los hombres, los camellos. Aquellas voces, aquellos extraños susurros que nos acompañaron desde que entramos en el Desierto Desolado, se habían apagado. Reinaba un total y ominoso silencio que resaltaba angustiosamente mi absoluta soledad. Comencé a andar, tambaleándome como un ebrio. Caminé a lo loco, sin rumbo, durante toda la noche. El cielo comenzaba a iluminarse con el rosáceo resplandor de la aurora cuando creí ver, recortándose en él, las torres de una ciudad espectral. Pensé que era una de esas ilusiones que tanto se producen en los desiertos para engaño y desesperación del viajero, pero aferrándome a una última esperanza caminé y caminé hacia aquella ciudad. No, no era una ilusión. La ciudad existía. Era la ciudad que repetidamente había visto en mi sueño. La ciudad de mármol con hermosos palacios y templos con ídolos de oro y pedrería, muerta, sin nadie que los adorase, sin nadie que transitase por sus calles desiertas Y como en mi sueño entré en un palacio de mármol blanco y camine por sus vacíos corredores y salones en los que tan sólo se escuchaba el ulular del viento y desemboqué al fin en el patio de alabastro en cuyo centro manaba la fuente sostenida por los ochos leones de oro. Calmé en sus frescas aguas mi ardiente sed y me tendí junto a ella a descansar. Y no me sorprendí, porque lo esperaba, cuando la comitiva de esclavas blancas y negras encabezada por la belleza de cabellos de oro entró en el patio y, silenciosamente, se encaminó hacia mí.*



Al final el lector encontrará información  
sobre:  
monstruos y maravillas  
el viejo de la montaña y  
ciudades deshabitadas.

## Uma

—*Las esclavas conducidas por la joven de rubios cabellos —prosiguió Gilberto— se acercaron, y tras saludarme con profundas zalemas me condujeron a un camello ricamente enjaezado. Yo me dejé guiar como en un sueño.*

» *Viajamos durante varias semanas. Ni siquiera pregunté dónde íbamos ni qué deseaban. Era el destino el que lo había dispuesto todo y me dejaba arrastrar por él.*

» *Al fin un día, ya casi a la puesta del sol, nuestro viaje llegó a su término.*

» *En el cielo rosado se recortaban las graciosas torres de un palacio rodeado de jardines maravillosos. Entramos en él, y me condujeron a un regio salón. Y allí, sentada en un trono de oro cuajado de pedrería, estaba ella, Uma \*. Al verme, lanzó un grito de alegría y, levantándose, corrió hacia mí.*

» *Al fin estamos juntos —dijo; y su voz era tan dulce como la de la alondra mañanera—. Al fin puedo tenerte entre mis brazos.*

» *Entonces me besó. Y sus labios me hicieron olvidar mi patria, mi esposa, mis hijos. Todo se borró bajo el calor dulcísimo de aquellos labios de fuego.*

» *Cuánto soñé contigo, mi señor —me susurró al oído mientras me cubría de besos—; cuántas y cuántas veces he soñado contigo. Ahora demos gracias a los dioses, pues ellos han permitido que nuestros sueños se hagan realidad.*

» *Tal como me explicaría después, lo suyo también había sido un sueño. Lo mismo que yo, ella había tenido un sueño que se repetía noche tras noche. Soñaba con la ciudad abandonada, con el palacio de mármol, con la fuente de los leones dorados y con un hombre que descansaba junto a la fuente. Y todo lo veía tan claro y preciso como si en vez de un sueño aquello hubiera sido realidad.*

» *Y ocurrió que aquella imagen soñada, la imagen de aquel hombre que descansaba junto a la fuente, se le metió en el corazón inflamándola de amor. Ya no era sólo durante la noche, sino también durante el día, mientras estaba despierta, cuando soñaba con él. Y aquel sueño de amor se convirtió en el loco deseo de hacerlo realidad, de unirse a aquella imagen soñada, de hacerla suya. Y aquel deseo se transformó en una obsesión que no la dejaba vivir.*

» *Un día habló con la vieja gobernanta de aquel sueño. Y la anciana, tras escucharla, le contó la historia de la ciudad muerta, la ciudad que hacía cientos de años había mandado construir un rey poderoso quien, ufano de su omnipotencia, ofendió con su orgullo a los dioses proclamando que ni siquiera ellos habían sido capaces de construir una ciudad tan hermosa como la erigida por él. Pero los dioses, irritados, arrebataron en una noche a todos los habitantes de la ciudad, dispersándolos por la faz de la tierra, y la ciudad continuó desde entonces en todo su esplendor, tan hermosa como el día en que se había erigido, pero desierta, sin nadie que se atreviera a morar en ella, ya que nadie osaba desafiar la maldición que sobre ella pesaba.*

» *Cuando oyó la historia que la anciana contaba supo que era aquella ciudad muerta la ciudad de sus sueños. Entonces ordenó a sus esclavas que partieran en su busca a través del desierto tenebroso. Una caravana de hermosas esclavas guerreras, más hábiles y aguerridas que los más feroces soldados, marchó obediente a los deseos de su señora y pronto pudieron hacerlos realidad.*

\* Este nombre corresponde a una de las esposas de Siva. Frente a Kalí, símbolo de la muerte, Uma viene a ser el principio creador de la vida, personalizado en la belleza sexual y el amor.

»Eran esclavas quienes me habían buscado y encontrado y quienes únicamente moraban allí. En aquel maravilloso vergel rodeado de campos desolados y solitarios, yo era el único varón. El resto de sus habitantes eran mujeres. Cientos de mujeres que cuidaban, servían y protegían a la mujer más hermosa de la tierra. Mi Uma.

»Esto es lo único que sabía de ella, que se llamaba Uma y que era mía, enteramente mía. Mil veces le rogué que me contase su historia, que me revelase el secreto de aquel palacio que se alzaba solitario en aquel páramo desolado y donde no habitaba ningún varón. Ella dulcemente contestaba que no indagase el pasado, que me limitase a vivir el presente, que fuese feliz entre sus brazos. Y yo, obediente a sus dulces ruegos, no insistí más.

»Pasé seis meses maravillosos en su compañía. Había olvidado mi patria, mi familia, hasta mi fe, hechizado por aquella mujer extraordinaria. Todo era juego y música y alegría en aquel palacio prodigioso. Hasta que un día, Uma, con aspecto triste –y era la primera vez que en todo aquel tiempo la tristeza ensombrecía su semblante –se dirigió a mí y me dijo:

»–Amor mío. Hoy llora mi corazón, porque tenemos que separarnos. No, no temas –añadió viendo mis muestras de pesar–, ésta será una separación breve. Antes de que transcurran cuatro meses, estaré de nuevo junto a ti. Permanece aquí, esperándome. Todo el palacio es tuyo. Mejor dicho, todo no. Ven –me dijo, conduciéndome a lo largo de un corredor al fondo del cual había una puerta de ébano–. Todo el palacio es tuyo, menos esta puerta. No debes traspasarla jamás, porque si lo haces, no volveremos a vernos nunca.

»Ella partió y yo quedé solo, vagando por el enorme palacio como una sombra. Había decenas de bellas esclavas dispuestas a servirme, a satisfacer cualquiera de mis caprichos, pero nada significaban para mí. Yo penaba a solas y nada ni nadie podía compensarme de aquella ausencia, aquella soledad.

»¿Dónde estaba? ¿A qué obedecía su partida? ¿Por qué se había negado a decirme el motivo de su alejamiento? ¿Por qué se obstinaba en no revelarme quién era, en no aclararme el misterio de su vida? Allá, en la vastedad de aquel maravilloso palacio, mientras las horas transcurrían lentas y vacías, yo me repetía una y mil veces estas preguntas, y las más locas sospechas se iban apoderando de mí.

»"No volverá –me decía– no volverá nunca. Me ha dejado para siempre". Pensar esto me llenaba de desesperación, y aunque el recuerdo de la evidencia de su amor hacía renacer mi esperanza, el misterio que rodeaba su vida y su partida volvía a llenarme de dudas y tristeza.

»Una tarde, después de que las más bellas músicas y bailarinas hubieran intentado inútilmente distraerme con sus cantos y danzas, la anciana gobernanta de las esclavas, conmovida sin duda por mi tristeza y una vez que nos hubimos quedado solos, me dijo:

»–¿Por qué os mostráis tan sombrío, señor? Ella volverá.

»–¿Volverá? –pregunté. Y en el tono de mi voz se reflejaba toda la angustia de mi duda.

»–Claro que volverá. Ella no os ha engañado nunca.

»–Pero, ¿por qué no quiso decirme adonde ha ido? ¿Con quién está? ¿Por qué me ha dejado?

»–Debía hacerlo.

»–Pero, ¿por qué? Vos sabéis todo. ¿Por qué se niega ella, por qué os negáis vos también a contármelo?

»La anciana callaba. Yo seguía acosándola con mis preguntas. Al fin rompió su obstinado silencio, y me dijo:

»—Nunca, nunca, oídme bien, tenéis que revelar lo que ahora voy a contaros. Yo tendría que seguir guardando silencio, pero temo que vuestra tristeza os traiga aún males mayores. Ella —continuó— os ha dejado porque tres meses al año debe de pasarlos en el palacio del gran rey.

»—¿El gran rey?

»—Sí, el gran rey. Su esposo y su señor.

»—El gran rey —comenzó la anciana— se había criado entre las intrigas del harén, y su infancia resultó un infierno. Pudo ver las rencillas, los celos, las argucias y los crímenes que las diversas esposas de su padre desplegaban en su lucha por asegurar el poder a su propia descendencia. Varios de sus hermanos murieron envenenados, sin duda por las maquinaciones de sus madrastras, entre las que no faltaban las de su propia madre. Él mismo estuvo varias veces a punto de perder la vida. Cuando al fin, cansado de tanto odio y lleno de amargura, su padre murió y él heredó el trono, se prometió que su reinado se vería libre de aquellas víboras que habían empozoñado la vida de su progenitor. Alejó de su corte a todas las mujeres, sin que tan siquiera su madre se librara de la pena, y cerró el gineceo. En su palacio, dijo, jamás pondría los pies una mujer. Sólo así podría vivir y reinar tranquilo.

»—El gran rey era todavía muy joven cuando ascendió al trono. La caza, las justas y las guerras con las que engrandecía el imperio calmaron durante algunos años los ardores de su sangre. Pero conforme el tiempo pasaba una vaga tristeza iba apoderándose del gran rey. Aquella tristeza acabó convirtiéndose en una profunda melancolía. Las crisis durante las que se encerraba semanas enteras, negándose a ver a nadie, a realizar cualquier actividad, negándose incluso a comer, se hicieron cada vez más frecuentes. Sus visires y consejeros empezaron a temer por su vida. Fue entonces cuando alguien recordó el nombre de Marut, el mago, y aunque todos miraban con aprensión los ritos nefastos de los adoradores del fuego, su desconfianza hubo de rendirse al convencimiento de que sólo la superior sabiduría del mago podría curar el mal de Schensum, el gran rey.

»—Tras visitar al soberano, Marut pidió permiso para retirarse durante unos días a una gran sala situada en el ala norte del palacio y que desde hacía tiempo se hallaba abandonada. Allí permaneció un par de semanas sin que nadie pudiera averiguar lo que estaba haciendo. Al cabo de ese tiempo, rogó al rey que le acompañase a aquel lejano salón. El rey cedió a la sugerencia del mago y le acompañó hasta la sala. Nada más entrar en ella, quedó paralizado por la emoción. En cada una de sus cuatro esquinas se erguía una mujer de deslumbrante belleza. Todas eran distintas, pero todas tenían también algo común, algo que las hermanaba. Cuando Schensum temblando de emoción se aproximó a una de aquellas mujeres descubrió que era, como todas las demás, una estatua de mármol.

»—Hay quien dice que el mago, atendiendo a la solicitud, del rey, dio vida a aquellas estatuas; otros aseguran que tan sólo eran retratos de mujeres reales que Marut, cumpliendo las órdenes del monarca, hizo venir de las islas misteriosas y lejanas en que tenían su morada. Nadie sabía a ciencia cierta la verdad. Lo único cierto es que el rey había descubierto el amor y se había curado de su afición melancólica.

»—Pero Schensum no podía olvidar las lecciones de su infancia en el harén. Entonces, para evitar sufrir lo que había sufrido su padre, decidió que aquellas mujeres no se verían jamás. Mandó construir cuatro suntuosos palacios en cada uno de los cuatro extremos de su imperio, y allí envió a sus mujeres con su cohorte de esclavas. Ningún varón podía acercarse a menos de cien leguas de los retiros de las esposas del gran rey. Una vez al año, cada una de ellas, por riguroso turno, se trasladaba a la corte donde permanecía tres meses con su señor. Jamás coincidían.

»—Esta es la historia —dijo la gobernanta poniendo fin a su narración—. Ahora ya sabes dónde se encuentra Uma y sabes también lo mucho que te ama. No sólo su vida, sino la de

*todas nosotras está en peligro por ese amor que te profesa. Así que lo menos que puedes hacer es esperar tranquilo y paciente su regreso.*

*»Aquella historia –dijo Gilberto–, en lugar de tranquilizarme sirvió para acentuar mi inquietud y mi desesperación. El pensar que mi Uma estaba ahora en los brazos de otro me abrasaba de celos, y hacía que mi pensamiento desbocado se preguntara si al encontrarse entre aquellos brazos no se olvidaría de los míos.*

*»Además había tantos aspectos extraños y misteriosos en la historia de Uma, en aquella duda que había insinuado la gobernanta de las esclavas de si se trataba realmente de una mujer o si, por el contrario, era una estatua que por artes mágicas había cobrado vida, que me movía a desconfiar de la veracidad de su relato. No, aquella historia no acababa de disipar el misterio. Y yo, que había aceptado cuando la tenía presente todos los elementos fantásticos que rodeaban nuestro encuentro, ahora, en su ausencia, me resistía a aceptar lo que repetía a mi razón.*

*»Me acordé entonces de la puerta de ébano que Uma me prohibió franquear. Como un rayo me asaltó la idea de que tras aquella puerta se ocultaba la solución de aquel arcano. Así que, desobedeciendo su advertencia, abrí la puerta prohibida.*

*»Cuando pude ver lo que se ocultaba tras ella, la más amarga desilusión se apoderó de mí. Tras aquella puerta no se ocultaba ningún secreto.*

*»Ante mí se abría un patio cuadrado. Un patio desnudo, vacío, sin fuentes ni arriates de flores, sin nada que pudiera justificar la prohibición de entrar en él, sin nada que indujera a visitarle, sin otra cosa que un árbol de frondosa copa irguiéndose en el centro.*

*»Tampoco aquel árbol ofrecía nada de particular. Ni flores, ni frutos, ni pájaros que cantasen en sus ramas. Simplemente un poco de sombra era lo que aquel árbol nos brindaba.*

*»Me aproximé a él. Era mediodía y el sol caía a plomo en aquel patio desolado. Cuando entré bajo su sombra noté una grata sensación de frescor. De la frondosa copa se desprendía un aroma extraño, dulzarrón y denso. Me sentí invadido de una muelle laxitud. Me tendí bajo su copa y cerré los ojos.*

*»Me despertó una sensación de frío. Abrí los ojos. Era noche cerrada y en el cielo lucían las estrellas. Entonces sentí el olor característico del río. Cuando sobresaltado me incorporé, pude comprobar que me encontraba en aquella vieja barca abandonada en la que me introduje para librarme de la esclavitud, navegando a favor de la corriente del Nilo.*

*»Primero pensé que estaba reviviendo en sueños mi huida y que al despertarme, me encontraría de nuevo en el palacio de mi amada; mas después, cuando introduje mi mano en el agua y comprobé que estaba despierto, creí que mi largo viaje hasta Uma y mis días de amor y alegría y mi desesperanza por su ausencia, que todo eso era tan sólo lo soñado. Entonces fue cuando reparé en el anillo. El anillo que mi amada me había ofrecido al despedirse y en el que fulguraba un negro carbunclo digno del rescate de un rey. No, no había estado soñando, aunque todo parecía un sueño. Un maravilloso sueño que había perdido para siempre.*

*»También reparé que no vestía aquellas humildes ropas de siervo que llevaba al entrar en la barca, sino los lujosos vestidos que Uma me había proporcionado. Comenzaba a clarear y debía de encontrarme cerca de El Cairo. Remé hacia la orilla y desembarqué. Era ya bien entrado el día cuando llegué a las puertas de la ciudad. Mis lujosos vestidos eran mi salvaguardia y nadie obstaculizó mi paso.*

*»Me acerqué al barrio de los joyeros y ofrecí mi anillo a un viejo judío. Aunque no me lo tasó ni en la décima parte de su valor, me dio lo suficiente para que pudiera pagar mi rescate y volver a Jerusalén.*

*»Me dirigí a la casa de mi antiguo amo. Se había portado muy bien conmigo y, ahora que podía, iba a recompensarle pagándole el rescate. Llamé a su puerta y pregunté por él. Me introdujeron en una sólita y al cabo salió un joven al que reconocí como su hijo. Cuando le dije que deseaba hablar con su padre, bajó la cabeza tristemente y me respondió que, hacía ya diez años largos, su padre había muerto.*

*»Me alejé de allí, aterrado y confuso. Ya en la posada donde me alojaba, me miré en el espejo y el espejo me brindó la imagen de un anciano. Tenía blanco los cabellos y las arrugas cruzaban mi rostro.*

*»Después me cercioré de que habían transcurrido quince años desde que me introduje en aquella barquilla abandonada en el Nilo, en pos de un sueño, y veintitrés desde que abandoné mi patria y mi hogar para dirigirme a la liberación del Sepulcro de Nuestro Señor. Supe que hacía ya un año que había muerto Balduino, rey de Jerusalén, a quien yo salvé de caer prisionero. También había muerto Raimundo, conde de San Gil, mi señor natural. Casi todos mis compañeros habían muerto o regresado a su patria.*

*»Nada tenía que hacer ya en Oriente –concluyó Gilberto–. Aproveché que una nave bizantina partía hacia Constantinopla para emprender el viaje a mi país, en la esperanza de que Dios y su Santa Madre se apiadaran de mí y perdonasen mis pecados.*



Al final el lector encontrará  
información sobre:  
los sueños complementarios y proféticos,  
el enamoramiento a distancia,  
la sala prohibida, los paraísos sensuales y  
la cronología del más allá.

## La marca de nacimiento

Creo que nunca me he sentido tan feliz como me siento ahora.

Es un día espléndido. Luce el sol radiante en un cielo intensamente azul, el aire fresco de la montaña me vivifica con su soplo, trinan los pájaros en la chopera y el arroyuelo de aguas límpidas y heladas entona su canción jubilosa mientras salta de peña en peña, ágil y retozón cual los rebecos de los escarpados riscos.

Gilberto dormita tendido en la hierba, a la sombra de un fresno. Yo dirijo los ojos a las alturas y una vez más contemplo las peladas cumbres en las que aún blanquean algunos neveros, y una vez más me admiro de que fuésemos capaces de cruzarlas y nos encontremos aquí, en este valle ameno y risueño, camino de la soñada Compostela.

Sí, al fin emprendimos nuestra peregrinación. Cuando dejé el arruinado monasterio donde ha transcurrido casi toda mi vida, contrarias emociones batallaban en mi pecho. De un lado la alegre excitación de la aventura, de lanzarme al camino y ver mundo, de conocer nuevas gentes y ciudades, yo que tan sólo conocía la porción de bosque que rodea nuestra ruinosa morada. Pero junto a ello estaba también el dolor que me producía separarme del hermano Martín que ha sido para mí, huérfano abandonado, el padre y la madre que nunca conocí y llenó mi vida con su dedicación y su cariño. Y si por una parte tenía ganas de saltar por la agitación de la aventura, por otra, el dolor de la separación ponía un nudo en mi garganta; así que, cuando tras abrazarle me separé del hermano Martín y emprendí el camino, mis ojos estaban nublados por las lágrimas.

Pero ya estoy aquí, en la ruta de Compostela, tras cruzar el desfiladero donde encontró la muerte Roldan debido a la villanía del traidor Canelón. Cuando a la atardecida comienza a extenderse la sombra por estos silenciosos valles, espero que rompa el silencio el ronco son del olifante del caballero que, rebotando de risco en risco, intenta en vano llevar a su señor Carlomagno el aviso de la celada que le han tendido los moros del rey Marsil. Pero tan sólo rompe el profundo silencio el rumoroso cantar del arroyo y el tierno y alegre trino de los pájaros.

Gilberto gusta de la soledad y únicamente busca la compañía de los otros peregrinos cuando resulta prudente ampararse en la seguridad que proporciona la fuerza del número por tener que cruzar un bosque o algún otro paraje sombrío. Cuando llegamos a lugares más tranquilos y despejados, procura alejarse de la multitud a la que ya no volverá a acercarse hasta que la proximidad de algún otro sitio peligroso así se lo aconseje.

La verdad es que sería locura adentrarse solo en esos bosques tupidos en los que apenas penetra la luz entre la espesura de sus árboles. No son las fieras, los muchos lobos y osos que allí se ocultan, el mayor peligro de estos bosques sino los hombres que habitan en ellos, más fieros que las propias fieras. Son los forajidos que, huyendo de la horca, buscan un abrigo en estas soledades; son los cazadores furtivos que se lanzaron al bosque escapando acaso de la tiranía de su señor feudal; son esos leñadores y carboneros, de cara siempre tiznada en la que brillan unos ojos salvajes, brillantes y acerados como el filo de sus terribles hachas con las que siempre están dispuestos a despedazar al viajero para aprovecharse de sus despojos. Sí, son todos los habitantes de estas selvas agrestes, que obligados a vivir como los animales, han perdido casi su condición humana.

Pero, si el peligro de los bosques mueve a buscar el arrimo de los otros peregrinos, también comprendo que Gilberto siempre que pueda procure dejar esa compañía. Nunca,

nunca pude imaginar que hombres y mujeres que se encaminan a postrarse ante el Santo Apóstol seguramente para buscar el perdón de sus pecados, puedan comportarse como ellos se comportan. Más que a una peregrinación, parece que van a una desenfrenada fiesta. Todo son bailes, canciones obscenas y cuentos desvergonzados. Cuando tienen, comen y beben sin templanza, terminando muchas veces estas comidas en luchas a puñadas, en revolcarse por el suelo mordiéndose como si fueran perros. Ni los lugares sagrados respetan. Más de una vez, en la hospedería que los monasterios destinan a los peregrinos pobres, desvelado por el insoportable olor que desprende tanta humanidad amontonada, mis ojos sorprendieron escenas que jamás había imaginado. Educado en la inocencia por el hermano Martín, ha sido en esta ruta de los peregrinos a Compostela donde, sin quererlo, he descubierto el pecado de la carne en toda su horrible fealdad.

Pero también he descubierto otras cosas. He descubierto el dolor y la miseria humana. ¿Cómo puede el corazón del hombre no conmoverse, como yo me conmoví ante tanta lacería? Esos pobres tullidos que se arrastran penosamente por los caminos, esos desgraciados con el cuerpo cubierto de horribles llagas, esos ciegos a los que conducen de la mano unos niños tan desgraciados como ellos mismos, ponen con su sufrimiento y su miseria un nudo de angustia en mi garganta. Al verlos comprendo que los hombres se lancen a ese desenfrenado torbellino para cegarse en él y olvidar tanto dolor; y espero que cuando al fin nos postremos a los pies del Santo, éste nos otorgue a todos su amparo y su perdón.

Cae la tarde. En el cielo aún azul, aparece la estrella del pastor. Llega desde muy lejos un tintineo de cencerros. Se han callado los pájaros, y el rumor del arroyuelo y ese son metálico que la distancia torna en cristalino son los únicos que más que romper, acentúan la calma de esta melancólica soledad.

Observo con disimulo a Gilberto, que sentado a unos pasos tiene la mirada perdida en las últimas luces del poniente. No sé si es por la melancolía del paraje, pero a mí me parece que se encuentra muy triste el caballero. Daría cualquier cosa por poder consolarlo, pero permanezco quieto, mirándole con disimulo, sin saber qué hacer.

No me extraña esta tristeza de Gilberto. A poco de emprender nuestra peregrinación, me dio a conocer más pormenores de su historia. Yo recordaba que en el relato que nos hizo el hermano Martín y a mí nos había hablado de su familia, de su mujer y de sus dos hijos; y me sorprendía mucho que no los hubiera vuelto a mencionar. Aunque era grande mi curiosidad, no me decidí a preguntarle. Pero hace tres días, mientras descansábamos en la sala de peregrinos de una abadía, al fin osé hacerlo aunque de una manera indirecta:

—¿Vuestro hijo será ya todo un hombre? —le dije.

—Sí que lo es. Aunque, la verdad, no sé qué clase de hombre será pues no lo he visto desde que lo dejé, siendo aún muy niño, para ir a las cruzadas.

—¿Es que estaba ausente cuando regresasteis a vuestro castillo?

—No lo estaba. Pero yo no lo vi. Ni a él, ni a su madre ni a su hermana. Sólo vi a una niña que al principio tomé por mi propia hija, pues era igual que aquella niña tan hermosa que yo dejé cuando me incorporé a las huestes del conde de San Gil. Claro está, no era ella, sino su hija. Aquella niña era mi nieta.

Gilberto se mantuvo durante un tiempo silencioso, como perdido en sus pensamientos. Luego reanudó su narración:

*—Cuando tras tantos días de penoso viaje divisé al fin mi castillo, el pecho se me dilató de alegría. Apresuré el paso y casi a la carrera me encaminaba hacia la puerta de entrada cuando dos enormes perros me cerraron el paso.*

»Tuve que defenderme con mi bordón del ataque de aquellas fieras. De todas formas mal lo hubiera pasado de no haber salido en mi socorro un escudero que, tras no pocos esfuerzos, consiguió reducir a los canes.

»—Sois un imprudente —me dijo—. Suerte tenéis de que yo anduviese por aquí, pues si no los perros os habrían destrozado. Ellos están para impedir que los vagabundos se aproximen a esta puerta. Si queréis un socorro, encaminaos hacia las dependencias de los criados donde se os atenderá, pues a nadie se le niega un trozo de pan y un techo donde pasar la noche.

»No sé qué extraño impulso hizo que no me diese a conocer. Me encaminé a las dependencias de los criados y allí entré en la sala destinada a la acogida de caminantes y mendigos. Había un par de ancianos sentados junto al fuego que me miraron con desconfianza. El hombre, al fin, me preguntó.

»—¿Vais de camino?

»Cuando asentí a su pregunta con un gesto, el viejo me dijo que ellos vivían desde hacía años allí, gozando de la caridad de los señores.

»—A nadie se cierra esta puerta —añadió—.

Todo el que viene es bien recibido, sin que su permanencia tenga otro límite que el de su propio deseo.

Poco después entraba en la estancia una joven de unos doce años y la niña de la que antes te hablé. La pequeña portaba un cestillo con pan que nos fue alargando con grácil sonrisa.

»—Que nuestro señor te bendiga, hermosa —dijo la vieja, zalamera—. A lo que la niña respondió gentil:

»—Que su bendición caiga también sobre vosotros.

»Cuando las dos niñas se fueron, pregunté:

»—¿Quiénes son esas preciosas criaturas?

»—Son las hijas de la castellana —respondió el mendigo.

»—Eres tonto —intervino la mujer—. La hija es la niña mayor. La pequeñita es la nieta, la hija de la joven señora, que vive con su madre desde que su padre marchó a guerrear con los enemigos de Cristo.

»No comprendía nada. ¿Qué significaba aquello de la hija y la nieta? En aquel momento, perdida la noción del tiempo, no sabía cuál de aquellas criaturas era mi propia hija. Confuso, dije.

»—¿Pero cómo es posible? Que yo sepa, el señor de Montsalve tan sólo tenía una hija.

»—Pues claro —respondió la mendiga—. Un hijo y una hija, la madre de la niña pequeña.

»—¿Entonces la niña mayor?

»Esa es la hija del señor de Rocafort, con quien la señora volvió a casar a los dos años de recibir la noticia de la muerte del señor de Montsalve en Tierra Santa.

»Ahora se me aclaraba todo. Aquella niña, tan parecida a la niña que yo dejé al partir, era mi nieta. La niña mayor era la hermanastra de su madre. Yo estaba muerto y todos los míos habían reemprendido una vida en la que mi propia vida no tenía lugar.

»¿Qué haría? ¿Darme a conocer, decir: "Yo soy el señor de Montsalve que no ha muerto en las cruzadas, sino que tras permanecer veinticuatro años lejos de vosotros, ahora vuelve para deshacer todo lo que habéis hecho, y declarar bigamia a mi mujer, y arrojar de su lado a su marido y a su hija a quienes sin duda ama; sí yo soy el señor de Montsalve que viene a destrozarse este hogar tan feliz, yo que durante tantos y tantos años le tuve olvidado"? No, yo no podía hacer aquello. No podía causar más daño a quien ya tanto había causado con mi ausencia.

»Permanecí allí, anonadado, sentado junto a los dos mendigos. Entonces recordé la historia de san Alejo. Recordé cómo san Alejo el mismo día de casarse por mandato de su

*padre con una princesa, le comunicó a su esposa que había hecho voto de castidad y se separó de ella y vivió mendigando a la puerta de una iglesia durante diecisiete años. Después, movido sin duda por el deseo de ver a los suyos, volvió a su tierra y se acomodó a la puerta del palacio de su padre y allí permaneció sin darse a conocer durante otros dieciocho años, junto a los mendigos que vivían de la caridad de su familia, sufriendo la hostilidad de los demás pobres y el desprecio y escarnio de los criados de su casa; viendo todos los días a sus padres y a su esposa pero sin darse a conocer hasta que en el día de su muerte pudieron arrancar de sus yertas manos el papel donde había escrito toda su historia.*

*»Sí, recordé la historia de san Alejo y pensé que podría hacer como él. Que podría permanecer allí, conviviendo con los mendigos, con aquellos dos ancianos que ahora estaban junto a mí; sin darme a conocer, viviendo de la limosna de los míos, y viéndoles. Viendo a mi mujer, a mis hijos, a mi nieta. Viendo su felicidad y gozando con ella...*

*»Durante unos breves momentos fue ésa mi intención. Pero para vivir así hay que ser un santo, y yo no lo era. Sabía que no podría resistirlo, que antes o después lo estropearía todo. Así que, tras comerme el trozo de pan, partí de mi casa dispuesto a no volver nunca más a ella. Solamente alejándome de los míos podría preservar su felicidad. Por eso emprendí mi peregrinación a Compostela con la esperanza de que el santo, tras interceder por el perdón de mis pecados, encaminara mis pasos hacia mi auténtico destino.*

Esta es la historia que Gilberto me contó. Una historia bien triste, en verdad. Por eso, cuando le miro tal como está ahora con un aspecto sombrío y melancólico, por mucho que me apene verle así, me mantengo alejado de él, dejándole que rumie sus amargos pensamientos.

Me despierta el cálido beso del sol en mis mejillas. Abro los ojos. Luce azul la mañana que se alegra con el trino de los pájaros y el cantar del arroyuelo. Busco con la mirada a Gilberto, pero aunque la manta en que se ha envuelto para pasar la noche se encuentra a mi lado, él no está.

Me levanto de un salto, asustado, y sólo vuelvo a respirar tranquilo cuando veo al caballero a unos cien pasos de mí, bañándose en un remanso que forma el arroyuelo.

Me dirijo hacia él. Un poco antes de llegar a su lado, me grita.

–Vamos, Moisés. Anímate. Métete en el agua conmigo.

–Estará muy fría.

–Sí, está helada. Pero esto es bueno. Después de un baño en agua helada, verás cómo la sangre circula mucho mejor. Anda, no seas cobarde y entra en el agua.

Mientras me despojo de la ropa, observo a Gilberto. A pesar de los años, el cuerpo gigantesco deja patente su enorme fortaleza. Nada más verle, se adivina que ha sido un formidable guerrero. Y todavía lo es. Pude comprobarlo hace unos días, cuando al cruzar una espesura de estas agrestes montañas, nos asaltaron tres enormes lobos. Gilberto hizo voltear su cayado de peregrino y de un solo golpe saltó los sesos a la más agresiva de las fieras y puso en fuga a las otras dos. Aunque ya anciano, Gilberto aún es un temible caballero.

Nada más entrar en el agua, siento como si me hubieran cortado las piernas. Lanzo un grito y salgo huyendo del agua helada. Gilberto, riendo, corre tras de mí y, a pesar de que soy un joven y él un anciano, pronto me da alcance.

–Nadie te libra del baño –dice riendo. Y levantándose como una pluma, se encamina hacia el arroyo llevándose en sus brazos no obstante mi resistencia.

–¿Qué es esto? –exclama, deteniéndose de pronto.

–¿El qué?

–Esa mancha que tienes bajo la axila.

Me ha posado en el suelo. Ya no ríe, sino que está muy serio. Podría casi asegurar que se halla profundamente alterado.

–No es nada –digo para tranquilizarle–. La he tenido siempre. Creo que tengo esa señal desde que nací.

–Deja que te la vea mejor. Alza bien el brazo, que mi vista es mala. Sí, estoy seguro. Esa mancha cárdena parece...

–Una espada que se cruza con una flor –le interrumpo–. Eso es lo que parece. Lo que me parece a mí y también al hermano Martín, que dice me marcó Dios con una espada y una rosa.

–Sí –afirma Gilberto–. Dios te marcó con una espada y una rosa. Y ahora, al verlas, también sé que Dios, al encaminar mis pasos al derruido monasterio, estaba fijando mi destino.

Miro sorprendido a Gilberto. No sé lo que sus palabras pueden significar.

–Vamos, vístete –me dice–. Nos vamos ya.

Nos ponemos a caminar. Mas apenas hemos andado cien pasos, observo que estamos deshaciendo nuestra ruta.

–Gilberto –digo–, ésta no parece la dirección de Compostela. Más bien parece que nos disponemos a cruzar otra vez las montañas que ya cruzamos al venir.

–No te equivocas hijo. Hacemos el camino de vuelta.

–¿Pero es que ya no vamos a ver al señor Santiago?

–Moisés –y mientras habla, se ha detenido –te dije que Dios nuestro Señor acababa de mostrarme mi destino. Yo ya había visto esa rosa y esa espada que la cruza. La había visto bajo la axila de mi señor, el barón de Forner. Porque esa es la marca con que vienen al mundo todos los herederos de la baronía. Y esa marca, Moisés, me dice que tú eres el heredero del barón de Forner y que mi destino no es ir a Compostela, sino hacer valer tu derecho.



Al final el lector encontrará  
información sobre:  
el cantar de Roldan,  
la vida de san Alejo y  
las marcas de nacimiento.

## Desandando el camino

Ahora, mientras volvemos sobre nuestros pasos desandando la ruta de la interrumpida peregrinación, si me paro a pensar en lo que Gilberto me dijo y en lo que pretende que hagamos, más que una locura, me parece un sueño.

¿Cómo no va a ser un sueño que yo sea el barón de Forner? Yo, a quien recogió del río el hermano Martín, criado malamente en un monasterio ruinoso y abandonado, sin ver a nadie, sin otra compañía ni amparo que el de un pobre lego, ¿cómo voy a ser el legítimo heredero de la noble casa que dotó y construyó en tiempos pasados esa misma abadía de la que tan sólo conocí unos pobres despojos? No, no es posible. Sin duda Gilberto se engaña o simplemente sueña.

¿Pero y si no soñara? ¿Si fuera verdad? ¿Si yo fuese el heredero del barón de Forner, nieto del que luchó con Gilberto en Tierra Santa? Está la señal, esa marca que tengo desde el día que nací y que, según mi amigo, llevan al nacer todos los herederos de la baronía. ¿Por qué no podría ser? ¿Es que no ocurre en las coplas que cantan los juglares tales sucesos? Mas una cosa son las historias juglarescas y otra mi propia historia.

Recuerdo que cuando me refirió Gilberto el principio de la historia del Caballero del Cisne, tal como se la narró un juglar que volvía de Compostela, me preguntaba, en espera de conciliar el sueño, si no sería como aquel antepasado de Godofredo: si dado lo oscuro de mi nacimiento y el hecho, que parece de canto de un juglar, de bajar arrastrado por la corriente, amarrado sobre un escudo y flotando entre un montón de cadáveres, no supondría que también, como el de aquellos otros siete hermanos abandonados, mi origen fuese noble y misterioso y estuviera como estaban ellos destinado a más altos destinos. Entonces creía que aquellos pensamientos eran tan sólo figuraciones y fantasías con las que llenaba la pobreza y monotonía de mi vida, pero ahora bien puedo pensar que aquellos ensueños e ilusiones no estaban muy lejos de la realidad.

Mas aunque fuera así, aunque yo fuese el heredero del barón de Forner, aunque una bruja malvada me hubiera arrancado de mi noble cuna y arrojado al río, ¿cómo podré hacer valer mi derecho? Gilberto es mi único valedor. Con su capa oscura, su bordón y su sombrero de peregrino, nadie podría tomarlo por un caballero; más bien por un mendigo, tal como hizo el criado de su propia casa. ¡Y éste es mi paladín, mi único amparo!

Sin embargo, Gilberto tiene algo especial, algo que, a pesar de todo, obliga a confiar en él. Hace unos días, cuando salvábamos, de regreso, estas altas montañas que ahora tengo a mi espalda, en un angosto desfiladero se nos cruzó cortándonos el camino un enorme oso. Yo quedé inmovilizado por el terror. La fiera se alzó sobre sus patas traseras, abrió las fauces mostrando sus agudos dientes y lanzó un feroz rugido. Gilberto dio un paso y se detuvo frente a ella. Empuñaba su gran cuchillo de monte y se mantenía quieto, plantando cara al oso que rugía cada vez con mayor fiereza. Durante unos instantes interminables estuvieron así, sosteniendo la mirada. El oso, los brazos abiertos, balanceándose ligeramente sobre sus patas; Gilberto totalmente inmóvil. Por fin la fiera lanzó un rugido más fuerte y agudo que los roncós gruñidos que había estado emitiendo y, dejándose caer sobre sus patas, comenzó a retroceder lentamente sin cesar de rugir pero cediéndonos el paso. Tan sólo con la firmeza de su mirada, sin necesidad de luchar, el caballero la había vencido.

Hemos dejado ya atrás las ásperas montañas y los bosques espesos y sombríos. Ahora marchamos por un fértil valle, que cruza un río de mansa corriente. Altivos álamos, grises fresnos y dolientes sauces se alzan en sus riberas, dando abrigo a un enjambre de aves que acompañan su curso con su alegre trinar. Los trigales, los huertos y las praderas van alternando su diverso verdor. Todo es fresco y risueño en este dulce paraje.

Marchamos por un amplio camino transitado en uno y otro sentido por una abigarrada muchedumbre. Labriegos que se dirigen a su aldea o a su alquería; peregrinos que marchan a cumplir su promesa postrándose ante el santo, o que vuelven de ella, alegres y jubilosos ostentando la concha en su sombrero o en su manto; hasta algún caballero que, jinete en su fuerte corcel de guerra y cubierto con sus armas, da muestra de su poder y orgullo arrojando sin miramiento a los viandantes fuera del camino. Mas clérigos y seglares, nobles y villanos, hombres y mujeres, todos caminan como si lo risueño de este día jubiloso les hubiera contagiado su alegre esplendor.

Y nada tan alegre como este carronato que acaba de alcanzarnos. Con un toldo pintado de vivos colores, tirado por dos mulas curramente enjaezadas, lleva sentados en su pescante la más jovial pareja del mundo. Quien empuña las riendas viste un traje verde claro y se cubre con una caperuza encarnada coronada por un gran cascabel que resuena cristalino al menor movimiento de su cabeza. Su compañero lleva una enorme nariz postiza, roja y averrugada, y va tocando una alegre melodía en una cornamusa.

—Son juglares —dice Gilberto sonriendo. Al llegar a nuestro lado, el conductor, refrenando el paso de las mulas, me grita.

—Zagal, ¿quieres descansar un poco? Si no te dan miedo los locos, y tonto es quien de ellos se asusta, sube a este carro. Verás cómo el camino se te hace más corto.

Miró a Gilberto solicitando su aprobación.

—Anda, sube. Así descansarás un rato de tanto andar.

—No tema el peregrino perder al muchacho por quedarse rezagado —dice el de la cornamusa cesando en su soplar—. Estas mulas son capaces de acomodarse al paso de una madre abadesa.

Trepe al carro ágilmente y me coloco entre el de la cornamusa y el conductor. Las mulas reemprenden una marcha lenta que a Gilberto no le cuesta ningún trabajo seguir. Es tan alto que su cabeza queda casi al nivel de la nuestra.

El conductor agita bruscamente la suya, arrancando al cascabel un agudo tintineo. Una vieja campesina que camina delante se vuelve sobresaltada.

—¡Demonio de loco! —exclama—. Qué susto me diste. Creí que venía un leproso.

—Madre abuela —replica el juglar— ¿quién os robó el oído? ¿O es que se lo cambiasteis a uno que tenía necesidad de él por una jarra de vino? ¿Cómo se puede confundir el cantarino sonido de mi cascabel con el lúgubre son de la campana de un leproso?

—Verdad es —dice un labriego joven que camina a su lado— que el sonido de la campanilla de un leproso no tiene igual. Ni la de este loco, ni las esquilas del ganado suenan lo mismo. Aunque los hay tan malvados que apagan con estopa el son de su campana para sorprender al viajero y trasladarle su mal.

—Sí que son malvados, sí —tercia una moza de mejillas rosadas—. Por eso Dios nuestro Señor los aquejó con la horrible plaga en castigo de sus pecados.

—Que él perdone los nuestros y nos libre de todo mal —dice santiguándose la campesina.

Todos, hasta mis alegres compañeros, imitamos a la vieja. Durante unos momentos se interrumpe la conversación. Después un mancebo con pinta de estudiante que se ha arrimado a nuestro grupo, dice:

—Escuché a un peregrino que había estado en Oriente, que allí un rey curó su lepra bañando su cuerpo en la sangre de una doncella.

–¿Y tenía que ser una doncella de verdad, una virgen? –tercia mi compañero de la nariz postiza.

–Eso dicen –responde el estudiante–. Al parecer no sirve sangre de doncella remendada.

–Pues en tal caso –añade mi jovial compañero– puede que allá en Oriente ese rey encontrase remedio a su mal; pero lo que es aquí tendría que irse con su lepra a la sepultura, pues esa especie es entre nosotros más rara que el ave fénix.

Todos prorrumpen en risotadas. Destaca entre ellas las del estudiante, que ha clavado mientras ríe sus ojos en la lozana moza. Ésta, con los ojos brillantes y todavía más rubor en sus ya rojas mejillas, dice riendo también:

–Así se os caigan las lenguas y se las coma un can, para que no seáis maldicientes.

Ríe toda la concurrencia. Al fin, cuando vuelve la calma, pregunto a Gilberto.

–¿Es verdad que la lepra se cura con la sangre de una doncella? Él estuvo en Oriente – digo dirigiéndome a quienes nos rodean.

–Eso se cuenta, aunque de otra manera –responde el caballero–. Para que el remedio sea eficaz, la doncella debe acceder voluntariamente a su sacrificio.

–Doncella y que se sacrifique voluntariamente... –interrumpe mi compañero del cascabel–. Ahora sí que puede asegurarse que la lepra no tiene cura.

–Sin embargo –dice Gilberto–, mientras yo estaba en Trípoli restableciéndome de mis heridas, la doncella que me cuidaba y de la que ya te hablé me contó la siguiente historia:

»Había una vez un rey de las Indias que era uno de los monarcas más ricos y poderosos de la tierra. Poseía rebaños de elefantes, incontables gemas, palacios de mármol revestidos de oro, jardines paradisíacos y un harén con quinientas mujeres tan bellas como los propios ángeles del cielo. Y él mismo era el más bizarro y apuesto de los hombres.

»Pero aquel rey que lo tenía todo un día se vio asaltado por el terrible mal. Y entonces pudo ver que la riqueza, la hermosura y el poder son tan sólo dibujos en la arena que puede borrar el menor soplo de viento. De nada le servían el oro, las joyas, los elefantes, los jardines y palacios. En cuanto a las mujeres que antes se disputaban celosas sus favores, mostraban ahora tal asco y espanto ante su sola presencia, que el gran rey decidió dejar de visitarlas.

»Encerrado en la más apartada estancia del palacio veía, en su soledad, cómo el mal iba día tras día royendo sus carnes. Inútiles eran todos los remedios de los médicos de la corte y de aquellos otros que hizo venir de los más lejanos países. Nada podía detener el avance de la enfermedad.

»Por fin un día un famoso médico griego le comunicó que la lepra sólo se curaba si bañaba el cuerpo enfermo en la sangre de una virgen sacrificada con su consentimiento. Pero, insistió, era esencial para la eficacia del remedio que la doncella accediera voluntariamente a ello.

«Esperanzado, el gran rey ordenó pregonar por todos sus dominios que entregaría la mitad de sus tesoros a quien consintiera dar toda su sangre por él. Confiaba en que alguna de las doncellas pobres de su reino sacrificaría su vida para sacar a su familia de su atroz miseria.

»No fue así. Ciertamente numerosas doncellas, y no sólo de familias míseras sino también de familias acomodadas e incluso ricas, fueron conducidas a su presencia. Pero cuando el rey quedaba a solas con la joven, los llantos y lamentos de ésta le convencían de que había sido arrastrada contra su voluntad por la codicia de sus parientes. Y el rey, entristecido, la devolvía a su hogar.

»Un día en que perdida toda esperanza paseaba por el más recoleto de todos sus jardines, un jardín al que sólo tenía él acceso y donde nadie podía contemplar la triste ruina de sus carnes, se vio de improviso sorprendido por una repentina aparición. Una muchacha, con el

rostro oculto por un blanco velo, surgió tras unos macizos de arrayanes y se encaminó a su encuentro.

»¿Cómo podía aquella muchacha haber llegado hasta aquel lugar, el más recóndito de su palacio? ¿Quién era? ¿Qué quería? ¿Cómo se atrevía a romper su soledad? Disponíase ya a reprenderla ásperamente cuando, arrodillándose a sus pies, la muchacha dijo:

»—Perdonad mi atrevimiento, gran señor, pero he aprovechado el que mi padre duerme para hablaros. El me lo hubiera impedido.

»Era tan dulce, tan melodiosa aquella voz... Al escucharla, el rey sintió que desaparecía su anterior enojo, y mientras con un gesto ordenaba levantarse a la joven le preguntó aún sorprendido.

»—¿Tu padre? ¿Quién es tu padre?

»—El jardinero.

»Todo quedaba aclarado. El rey ni siquiera recordaba la casita que, oculta entre los árboles, servía de morada al criado que cuidaba aquel pequeño y perdido jardín. Naturalmente el hombre tendría familia y aquella joven era una de las hijas del jardinero.

»—¿Y qué deseas decirme?

»—Señor, mi padre dijo que os podríais curar si os bañáis en la sangre de una doncella. Yo soy doncella y quisiera ofreceros mi sangre.

»El rey permaneció inmovilizado por el asombro y la alegría. ¿Sería posible aquel milagro cuando ya había perdido toda esperanza? No, no podía ser. Ocurriría como las otras veces. Con una voz donde se traslucía una íntima amargura, dijo:

»—Te obliga tu padre, ¿verdad?

»—No, no, él no quiere —respondió apresuradamente la doncella—. Soy su única hija, lo único que tiene, pues mi madre murió, y no quiere perderme por nada del mundo. Por eso tuve que aprovechar su sueño para poder decíroslo.

»—Entonces —exclamó el rey asombrado— ¿por qué lo haces? ¿Piensas que tu padre apreciará más poseer la mitad de mis tesoros que tu vida?

»—Pero si yo no quiero vuestros tesoros, señor.

»—¿Qué quieres entonces? ¿Por qué lo haces?

»Pero la muchacha no contestó. Permanecía ante el rey, con la cabeza inclinada, guardando un doloroso silencio. El rey retiró el velo de su rostro y vio una cara bella como la luna, arrebolada por el rubor. Dulcemente, tomándola de la barbilla, levantó su cabeza y volvió a preguntar.

—¿Dime, pequeña, por qué lo haces?

»—Señor, desde muy niña me asomaba a la celosía cuando paseabais por el jardín para veros pasar. No había en el mundo nada más hermoso. Después enfermasteis. Era tan triste veros así, tan triste...

»Se había interrumpido ahogada por las lágrimas. Y el gran rey sintió algo que nunca había sentido. Aquella niña a la que ni recordaba haber visto le había amado durante años, le había amado con un amor sin esperanza, con un amor tal que ahora le ofrecía su vida para salvarle.

»—¿Cómo podría agradeceréte? —dijo mientras le acariciaba los cabellos—. ¿Si pudiera hacer algo por ti, algo que compensara tu sacrificio?

»—Sí puede. Puede darme algo. Lo que más he deseado, lo que siempre soñé. Un día antes de verter mi sangre, tomadme por esposa.

»Y así fue como el rey desposó a la doncella que al día siguiente había de ser sacrificada para que él recobrase su salud. Fue sólo una ceremonia simbólica, pues la muchacha debería llegar virgen al sacrificio.

»Pero al día siguiente ese sacrificio no se realizó. Ni al otro. Ni al otro... Al gran rey le había ocurrido algo extraño. Le faltaba el valor para ordenar la muerte de aquella criatura

tan dulce, tan bella, que le amaba tanto y a la que él también amaba cada día más. Por eso fue posponiéndolo hasta que una noche entró con ella en la cámara nupcial para perder entre los brazos de su amada su única oportunidad de salvar la vida.

»Por amor, el rey había renunciado a curar su lepra. Esa lepra que, también por amor, iba muy pronto a pudrir las dulces carnes de su bien amada. Murieron el mismo día y a la misma hora y fueron enterrados el uno junto al otro. Y cuentan allá en Oriente que en su mausoleo nacieron dos rosales, un rosal de rosas rojas y otro de rosas blancas, que se buscan y entrecruzan como si se abrazasen. Y ésta es la historia que yo escuché cuando estaba en Trípoli sobre el rey leproso y la doncella, pero en verdad no sabría decir si en realidad sucedió o se trata sólo de una de las muchas leyendas que por allí se narran...»

–En todo caso –dijo mi compañero de cascabel– es una hermosa historia. Si yo fuese trovador, buen provecho le sacaría poniéndola en verso y cantándosela a las demás por los castillos.

–Lo que saco de ella –terció el narizotas– es que, como no vuelva nuestro Señor Jesucristo a esta tierra, los leprosos leprosos se quedan.

–Bien que podría volver –dice la vieja campesina– a ver si nos ampara de tanto mal como nos aqueja.

Ahora todos caminan en silencio. Únicamente lo rompe el estudiante que, aproximándose a la moza sonrosada, le va diciendo algo que yo no puedo oír. Mas debe de ser muy divertido pues la moza, al escucharlo, rompe a reír con una sonora carcajada.



Al final el lector encontrará  
información sobre:  
la curación de la lepra.

## La Virgen y el juglar

Tras de mí suena un breve gruñido. Vuelvo la cabeza y me quedo paralizado por el asombro. Del fondo de la carreta ha surgido la figura más extraña que nunca vi. Es un hombre sumamente delgado, vestido con un traje similar al de mi acompañante, el del cascabel. Pero todo lo que éste tiene de jovial, lo tiene de lamentable quien tan de improviso aparece a mis espaldas. Su pelo semeja un puñado de estopa que hubieran pegado a dispersos manojos sobre su cráneo. Fáltale una oreja, la mitad de la mano izquierda y un buen trozo de nariz. En cuanto a su boca... ¿cómo podría describirla? Torcida a un lado, el labio inferior caído le presta una perpetua sonrisa. Pero esta mueca grotesca que parece reír me produce una impresión penosa. Al ver esa sonrisa, uno siente ganas de llorar.

–Hola, mi buen Jacques –dice mi vecino, el de la cornamusa–; ¿te despertaste ya?

Se ha adelantado inclinándose sobre mí. Asustado, inicio un movimiento para bajarme de la carreta, pero el del cascabel me detiene.

–Quieto. No temas. Nuestro buen Jacques es más inofensivo que un ratón silvestre, y bueno como el pan.

Jacques abre su boca, como si quisiera acentuar su perpetua sonrisa para tranquilizarme. Después, con una voz extrañamente gutural, pregunta:

–¿Se queda con nosotros?

–No –responde el carretero–. Sólo nos acompaña durante un trecho para dar descanso a sus pies.

–Quiero que se quede.

–Bien, bien. Se quedará. Anda, sigue durmiendo. Yo te llamaré cuando nos paremos a comer.

Obediente, vuelve a meterse en la carreta. Mi acompañante me dice en voz baja:

–Mejor así. Es como un niño y si le da porque te quedes con nosotros, puede estar repitiéndolo durante todo el camino.

–Es feo, ¿eh? –tercia el de la cornamusa.

–¿Pero quién es? –preguntó.

–Pues eso... Jacques. Nuestro buen Jacques\*.

–En realidad –dice el del cascabel– le llamamos así. Pero no sabemos su nombre, ni quién es, ni casi nada de él. Va para un año que lo encontramos en la plaza de Foix. Estaba en medio de una multitud que se reía viéndole danzar. Porque con esa figura y esa cara y su manera de contorsionarse cuando danza, hace reír a cualquiera. Cuando terminó había quien le daba trozos de pan y algún que otro nabo, pero también había malintencionados que le arrojaban palos, boñigas secas y hasta piedras. Nos dio lástima y lo recogimos. Ahora sigue danzando, pero nadie se mete con él. Ya se guardarán, ya... –terminó acariciando el mango de un pequeño puñal que llevaba colgado a la cintura.

–¿Pero por qué tiene la cara así?

–Bueno. Eso es una de las pocas cosas que sabemos del pobre. Siendo muy niño, en un descuido

\* Jacques es el nombre genérico que en la Baja Edad Media se da al campesino francés. Por eso la revuelta del siglo XIV se conoce como *las jacqueries*.

de sus padres, las ratas estuvieron a punto de devorarlo. Alguien entró en la choza y no dio tiempo a que se lo comiesen del todo. Porque, ¿sabes?, éste es el fin de muchos de estos pequeños Jacques, de los bebés de nuestros campesinos. Que se los coman las ratas o los cerdos entre los que duermen.

–Mira aquellos álamos –dice el compañero de las narizotas y la cornamusa–. Si no me falla la memoria, entre ellos mana la fuente de agua más fría y cristalina que uno pueda desear. Es el sitio en que vamos a parar para comer.

Tras haber comido el pan y queso que los juglares han compartido generosamente con nosotros, y en espera de reemprender la marcha hacia el cercano monasterio benedictino donde esperamos pasar la noche, descanso tendido sobre la hierba de este ameno soto. Mantengo entornada los párpados, pero aún así vislumbro la grotesca figura de Jacques que se encuentra sentado frente a mí. No puedo quitarme de la cabeza tanto la fealdad de su rostro como esa horrible historia que de él me han contado. Señor y Dios mío, ¿cómo puedes permitir que ocurran cosas como éstas? ¿Por qué permites que existan criaturas tan desgraciadas como Jacques?

Aunque él no parece sentir su propia desgracia. Todo lo contrario. Ahora mismo está riendo con esa risa sonora y gutural, esa risa que parece más animal que humana, y canturrea acompañando la melodía que el de la cornamusa arranca a su instrumento. Acaso no se sienta tan desgraciado como yo lo veo. Nadie puede conocer los designios del Señor ni hasta dónde puede alcanzar su misericordia.

De pronto me saca de mis pensamientos una barabúnda de voces y ladridos. Abro los ojos y me incorporo para enterarme de lo que sucede. Y ante nosotros cruza a todo correr un zorro con una jauría de perros y un grupo de campesinos armados de estacas pisándole los talones.

Perseguido y perseguidores han cruzado en un abrir y cerrar de ojos. Todos nos hemos levantado para ver en qué acaba la cacería.

–Maese Renart –dice el de la cornamusa–, de ésta sí que me parece que perdéis vuestra bonita piel.

–Habrás que verlo –le responde su compañero–. Pienso que ese zorro es mucho más listo que los perros y los rústicos que le acosan.

Los hombres han quedado ya completamente rezagados. Hemos perdido de vista al zorro, que debe de tener encima a la jauría por el furor de sus ladridos que denotan la proximidad de la presa. Al cabo de unos minutos, tan sólo podemos ya guiarnos por los ladridos, pues a los perros casi los ha borrado la distancia. De pronto, el de la caperuzza prorrumpe en una carcajada y grita:

–Mirad, mirad hacia esas lomas.

Y cuando miro, lo que veo es al zorro que corre por ella en dirección contraria de la que, a unos mil pasos a la izquierda de las lomas, sigue la jauría ladrando como si lo tuviese bajo el hocico.

–¿Qué te decía Pedro? ¿Has visto cómo les ha dado el esquinazo, cómo se ha reído de todos la condenada vulpeja?

–Sí –intervengo–, el zorro es un animal muy listo. Tras ver cómo éste se ha burlado de sus perseguidores, me acuerdo de una historia que me contaba el hermano Martín.

–¿Y qué historia es ésa? –pregunta Gilberto sonriendo.

–Una vez un cuervo había robado un queso y se disponía a comérselo en la rama de un árbol. En esto un zorro muerto de hambre pasaba por allí y vio al cuervo con el queso. Entones se detuvo y dijo: «Qué hermoso sois, don Cuervo. En verdad, entre todos los pájaros del bosque no encuentro uno que, por el plumaje o lo majestuoso de su vuelo pueda

compararse con vos. Lástima que no os haya oído cantar porque entonces, si como supongo habéis heredado la voz armoniosa de vuestro padre, ya podría asegurar que sois la más bella de las aves.

»Entonces el cuervo se puso a graznar. Y como nada más abrir su pico se le cayó el queso, el astuto zorro pudo apoderarse de él y salir corriendo, calmando así su hambre a costa del pobre cuervo. Y el hermano Martín me decía que esta historia debería servirme de enseñanza para no fiarme de las lenguas lisonjeras.»

–Es una bonita historia –dice Pedro una vez que cesan las risas con que ha sido acogido mi relato–. Aunque éste y yo ya la conocíamos y más de un trago de buen vino nos hemos ganado narrándola por ahí, tú la has contado muy bien. Podrías –dice volviendo a reír– unirte a nosotros y ganarte la vida como juglar.

–Sí –replica el de la cornamusa–. Pero para ello tendría que conocer más historias. Qué te parece, hermano Luís, si de momento representamos para que lo aprenda ese pasaje que tantos buenos tragos nos ha proporcionado del cuento de Renart e Isegrin.

–Me parece muy bien –dice Luis, el de la caperuza. Vamos a ello.

Los dos juglares se dirigen a la carreta y tras permanecer un ratito bajo el toldo, vuelven a salir. Luis se ha quitado la caperuza y lleva en ambas manos la imitación en tela de dos cabezas de animales que muy bien podrían ser la de un zorro y la de un lobo. Pedro sostiene en las suyas su cornamusa y un tamboril. Jacques, cuando los ve, acentúa su mueca riende y bate sus palmas con entusiasmo.

Luis se coloca la cabeza del zorro y comienza a bailar de una manera cómica, mientras Pedro acompaña la danza con los instrumentos. De pronto interrumpe la música y canturrea:

–Éste es maese Renart, el más astuto de los animales.

Tras ello, es Pedro quien se coloca la cabeza del lobo y baila a su vez, acompañado por el tamboril que ahora toca Luis, quien se interrumpe para gritar a través de su cabeza de zorro:

–Y éste es maese Isegrin, mi enemigo. Es el más feroz y estúpido de todos los animales.

Mientras prosiguen su danza, unos cuantos viajeros que los han visto desde el camino se han acercado a nuestro ameno retiro y sentados en la hierba forman un corro alrededor de los danzantes, dispuestos a disfrutar de su espectáculo.

Al fin maese Renart y maese Isegrin cesan en sus cabriolas e inician su diálogo:

–Maese Isegrin, ¿dónde os encamináis tan apresurado?

–Vengo huyendo de unos pastores que tienen jurado hacerse unas zamarras con mi piel. Y por san Jacques que casi lo consiguen. Fatigas de muerte me ha costado librarme de ellos, maese Renart.

–Sí que os veo fatigado, sí. Además parecéis mucho más enflaquecido que la última vez que nos encontramos. Por vuestro aspecto no creo que las cosas os vayan demasiado bien.

–¡Y cómo han de irme, desgraciado de mí! El invierno es duro, en los bosques apenas encuentro un vil ratoncillo que llevarme a la boca y los pastores cada vez tienen más ojos para vigilar su ganado y mastines más feroces para acosarme. Así que, entre el hambre y los sobresaltos, estoy que no vivo.

–Justicia del cielo, maese Isegrin. Porque, decidme, ¿cuál es vuestra vida? Robar y matar, robar y matar, tan sólo eso. Luego, ¿qué queréis? Cada uno recoge lo que siembra. Fijaos en los santos monjes.

¿Cuál es su vida? *Ora et labora*. Rezar y trabajar. Y así son los frutos que recogen. No hay campesino que les niegue su trigo, sus verduras, su vino o su carne. Todos corren a llenar sus trojes y bodegas como premio a su santidad. Y ellos comen a *boca llena* y duermen a pierna suelta sin ansias ni sobresaltos. Y así lucen como lucen, orondos y sonrosados. En verdad os digo, maese Isegrin, que no existe en este mundo vida que pueda compararse a la del buen monje.

–Razón lleváis, maese Renart, y bien que me gustaría cambiar mi vida por la suya en bien de mi alma y de mi cuerpo.

–Pues no lo dudéis, haceos monje.

–¿Pero cómo?

–Muy fácil. Yo os ayudaré. Empecemos por la tonsura.

–¿La tonsura?

–Sí. La tonsura. ¿Es que no sabéis, maese Isegrin, que los monjes deben tener la cabeza tonsurada? Sin tonsura no se puede ser monje.

–Entonces, maese Renart, yo no lo seré, porque el pelo de mi cabeza es tan ralo y a la par tan fuerte, que trabajo le doy a quien quiera tonsurarme.

–Eso corre de mi cuenta. Tomad asiento y permaneced quieto y tranquilo, mientras yo hago lo que tengo que hacer.

Mientras maese Isegrin se sienta en la hierba, Renart, que ha tomado la cornamusa, se encamina danzando al son de la melodía que toca hasta uno de los extremos del círculo que se ha formado en torno a los juglares. Allí deja la zampona y, mediante gestos, hace ver a los asistentes que está encendiendo un fuego. Después entra en el carronato y sale con una olla que simula llenar de agua y poner a calentar al fuego. Finge meter el dedo en la olla y lo sopla ostensiblemente como si se hubiese abrasado. Tras ello, la coge, se dirige donde está sentado Isegrin y simula arrojarle el agua en la cabeza. Isegrin lanza una serie de aullidos de dolor y sale corriendo con las manos en la cabeza mientras Renart se retuerce de risa. Entonces los dos juglares se toman de la mano y danzan al son de la cornamusa en tanto los asistentes ríen y aplauden alborozados.

–Ésta es –dice Luis– una de las tretas más celebradas del maestro Renart. Podríamos contaros muchas historias de Renart e Isegrin y el gallo Chantecler, y Noble, el león. Pero ya va siendo hora de que reemprendamos todos nuestro camino.

Llegamos a la abadía a la caída de la tarde. A poco que nos hubiéramos retrasado, habríamos encontrado cerrada la puerta que da acceso al monasterio.

Pedro se ha quedado acampando con la carreta en el exterior, junto a la muralla. Nosotros, acompañados de Jacques y Luis, que se ha despojado de su caperuza, cruzamos la puerta y nos encaminamos al albergue de los peregrinos.

El albergue se encuentra lleno hasta los topes. Hace buen tiempo y nosotros preferimos acampar en el atrio que se abre ante el portal de santa María, donde ya se han instalado un buen número de viajeros, en espera del limosnero que en breve se presentará con su cesto atiborrado de trozos de pan.

Yo me alegro. En una noche templada como ésta prefiero dormir bajo las estrellas que en una sala apestada por el olor que se desprende de un montón de cuerpos sucios y sudorosos.

Nos sentamos en el suelo. Pronto Jacques se incorpora y comienza a dar vueltas entre los peregrinos. Algunos se horrorizan de su aspecto, otros, los menos, dan muestras de compasión; pero la mayoría rompe en risas y hace escarnio de su presencia.

Como si nada de aquello fuera con él, nuestro pobre Jacques sigue deambulando de un lado a otro hasta llegar frente al pórtico de la iglesia. Puedo ver cómo se arrodilla y se santigua torpemente. Después se levanta, y tras permanecer unos instantes contemplando el pórtico con la mayor atención, vuelve hacia nosotros.

–Está muy triste –dice al llegar.

–¿Quién está triste? –pregunta Luis.

–Ella, la señora. Está muy triste. Ven.

Comienza a caminar hacia la iglesia. Nosotros le seguimos. Al llegar al pórtico se detiene y señalando la imagen de Nuestra Señora que corona el tímpano, dice:

–¿No veis? Está muy triste. Quiero que ría.

–Tú eres tonto –replica Luis–. ¿No ves que es una imagen de piedra? Las imágenes ni están tristes ni alegres. Son como son.

Miro detenidamente la estatua. La Virgen está de pie y sostiene al niño en sus brazos. Lleva razón Luis. No está triste ni alegre, porque no tiene expresión. Sus rasgos son rígidos, sin vida. Una mujer viva puede llorar o reír; pero una imagen es eso: una imagen, una estatua de piedra.

–Está muy triste –repite Jacques con esa tonta obstinación de los niños pequeños– y yo quiero que esté alegre, que ría. Voy a bailar para hacerla reír.

–Baila, tonto, baila –dice Luis–. Si ése es tu gusto, baila hasta que te canses.

Jacques comienza a bailar. Aunque no sé si lo que hace puede considerarse baile. Salta frenéticamente, gira y gira sobre un solo pie, se arroja de pronto al suelo donde se retuerce como el rabo cortado de una lagartija hasta que se incorpora de un salto y comienza a dar volteretas. Y mientras hace todo esto, canturrea algo ininteligible y su boca torcida y deforme se abre aún más como si acentuara esa mueca que le hace reír perpetuamente con una risa grotesca, y sus ojos se extravían en un atroz bizquear que acentúa aún más la fealdad de aquel pobre rostro medio comido por las ratas.

Los peregrinos, formando círculo alrededor de él, animan su danza con palmoteos, gritos y cantos soeces, a la vez que ríen con estruendosas carcajadas. Yo no sé cómo pueden reír y disfrutar con tan penoso espectáculo; no sé cómo el hombre puede encontrar regocijo en la desgracia de un semejante. A mí,, por el contrario, al verle y pensar en todo lo que ha sido su vida, se me encoge el corazón.

Mas él continúa con su baile, ignorando a todos quienes le rodean, ajeno a todo lo que no sea su loca obsesión. A veces se detiene para encaminarse al pórtico. Allí, durante unos instantes, contempla fijamente a la Virgen. Entonces exclama con una voz llena de desilusión y tristeza: «Está muy triste.» Y tras ello, reanuda de nuevo su frenética danza.

La aparición del limosnero ha roto el ruidoso círculo que se ha formado en torno a Jacques. La muchedumbre cesa en su bulla y en sus risas y se dispone a recibir la pitanza. Sólo nuestro juglar continúa entregado al baile, sin atender el reclamo de la comida. El limosnero le mira con enojo y exclama:

–¿Qué haces tú, loco? Deja de saltar y vuelve aquí. No estamos en la plaza pública, sino ante la casa de Dios.

Pero Jacques sigue saltando y contorsionándose, como si aquellas palabras no fuesen con él.

–Es inútil que le grite, hermano –dice uno de los presentes mientras tiende su mano en busca del trozo de pan moreno–. El muy loco no le hará caso. Se ha empeñado –añade rompiendo en una sonora carcajada– en divertir a nuestra Señora.

–Ahora –responde el hermano malhumorado– daré cuenta de ello a quien va a terminar con esta diversión.

Tras repartir el pan a los peregrinos el limosnero, se va. Vuelve acompañado de dos monjes. Uno de ellos, un monje grueso y rechoncho, con rosadas mejillas y ojuelos pequeños y chispeantes, exclama:

–¿Qué pasa aquí? Éste es lugar de oración, no de volatines y jolgorio. Vamos, tú, deja ya de danzar, si es que a eso se le puede llamar danza.

Jacques prosigue con sus giros, saltos y cabriolas, como si no le oyera. El monje se dirige hacia él, airado. Intentando calmar su enojo, Luis intercede.

–Deje, padre, yo lo arreglaré. Es un inocente y no sabe lo que se hace.

–Un inocente, un inocente... Más valdría que se entregara a la oración, en lugar de a esa danza que aquí es como una blasfemia.

Al escuchar la palabra blasfemia, se santiguan algunos peregrinos. Entonces Gilberto, levantándose del suelo donde estaba sentado, dice con voz suave:

–¿Por qué va a ser una blasfemia? ¿Por qué no puede ser esa danza la manera que tiene este pobre hermano nuestro de orar, de ofrecer su corazón a nuestro Señor y a su Santa Madre?

–¿Quién eres tú –dice el monje– para discutir conmigo sobre lo que es blasfemia u oración? ¿Qué sabes tú de estas cosas?

–Sí sabe –digo en un súbito arranque–. Él peleó en Tierra Santa y derramó su sangre por la conquista del reino de Dios, y oró ante el Sepulcro de nuestro Señor Jesucristo en Jerusalén.

Con sorpresa no exenta de duda, el monje contempla a Gilberto. Ciertamente, sus humildes vestidos no pueden testificar mis palabras. Pero hay algo en él, en su gigantesca estatura, en el señorío de su expresión, que hace vacilar al fraile. Entonces su acompañante, un monje alto y demacrado, de mirada profunda, autoritaria y tierna, interviene:

–Tan sólo Dios ve el fondo de las almas. Razón tiene este peregrino. Ni su paternidad, ni yo, ni nadie, podemos decir si esa danza es una blasfemia o una oración. Dejemos que sea nuestro Señor y su Santísima Madre quienes decidan.

Mucha debe de ser la autoridad de este monje, pues aunque su compañero no parece muy convencido por sus palabras, las acata en silencio. Ambos frailes se alejan dejando que nuestro pobre Jacques continúe con su loca danza.

Cae la noche y los peregrinos, cansados ya del espectáculo, se han echado en el suelo para dormir. También Luis, desistiendo de convencer a su compañero, tras comerse el trozo de pan se entrega al sueño. Yo permanezco sentado junto al caballero, mirando a Jacques con profundo pesar, y observando sus saltos, sus muecas y cabriolas. De vez en cuando se detiene. para encaminarse hacia la imagen de piedra y, tras mirarla durante unos momentos y comprobar cómo –según dice él, pobre loco– continúa muy triste, reemprende su danza. Y no sé por qué, el observar todo esto llena de amargura mi corazón.

Me incorporo sobresaltado. Jacques, que llevaba un buen rato girando vertiginosamente sobre las puntas de sus pies, ha caído a tierra como fulminado por un rayo. Su cabeza, al chocar con el suelo, ha resonado con un ruido sordo. Me dirijo corriendo hacia él, seguido por Luis y Gilberto.

Jacques permanece completamente inmóvil, boca arriba, con los ojos muy abiertos clavados en el cielo. Gilberto, inclinado sobre él, toma su muñeca izquierda y. coloca su mano sobre el corazón. Tras unos instantes se incorpora y dice:

–El pobre ya no bailará más. Está muerto.

–¡Está muerto! –grita Luis en un sollozo–. Nuestro desgraciado Jacques está muerto.

Se arrodilla junto al caído, y tomándole la mano como para infundirle su calor llora con desconsuelo.

–¡Es un castigo de Dios! –grita junto a nosotros una mujer–. Dios le ha castigado por blasfemo.

Y haciéndose eco de la mujer, la muchedumbre de peregrinos que de nuevo ha vuelto a arremolinarse junto a Jacques comienza a gritar:

–¡Castigo de Dios! ¡Blasfemo, blasfemo!

Un hombre de rostro deformado por las bubas y enrojecida nariz de beodo se inclina para coger el cadáver mientras grita:

–Saquémoslo de este lugar sagrado y arrojémoslo a los perros.

Pero antes de que su mano se pose sobre el cuerpo del pobre Jacques se cierra la de Gilberto en torno a su pescuezo y, levantándole más de dos varas, le arroja a larga distancia contra el suelo como si fuese un pelele. Después, haciendo voltear sobre su cabeza su cayado, se encara con la muchedumbre que se revuelve alrededor de nosotros, y con voz serena pero firme dice:

—A quien se acerque, le abro la cabeza. Juro por Dios y santa María y yo nunca juré en vano, que a quien lo toque, lo mato.

Luis se ha colocado junto al caballero, empuñando su puñal también dispuesto a enfrentarse a la multitud. Pero Gilberto no precisa ayuda. Hay algo en él, en su gigantesca estatura, en la tremenda fuerza de la que ha dado buena muestra arrojando a un hombre tan lejos como otro cualquiera podría arrojar un gato y, sobre todo, en esa impresión de valor sereno que se desprende de toda su persona, capaz de infundir pavor al más osado. Aunque refunfuñando, la gente se aparta poco a poco de nosotros. Cuando los ve más calmados, Gilberto dice:

—Ahora permanecerá aquí. Cuando amanezca, los monjes dispondrán dónde se le da sepultura. Ellos son los únicos que deben decidir.

Gilberto se inclina sobre el cadáver y, apoyando sus dedos sobre los párpados, le cierra los ojos. Tras cubrir el cuerpo con su capa, me dice:

—Vamos, Moisés. Tiéndete aquí conmigo. Te hará bien dormir.

—¿Tú crees que, como dice esa gente, ha sido un castigo de Dios?

—¿Por qué iba a castigarle? Él no estaba haciendo ningún mal. No, Moisés, no es un castigo de Dios. Es que su pobre corazón no ha podido resistir el esfuerzo de su vertiginosa danza. Puede que sea lo mejor que le podía ocurrir.

Gilberto cierra los ojos. Yo permanezco a su lado, pero no puedo dormir. Miro el cadáver del pobre juglar a quien Luis, de rodillas junto a él, vela en silencio. Elevo mis ojos al cielo. ¡Qué hermosa noche! Brillan innumerables estrellas y cual un reguero de leche se destaca ese camino que Dios trazó en el firmamento para indicar a los peregrinos la ruta del sepulcro del Apóstol, ese sepulcro que nosotros no hemos podido visitar. «¿Por qué Dios, creador de tanta hermosura, permitió la existencia de una criatura tan triste y desgraciada como el pobre Jacques?» Pero cuando me hago esta pregunta, recuerdo las palabras del hermano Martín: «Nunca, hijo, juzgues los designios de Dios.» No, no debo juzgarlos. Sé que es un gran pecado pensar como acabo de hacerlo. Empiezo a rezar para que me perdone, y el Señor debe acoger bien mi oración, pues enseguida me concede la paz y el olvido de un profundo sueño.

Me despierto de súbito, y no es la luz del día que ya besa mis mejillas, ni el trino de los pájaros que pueblan los árboles del huerto lo que me ha despertado. Es otro ruido, el ruido de cien bocas que gritan y rezan. Incorporándome al tiempo que Gilberto, ambos nos dirigimos hacia el cadáver del juglar a quien otra vez ha rodeado la multitud. Pero no se trata como antes de una muchedumbre amenazante. Ahora todos permanecen de rodillas junto al pobre muerto. La mujer que antes gritaba blasfemo, ahora clama: «Es un santo, es un santo». Muchos gritan: «¡Milagro, milagro!», mientras otros se limitan a rezar o cantar himnos al Señor.

Miro el cadáver y no veo nada de particular en él. Está como lo dejamos, blanco, los ojos cerrados, su rostro desfigurado por las horribles huellas que le causaron la voracidad de las ratas. Sólo esa cicatriz de la boca que semeja una perpetua sonrisa grotesca parece dulcificada, prestándole a su cara muerta una expresión serena que nunca tuvo en vida.

Arrodillados ante la puerta del templo está una buena parte de los asilados, gritando milagro y elevando sus rezos y cantos al Señor. Me aproximo para ver qué ocurre, y cuando llego al pórtico todo mi cuerpo se estremece en un intenso escalofrío, un escalofrío que me conmueve como nada hasta entonces me había conmovido, ni nada jamás me volverá a conmover así. Llorando de emoción, yo también caigo de rodillas y grito milagro, y comienzo a rezar y a cantar himnos al Señor.

La imagen de Nuestra Señora, aquella imagen de piedra que el pobre juglar consideraba tan triste, tiene ahora su rostro iluminado por una alegre, tierna y celestial sonrisa. Tal como Jacques, nuestro buen Jacques, pretendía con su danza, la Virgen, al fin, se estaba riendo...



Al final el lector encontrará información  
sobre:  
las fábulas,  
el román de Renart y  
el juglar de Nuestra Señora.

## La ermita en el bosque

Abandonamos el monasterio hace ya días. Allí quedó el buen Jacques. Aquel cuyo cadáver decían habría de arrojarse a los perros reposa ahora en la iglesia de la abadía en el sitio de honor, junto a las tumbas de los abades, como muestra del favor que Dios y su Santa Madre concedieron al más humilde y desdichado de sus hijos y perpetuo ejemplo de la misericordia del Señor para todos los desgraciados de este mundo.

También nos separamos de Pedro y Luis, sus joviales camaradas. La verdad, echo en falta su compañía. Y más ahora que caminamos Gilberto y yo por este bosque sombrío y solitario.

Ya estoy en lo que, según el caballero, constituyen mis dominios. La tierra que piso desde hace dos días, incluyendo este enorme bosque, es de mi propiedad. Qué extraño me suena esto a mí, que crecí en la estrechez de un monasterio en ruinas, sin más bien que las cuatro verduras que cultivaba el hermano Martín; que hace tan sólo unos meses sobreviví malamente a los rigores del invierno gracias a los grajos que cazaba con la liga que Martín y yo habíamos sacado de las bayas del muérdago. Sí, qué extraño e increíble resulta escuchar que yo, pobre de mí, soy el señor de todas estas tierras que vamos pisando.

Aunque si todas son como este bosque por el que ahora marchamos poca ilusión me hace, la verdad. Nunca vi nada más triste y sombrío. Los robles centenarios levantan sus copas sobre nuestras cabezas formando con sus ramas una bóveda que apenas deja entrever la celeste. El musgo que cubre sus rugosos troncos tiene un color blancuzco que recuerda el de la carne muerta. De vez en vez surge algún ruido de la espesura que me sobresalta de temor, y aunque me digo que seguramente es sólo un venado o un jabalí que se abren paso a través de las matas, no por ello acabo de tranquilizarme. Sólo pensar que la noche nos pueda sorprender sin abrigo en lugar tan lúgubre me encoge el corazón.

—Qué lugar más tétrico —no puedo por menos de exclamar.

—¿Te asusta este bosque? —dice el caballero.

—Sí —respondo—. Parece un bosque encantado. El bosque de Oberón.

—Oberón... —y el caballero sonrío dulcemente al repetir este nombre—. ¿Qué sabes tú del viejo Oberón?

—Poco. Lo que me contó el hermano Martín. Que los campesinos temen adentrarse en los bosques por temor a encontrarse en ellos a Oberón, el rey de las hadas.

—¿Sabes? Cuando yo era muy niño, mi vieja nodriza me asustaba con Oberón. Si eres malo —decía— y te alejas de casa para buscar nidos, te encontrarás cualquier día con el señor del bosque. Y me hablaba de Oberón, me hablaba como si más de una vez se lo hubiera encontrado. Me hablaba tanto y tanto, que yo soñaba con él. De ahí que cuando lo has nombrado me haya visto de nuevo siendo niño, acostado junto a mi nodriza y fantaseando con el maravilloso señor del bosque.

—¿Pero existe Oberón?

—Sí, existe. Existe al menos en la imaginación de nuestros campesinos. Y sin duda, existía para mí. Yo podía verlo de noche cuando cerraba los ojos. Podía verlo tal como me lo describía mi ama: un enanito bello como el sol, pues un hada que no había sido invitada a las fiestas de su nacimiento le condenó a no crecer; mas luego, arrepentida, le otorgó el don de ser el hombre más bello de la tierra.

—¿Pero él no es un hombre?

—No, no es un hombre. Su madre era el hada Morgana y su padre un mortal, un gran emperador. Y las hadas, al nacer, le concedieron sus dones. Ya te he dicho que la primera, tras condenarle a no crecer, le dio la hermosura; una segunda le otorgó el don de adivinar todos los pensamientos y sentimientos de los hombres; la tercera el de desplazarse a cualquier lugar con la rapidez del pensamiento; la cuarta que cualquier ave o bestia salvaje acudiría mansamente a su mano cuando él lo deseara; y, finalmente, una quinta le agració con el más envidiable de todos los dones: conocer los secretos del paraíso y escuchar y entender los cánticos de los ángeles de Dios.

—Entonces, si él mismo es como un ángel, ¿por qué infunde temor?

—Infunde temor porque, como los ángeles, puede premiar pero también puede castigar. Si eres bueno —decía mi ama— acaso un día en que te halles perdido en lo más profundo de un bosque veas aparecer a un hombrecillo bello como el sol, que viste un gran manto de seda bordado en oro y lleva colgado al cuello un cuerno de oro y marfil. Entonces no temas, sino regocíjate porque es Oberón. Él, continuaba mi doncella, podrá librarte de cualquier peligro. Con el son de su cuerno mágico hará brotar una fuente de aguas fresquísima que aliviará tu sed: también el son de su cuerno te trasladará desde donde te encuentres a su ciudad, Mommur, capital del reino de las hadas. Pero si fueses malo ese cuerno que puede levantar las más terribles tormentas te hará cantar y danzar sin que puedas dejar de hacerlo hasta que caigas muerto. Esas son las cosas —concluyó Gilberto— que me contaba mi nodriza del pequeño Oberón. Pero como nosotros no somos malos —añadió sonriendo— no debemos temerle. No es el del rey de las hadas el encuentro que debe atemorizarte en este bosque.

Tiene razón Gilberto. Son otros los peligros reales que acechan en los bosques. Mas, sin embargo, mientras camino a su lado, no me asalta el temor de los hombres o las fieras. Son esos otros seres misteriosos que surgen en mi fantasía conforme, al declinar el sol, aumenta la lobreguez de este lugar los que alimentan mi miedo.

Afortunadamente hemos ido descendiendo lentamente hasta una vaguada menos temerosa y más risueña que esa espesura de arbustos y robles centenarios. Corre un riachuelo por ella, flanqueado por fresnos, chopos y alisos. Alegra nuestros oídos el trinar de los mirlos ocultos en su enramada, y nuestra vista los vivos colores de un martín-pescador que zigzaguea a ras de agua en busca de una presa. Y aunque una línea carmesí nos anuncia la próxima entrada de la noche, pienso que ésta será más llevadera en tan ameno lugar.

Pero no vamos a tener que pasar la noche bajo las estrellas. A la vuelta de un recodo del río, nos topamos con una pequeña ermita.

El ermitaño, que está cavando su pequeño huerto, deja su trabajo para observarnos con desconfianza. Gilberto procura tranquilizarlo saludándole mientras sonríe amablemente.

—A la paz de Dios, hermano. ¿Podría acogernos esta noche bajo su techo?

El ermitaño tarda algo en contestar. Al fin se decide.

—Poco amparo os puedo ofrecer, pues la pobreza es la señora de este lugar.

—Con poco nos conformamos —le interrumpe Gilberto—. Por muy humilde que sea su abrigo, siempre será mejor que pasar la noche en el bosque.

—Tenéis razón. Un techo y unos nabos cocidos sí os puedo ofrecer. Es lo único que tengo, ya os dije que soy muy pobre.

—Nosotros también lo somos, pero un trozo de pan y algo de queso podemos añadir a su cena. Dios le pague su caridad.

El ermitaño parece más tranquilo. Sin duda la imponente presencia de Gilberto le infundió cierto temor, aunque él tampoco semeje hombre que se deje avasallar por cualquiera. Los años que cargan sus espaldas no parecen haber mermado su natural robusto. Aunque no tanto como Gilberto es un hombre alto, y la amplitud de su torso y el grosor de

sus muñecas son claras señas de fortaleza, y su nariz de águila y el brillo metálico de sus ojos denotan una ferocidad más propia de guerrero que de hombre de Dios.

Ha entrado la noche y nos hallamos sentados en el interior del albergue del ermitaño terminando nuestra humilde cena. Tenía razón en ponderar su pobreza, aunque lo hiciera motivado por el temor. Miro chisporrotear un tronco en el hogar y recuerdo a ese otro querido ermitaño, el hermano Martín. ¿Qué será de él? Ojalá Nuestro Señor Jesucristo le haya librado de todo mal. Más de una vez he sentido el deseo de volver con él, olvidando esta loca aventura en que me ha metido Gilberto. Sin embargo, hay algo en mí que me incita a confiar en el caballero y seguirle hasta el final de nuestra empresa.

El reflejo de las llamas acentúa aún más el aspecto feroz del rostro del ermitaño. Una vez más atrae mi atención su perfil de ave de rapiña y sus ojos fieros y brillantes. Aprovechando que se aleja unos pasos para tomar unas ramas con que avivar el fuego, le digo en un susurro a Gilberto:

—¿Habéis notado que el ermitaño parece un halcón?

Gilberto, que durante mucho tiempo ha estado también mirando disimuladamente pero con insistencia al ermitaño, se limita a sonreír. Pero cuando el hombre vuelve a ocupar su asiento, dice en voz alta.

—Mi joven compañero ha observado que parecéis un halcón. Es curioso como hay gente que, a fuerza de convivir con algunos animales, acaba semejándose a ellos. De ahí que a mí no me extrañe, como extraña a mi acompañante, que un montero tenga parecido con un halcón.

Al oír estas palabras los ojos del ermitaño se encienden con una mirada de fuego. Después se levanta de un salto empuñando un cuchillo de monte, dispuesto a lanzarse sobre Gilberto. Pero éste, que se ha incorporado también, le detiene extendiendo su brazo con un gesto imperioso al tiempo que exclama:

—¿Desde cuándo Bruno, el montero de los condes de Forner, desenvaina su acero contra su antiguo amigo, Gilberto de Montsalve?

Al escuchar estas palabras el ermitaño se ha detenido como petrificado. Después observa a Gilberto atentamente, cual si quisiera grabar en su mente cada uno de los rasgos de su cara. Al fin se arrodilla de pronto ante Gilberto y tras besarle la mano, que ha tomado entre las suyas, exclama:

—¡Gilberto de Montsalve! Todos decían que había muerto en Tierra Santa y el Señor nos lo devuelve en un milagro. ¡Bendito sea su Nombre!

Gilberto le ha ayudado a incorporarse, y mientras mantiene la mano cariñosamente apoyada en su hombro dice:

—Mi buen amigo, hablando de milagros, también lo parece encontrar en estas soledades a un valiente cazador y soldado convertido en un piadoso y humilde ermitaño. ¿A qué se debe esta transformación?

El ermitaño, tras mantenerse unos instantes en silencio con la cabeza baja, dice al fin:

—Abandoné el mundo para expiar un pecado.

—¿Qué pecado?

—Ese es mi secreto.

Tras permanecer un momento observándole en silencio, Gilberto dice:

—Ésta es una noche de milagros y secretos. Voy a confiarte yo el mío. Moisés, ven aquí.

Cuando llego a su lado, en un rápido movimiento, Gilberto me quita el jubón y, alzándome el brazo, le muestra al ermitaño la marca que tengo bajo la axila.

—¿Conoces esta marca, verdad? Es una señal de nacimiento. Una señal que ya tenía este niño cuando, hace once años, otro ermitaño lo sacó del río donde flotaba amarrado sobre un escudo y rodeado de cadáveres.

El ermitaño se ha quedado blanco como la nieve. De pronto se vuelve y postrándose ante un Cristo que cuelga en la pared, exclama:

–Gracias, Señor. Tuviste misericordia de mí y perdonaste mi pecado. ¡Bendito seas!

Nos hallamos de nuevo los tres sentados junto al hogar. El ermitaño permanece contemplando el resplandor de las llamas, en un silencio que ni Gilberto ni yo queremos interrumpir. Sin duda sus pensamientos están muy lejos de este tiempo y este lugar. Por fin lanza un profundo suspiro y, volviéndose hacia Gilberto, dice:

–Hace poco me preguntasteis cuál fue mi pecado. Creo que ya os lo puedo confesar, pues acabo de comprobar que si bien pequé, mi pecado no fue el crimen horrible que durante todos estos años atormentó mi conciencia. Cuando escuchéis lo que os voy a contar, comprenderéis que no fui yo el principal culpable y que incluso serví de instrumento al Señor para desbaratar el designio del malvado y salvar al inocente.

»Poco después de recibir la noticia de que el señor Robert de Forner había muerto víctima de la peste en Antioquía, su hermano Yvain comenzó a dar muestras de una ambición que durante la vida del primogénito no había osado manifestar. Sin duda Yvain temía más a aquel Robert, aun estando lejos en Tierra Santa, que a este otro Robert, su joven sobrino, aquí en su feudo. De ahí que cuando un año después de la muerte del antiguo señor de Forner, su heredero pereciera víctima de un extraño accidente durante una cacería, fueran muchos los que vieron en aquel accidente la mano de Yvain de Forner.

»Ahora el título correspondía al pequeño Robert, de apenas tres años. Menguado obstáculo para los designios de Yvain. Su madre, la joven viuda, señora de Montagut, debió así comprenderlo ya que decidió poner a salvo a su hijo de la ambición criminal de Yvain.

»Cierta día, el pequeño Robert desapareció misteriosamente. Se dijo que el culpable había sido su tío abuelo Yvain, y el señor de Laurogois y Gilles de Lambez se alzaron en armas en contra de él. Sin embargo, otros muchos pensaban que Yvain era ajeno a esa desaparición, e incluso que ésta se había realizado para burlar sus designios. El hecho es que ofreció una bolsa de monedas de oro a quien pudiera dar noticias del niño, y redobló la vigilancia en todos los caminos para evitar que nadie sin su consentimiento pudiera salir de los dominios de Forner.

»Una mañana en que yo andaba adiestrando a un rebelde azor en el soto que se extiende al pie del teso sobre el que se alza el castillo, la joven viuda de Robert de Forner, que cabalgaba acompañada de una azafata y un escudero, se acercó a mí y se puso a observar mi trabajo con el azor. Tras hacerme algunas preguntas sobre el arte de la cetrería, bajó la voz para que no pudieran oírla sus acompañantes que estaban a unos pasos de distancia, y me dijo:

»–Siempre fuiste fiel a los señores de Forner y sé el afecto que sentías por el padre de mi difunto esposo. ¿Puedo confiar en ti?

»–Pedidme lo que queráis, señora –le respondí bajando también la voz.

»–Nadie como tú conoce estos bosques. Mi deseo es que a través de ellos, y con el mayor secreto, lleves algo que me es muy preciado al castillo de mi padre, el señor de Montagut. Toma este anillo –añadió pasándome una sortija con disimulo tras darle yo mi respuesta afirmativa– y muéstralo al rabadán que tiene su majada al pie de la Peña Negra. Él te dará lo que tienes que llevar a Montagut.

»Al día siguiente me dirigí a la Peña Negra y presenté al rabadán el anillo de la señora. Éste, tras examinarlo, entró en su choza y salió llevando de la mano un niño de unos tres años. Le reconocí a pesar de su aspecto, bien distinto al que tenía en el castillo. Era el pequeño Robert de Forner.

»Fue entonces, cuando el Enemigo se apoderó de mí. A pesar de los muchos años transcurridos, todavía no puedo explicarme cómo pude cometer tal felonía. ¿Fue el brillo de oro que prometía Yvain lo que me deslumbró, o fue acaso la ambición, pues también pensé

que aquella acción me atraería los favores de quien de hecho gobernaba ya el señorío de Forner? No lo sé. El caso es que tras decir al rabadán que volvería al día siguiente pues debía hacer algunos preparativos para desempeñar con más seguridad mi misión, salí al paso de Yvain de Forner que se dirigía con sus mesnadas a enfrentarse con el señor de Laurogois y Gilles de Lambez, y le revelé lo que jamás debí revelar.

»—¡La joven baronesa...! —exclamó Yvain con ironía—. Bien, cumpliremos su encargo. Vuelve a por el niño y condúcelo a Montagut, tal como desea su madre. La única diferencia es que no llegará allí. Mátalo y entiérralo en el bosque. Si obras conforme a mis deseos, yo sabré recompensarte; pero si me engañas, te arrepentirás de haber nacido.

»Quedé como si hubiera caído un rayo a mis pies. Aunque debía de haberlo previsto, nunca pensé que aquel monstruo fuera a matar al niño y menos que tuviera que hacerlo yo con mis propias manos. Pero ahora ya no era la ambición ni la codicia lo que me dominaba, sino el miedo. Y era el miedo lo que me movió a ejecutar aquel criminal encargo.

»Al día siguiente cabalgaba por el bosque con el niño. Muchas veces mi mano se había cerrado sobre la empuñadura de mi puñal y otras tantas había vuelto a abrirse incapaz de realizar el sangriento encargo. Pero tenía que decidirme de una vez. El río cerraba mi paso marcando el límite de las tierras de Forner. Tenía que hacerlo ahora. No podía pasar de allí.

»Descabalgué y llevando al niño de la mano me dirigí, dispuesto a degollarlo, a la orilla del río. Entonces vi que el agua arrastraba numerosos cadáveres de hombres armados. Sin duda, Yvain había dado la batalla a sus enemigos junto al río, y aquellos eran los despojos de la misma.

»Un guerrero medio sumergido bajaba hacia mí con un gran escudo sujeto a su mano por una correa. Entonces tuve una iluminación. No me mancharía con la sangre de aquel inocente, sino que confiaría su vida a la misericordia de Dios.

»Entré en el río y tras despojar al cadáver de su escudo, le dejé seguir aguas abajo. Después, tras desnudarle de su jubón, até a pesar de su llanto al pequeño sobre el escudo y lo confié a la corriente. Vi cómo se alejaba tan seguro como si fuera en una barca. Entonces monté en mi caballo y me dirigí al castillo.

»Yvain había vencido en la batalla. Cuando me recibió su rostro aún reflejaba el esfuerzo de la lucha y la alegría del triunfo.

»—¿Cumpliste mi encargo?

»Mi respuesta fue entregarle el rasgado jubón, manchado con la sangre de un cervatillo que había matado en el bosque.

»—¿Juras, pues, que el niño está muerto?

»—Juro por la salvación de mi alma —respondí— que dejé al niño entre los muertos.

»—Bien —dijo con una sonrisa feliz— y yo juro que el señor de Forner te sabrá recompensar.

»Y así fue. Vencidos sus enemigos, desaparecido el heredero a quien pronto se declaró muerto, Yvain pasó a ser el señor de Forner. La joven viuda volvió pronto con su padre al castillo de Montagut, librándome así de una presencia que me recordaba mi felonía. Mas a pesar de que Yvain cumplió sus promesas y me colmó de oro y honores, la conciencia me atormentaba sin cesar. Un día abandoné todo y me retiré a esta ermita donde me habéis encontrado. Y ésta es la historia de mi horrible pecado. Mas la presencia de este niño me indica que Dios en su misericordia tuvo a bien concederme su perdón.



Al final el lector encontrará información sobre:  
Oberón, rey de las hadas.

## El juicio de Dios

Cuando veo la horca alzada para mí, no puedo dejar de recordar aquel sueño repetido durante los días en que yacía víctima de la enfermedad que me asaltó en vísperas de nuestra partida a Compostela.

Resulta curioso cómo algunos sueños o ensoñaciones que he tenido se están tornando realidad. Cuando Gilberto me contó la historia del Caballero del Cisne tal como la escuchó a un juglar que volvía de visitar el sepulcro de Santiago, yo me decía durante las noches, antes de conciliar el sueño, si mi historia no sería similar a aquella historia. Y lo que semejaba locura ha resultado, según la narración de Bruno el halconero, verdad. Pues yo también, como los siete infantes del relato, soy hijo de un gran señor; y también a mí, como a aquellos niños su malvada abuela, un tío abuelo malvado ordenó darme muerte; y, lo mismo que con ellos, el hombre que debía acabar con mi vida tuvo compasión de mí y me abandonó, si no en lo profundo del bosque, a la corriente del río; e igual que a ellos me recogió y crió un santo ermitaño; y ahora un caballero que vino como caído del cielo va a luchar para que yo alcance la nobleza o la muerte. .

Miro otra vez la horca que se alza tras los límites del palenque y me estremezco de terror. Dentro de muy poco, mi pobre cuerpo puede estar colgado de ella, ofrecido como pasto a los cuervos. Y una vez más recuerdo aquel sueño que tuve donde aparecía un hombre a quien iban a colgar de una horca, y cómo aterrorizado comprobaba que el hombre a quien iban a ahorcar era yo mismo, y cómo caía a un pozo profundo y me recogía un hombre dulcemente en sus brazos, y cómo me llevaba a un estrado lleno de damas y caballeros, y un caballero vestido regiamente me colocaba una diadema. Y ahora el sueño se ha hecho realidad, porque la horca está allí, y puede que dentro de poco yo esté pendiendo de ella; pero también puede que me amparen los brazos salvadores de Gilberto y me conduzcan hasta ese resplandeciente estrado donde se encuentran las más nobles damas y caballeros, y el más alto de ellos, el propio conde de Tolosa, me otorgue el título de barón.

Mentiría si negara que tengo miedo como también debe tenerlo Bruno, pues su destino puede ser aún peor que el mío, ya que si la suerte nos es adversa será despedazado por falso testimonio contra su señor natural. Sin embargo, a pesar de mi miedo, en lo más profundo de mí late la esperanza. Tengo fe en Gilberto. Él me ha llevado a esta aventura y algo me dice que no me puede fallar.

Gilberto se ha presentado con su verdadero nombre, porque ya el conocimiento de que está vivo a nadie perjudica. Su esposa ha muerto. Recuerdo su contenido dolor cuando Bruno le comunicó la noticia de la muerte reciente de la dama, él que tan noblemente había renunciado a ella por no perjudicarla. Recuerdo cómo se le llenaron los ojos de lágrimas y cómo, al cabo de un buen espacio de tiempo, volviéndose hacia mí dijo que ya no necesitaba ocultar su nombre, por lo que mi defensa no la asumiría un caballero que ocultase sus armas y su rostro, al amparo de sus propias armas, sino el caballero Gilberto de Montsalve.

Y así ha ocurrido. Pasan ante mis ojos como en un sueño todos los acontecimientos de estos últimos días. Puedo ver, tal si estuviera ocurriendo en este preciso momento, cómo Gilberto con una bolsa llena de basantes de oro que tenía oculta bajo sus pobres hábitos – oro, que, según me dijo, aún le restaba del que le dio el judío del El Cairo por el fabuloso

carbunco, único recuerdo de la misteriosa Uma— adquiere, caballo y armas para transformarse en caballero. Puedo ver cómo vestido con sus armas se presenta en la corte de Tolosa, entonces de fiestas, y en la que se hallaba Yvain de Forner, y cómo delante del propio conde de Tolosa le acusa de felón y traidor. Y el asombro del conde, primero al ver ante él, vivo, al compañero de su padre Raimundo de Tolosa en Tierra Santa, a ese señor de Montsalve a quien todos daban por muerto; después al escuchar las acusaciones que lanzaba contra Yvain de Forner. Y la ira del barón ante las palabras de Gilberto, y su mentís al que responde el caballero arrojándole su guante para tras ello presentarme a mí, que temblaba de miedo, al conde de Tolosa como el auténtico y legítimo heredero de la baronía de Forner, aduciendo como prueba de mi derecho mi marca de nacimiento y el testimonio del montero Bruno. Sí, ahora, en estos momentos angustiosos en que la historia llega a su fin, puedo ver todas estas escenas como si en lugar de recordarlas, estuvieran desarrollándose ante mis propios ojos:

Eran días de fiesta en la corte de Tolosa, y el gran salón del castillo de los condes lucía con las pompas de sus mejores galas. Yo estaba deslumbrado ante tal esplendor. Aquel salón de techo abovedado tan alto como el de una iglesia, con paredes cubiertas con tapices, alumbrado por mil antorchas que tornaban la noche en día; aquella multitud de damas y caballeros vestidos con las más lujosas sedas y brocados; aquellas largas mesas de roble cubiertas de blancos manteles entre las que iba y venía una multitud de criados portando grandes fuentes de carne, de caza, de pescado, de frutas, así como enormes jarros repletos de vino rojo con el que continuamente llenaban las copas de plata de los comensales, todo ello causaba en mí, criado en la estrechez y la pobreza, tal impresión que no sabía si era real o lo estaba soñando.

Pero era real. Yo seguía a Gilberto, que ya no era el pobre peregrino enfermo y medio ciego que una noche de nieve y ventisca llegó perdido a nuestro monasterio abandonado, sino un soberbio caballero que, vistiendo sus propias armas, marchaba precedido por un heraldo hacia la mesa principal presidida, imponente en su pompa y majestad, por el conde de Tolosa. Y cuando el heraldo pronunció su nombre todas las damas y caballeros se alzaron de sus asientos para mirarnos asombrados. Y yo, viéndome el centro de tantas miradas, hubiera querido en ese instante que el suelo se abriese bajo mis pies y hundirme hasta lo más profundo de la tierra. Pero no, continuaba allí detrás de Gilberto que había llegado hasta el estrado donde se sentaba el conde y, tras doblar la rodilla y besarle la mano en señal de sumisión y vasallaje, se alzaba de nuevo para con voz firme decir:

—Mi noble señor. Ante vos se presenta Gilberto de Montsalve, que sirvió con vuestro padre, mi amado señor el conde de San Gil, en Tierra Santa y a quien Dios preservó la vida para que ante vos pueda demandar justicia. Yo acuso de traición y felonía a Yvain de Forner, que se hace llamar falsamente barón de Forner, usurpando así el título que tan sólo corresponde al legítimo heredero de Robert de Forner, mi señor natural, que encontró la muerte en Antioquía, en cuyos muros bravamente batalló por la conquista de los Santos Lugares.

Una confusión de voces interrumpe el discurso de Gilberto. Yvain de Forner, que se encuentra sentado junto al conde, se ha erguido airado echando mano a su espada. Pero el conde, con un ademán autoritario, le obliga a sentarse y luego, tras imponer silencio a los asistentes, dice:

—Muy graves son vuestras acusaciones, y más cuando el acusado es vuestro señor el barón de Forner. Pero habéis llegado hasta aquí en demanda de justicia y se os escuchará. Pido silencio mientras el señor de Montsalve diga lo que tiene que decir.

—Gracias, señor —responde Gilberto una vez restablecido el silencio—. Habéis dicho que acuso a mi señor natural, pero no es así. Y no es así porque, contra los propósitos de Yvain

que ordenó asesinar al pequeño Robert de Forner, éste vive por la gracia de Dios y sólo a él corresponde el título de barón de Forner y, por tanto, tan sólo a él debo fidelidad.

Al escuchar esta afirmación de Gilberto la sala se llena otra vez con el murmullo de las voces y exclamaciones, y de nuevo el conde tiene que recurrir a su autoridad para imponer silencio. Cuando éste reina al fin, dice:

–Si como decís, el pequeño Robert de Forner, desaparecido misteriosamente hace más de diez años y a quien se dio por muerto vive, él es el auténtico barón de Forner. Pero, ¿dónde está ese niño y qué pruebas podéis presentar en defensa de vuestras palabras?

–Robert de Forner está aquí, ante vos –dice Gilberto tomándome de la mano y presentándome ante el conde–. Las pruebas, la marca de nacimiento de la espada y la rosa que llevan todos los herederos de la baronía de Forner y que podréis contemplar bajo el brazo de este niño, y la declaración de este hombre, Bruno, montero del barón de Forner a quien Yvain ordenó el asesinato del pequeño y quien, con la ayuda de Dios, le salvó la vida.

Totalmente descompuesto y pálido, con la mirada fulgurante y enloquecida, Yvain de Forner se ha levantado de nuevo, y grita:

–¡Mentís, villano!

–Nadie me arroja un mentís ni me tilda de villano sin que recoja mi guante –dice Gilberto arrojándolo al rostro de Yvain.

–Ni nadie lanza insultos y promueve desafíos en mi presencia sin mi autorización – exclama el conde de Tolosa–. Mantened, pues, el respeto que se me debe. Soy yo quien decidirá lo que ha de hacerse. Examinemos las pruebas.

Y así es como, tembloroso, obedeciendo las órdenes del conde me desprendo de mi jubón y me acerco a él para que examine mi marca. Tras mirarla con atención, el conde ordena hablar al montero. Éste, con voz firme y segura, repite la historia que nos refirió a Gilberto y a mí.

Cuando Bruno termina su narración, surgen de nuevo los murmullos de conversaciones ahogadas en toda la sala. Me doy cuenta de que la historia ha merecido el crédito de una gran parte de los asistentes. Sólo el conde permanece durante largo tiempo en un silencio que me hace temblar.

–Bien –dice al fin–; las pruebas no son desdeñables, pero no pueden sin más ser aceptadas. La marca existe, pero no debemos dar a esa marca el valor de prueba irrefutable. En cuanto al testimonio, tampoco podemos aceptar la palabra de un villano en contra de la de su señor. Me encuentro en tan profundas dudas, que sólo veo una solución: que sea Nuestro Señor el que decida. Someto este caso al Juicio de Dios. ¿Hay algún caballero que se comprometa a mantener el derecho de este muchacho que dice ser Robert de Forner?

–Yo, Gilberto de Montsalve, me comprometo a mantenerlo.

–Y vos, Yvain de Forner, ¿nombráis algún paladín, o preferís defenderos vos mismo de las acusaciones que se os hacen?

–Yo mismo seré mi defensor.

–Pues bien –dice el conde– que Dios decida. El combate será a muerte. Si el acusador de Yvain de Forner resulta vencedor, este niño será reconocido como Robert de Forner con todos sus derechos. Si por el contrario resulta vencido, el niño será ahorcado por falsario y el montero despedazado por calumniar, en su declaración, a su señor. Es todo lo que tengo que decir en este caso.

Era todo lo que tenía que decir. Y ahora va a celebrarse el Juicio de Dios que decretó. Él está ahí, en el lujoso estrado, rodeado de resplandecientes damas, bizarros caballeros y graves y solemnes eclesiásticos. A ambos lados del campo se agolpa el pueblo de Tolosa, ansioso de seguir el desarrollo de la justa. Y aquí, en un extremo, guardados por una escolta armada, Bruno y yo, forzados a seguir pasivamente una lucha de la que depende nuestro destino.

Ya están en el campo los caballeros. En un extremo, a la derecha del estrado donde se halla el conde, Yvain de Forner. Frente a él, en el otro extremo, Gilberto de Montsalve.

Yvain sostiene el yelmo en su mano. Puedo ver su cabellera rojiza, que los años hacen ya blanquear, ondeando al viento. Algo más bajo que Gilberto, su pecho de toro cubierto por la cota de malla y sus brazos, cortos para su estatura y tremendamente gruesos, denotan una fuerza terrible. Yvain es un gran guerrero. Se dice de él que es la mejor lanza del condado de Tolosa y, aunque han transcurrido ya muchos años desde que fue armado caballero, aún está lejos de alcanzar la edad de su retador, por lo que en este combate a muerte casi todos se inclinan por su triunfo.

Miro a Gilberto. Cabalga en un corcel negro con gualdrapas rojas. También negros y rojos son los colores de su escudo tronchado, colores de su casa. Lleva puesto el yelmo, aun cuando mantiene alzada la visera, y al ver cómo hace caminar lentamente a su caballo siento, sin saber bien por qué, renacer mi confianza.

Yvain se ha puesto ya el yelmo coronado por una cimera ornada de plumas rojas. Monta un hermoso caballo blanco enjaezado con gualdrapas también blancas. Asimismo es blanco el fondo de su escudo en cuyo centro se entrecruzan una espada y una rosa púrpuras.

Cuando unos heraldos hacen sonar el clarín, los caballeros se calan las viseras de sus yelmos, enristran las lanzas y sujetan sus escudos sobre el pecho. Un segundo toque anuncia el comienzo de la justa. Ahora sí que mi vida depende únicamente del brazo de Gilberto y, sobre todo, de la bondad de Dios.

Bien sujetos los escudos, lanzas en ristre, ambos caballeros se dirigen uno contra el otro al galope de sus caballos. Cuando se encuentran, las lanzas saltan hechas astillas. Gilberto ha conseguido desviar el golpe con su escudo, pero Yvain, que ha sufrido de lleno el lanzazo, pierde los estribos y debe sujetarse desesperadamente al cuello de su bridón para no caer. Tan sólo cuando llega al extremo del campo consigue recuperar el equilibrio. Lo mismo que Gilberto, toma una nueva lanza y, haciendo girar su cabalgadura, torna de nuevo al ataque.

Esta vez la lanzada de Gilberto es aún más certera e Yvain sale despedido de su silla; pero su enorme corcel ha chocado con el de Gilberto haciendo rodar por tierra a caballo y caballero.

Yvain se incorpora rápidamente y sacando su espada se dirige hacia Gilberto. Una pierna de éste ha quedado aprisionada por su montura. Saca también su espada y hiere a su caballo, que se incorpora lanzando un relincho de dolor. Intenta levantarse, pero vuelve a caer sobre su rodilla derecha. Tiene una pierna rota. Bruno se inclina hacia mí y con desesperación exclama: «¡Todo está perdido!»

Todo está perdido. Yvain se ha lanzado sobre Gilberto y comienza a descargar feroces golpes de espada que mi amigo, semiarrodillado, detiene con su escudo. Yvain gira en torno de Gilberto buscándole la espalda, y a éste no le queda otro remedio que mantener su escudo horizontal sobre la cabeza, cubriéndose con él todo el cuerpo.

A cada golpe saltan astillas del escudo de Gilberto. Yvain, deseando terminar de una vez y seguro de su triunfo, arroja al suelo el suyo y empuñando la espada con ambas manos, descarga con todas sus fuerzas el golpe definitivo.

Un grito de asombro y admiración ha surgido de todas las gargantas. En el momento en que Yvain descargaba su golpe Gilberto, arrojando también su escudo, se ha dejado caer rodando sobre sí mismo. Llevado de su propio impulso y al no encontrar resistencia, el señor de Forner se inclina hasta casi tocar el suelo. Y en el instante en que inicia el movimiento para incorporarse, desde tierra, el brazo derecho de Gilberto, el brazo que empuña su espada y que mantenía doblado sobre el pecho, se extiende hacia arriba trazando un semicírculo con la velocidad de un rayo.

Yvain está erguido de nuevo, sus dos brazos completamente alzados, empuñando la espada como si fuera a descargar un nuevo golpe. Pero ahora entre los dos brazos, en lugar de la cabeza cubierta por el yelmo, hay una fuente que se eleva impetuosa tiñendo de rojo su acero. Así permanece unos momentos interminables. Después, cuando el rojo manantial ha perdido su fuerza, sus manos sueltan la espada y lentamente se desploma, quedando tendido a un par de varas del yelmo que aún aprisiona la cabeza de quien fue el señor de Forner.

Gilberto se ha incorporado y, apoyándose en su espada, intenta en vano caminar. Dos escuderos corren hacia él para sostenerlo. Pero yo ya no le estoy mirando. No tengo ojos ni para el caballero ni para Bruno que, a mi lado, salta de alegría. Mis ojos van de la horca que se alza al otro extremo del campo al regio estrado donde, como en mi sueño, dentro de poco me ceñirán esa diadema que confirma la nobleza de mi estirpe y consagra la legitimidad de mi derecho.



En la página 63 el lector encontrará información sobre:  
los juicios de Dios.

## El nuevo monasterio

Cual las nubes en un cielo sereno, así es el correr de los años.

Son ya quince desde aquel día en que fui investido con el título de barón de Forner. Durante este tiempo muchas cosas me han acaecido, buenas y malas. Entre las buenas, celebraría ante todo el recuperar a una madre a la que ni recordaba tan siquiera, así como mi boda con Margarita, la bella sobrina del conde de Tolosa que tantos días de felicidad me ha dado, y el ver crecer a nuestros dos hijos, Marian y Robert. Entre las malas, las intrigas y asechanzas que siempre acompañan al poder, y alguna guerra en que he debido intervenir contra mi voluntad, pues tal como transcurrió mi infancia soy menos dado a la guerra que a la paz.

Ciertamente no hago honor a la sangre de mi abuelo, el bravo cruzado. Odio la violencia y, en lo posible, procuro evitarla. Ni siquiera disfruto en las justas y torneos y estoy muy lejos de ser un espejo de lo que se entiende por caballero. Si alguna vez empuñé la espada fue para defenderme de vecinos ambiciosos, y en estos pocos casos nadie ha podido tildarme de falta de valor. Pero yo nunca emprendí ninguna hostilidad. Empleo mis fuerzas en gobernar mis estados con justicia, procurando socorrer a los necesitados conforme enseña Jesucristo, nuestro Señor. A esto, a mi familia y a la reconstrucción del monasterio es a lo que dedico mi vida.

Desde que dispuse de medios y poder para ello, levantar de nuevo el monasterio abandonado ha sido mi principal obsesión porque, como también pensaba el hermano Martín, pienso que ése es el designio de Dios.

Fue designio de Dios que abandonaran al hermano Martín siendo un niño a la puerta del monasterio para que, tras el desastre que lo llevó a su destrucción, permaneciese en sus desoladas ruinas y así pudiera recogerme a mí de entre los muertos; a mí cuyo destino, estoy seguro de ello, sería el reconstruir la abadía destruida por culpa de un hombre de mi misma sangre, Silvestre de Forner, gracias al milagroso auxilio que pudo prestarme un peregrino que extravió cierta noche su ruta y a quien el Señor encaminó hacia nosotros para que se cumpliera lo que en su suprema sabiduría había dispuesto.

Y ahora todo está cumplido. Hace tiempo que los monjes blancos\* pueblan la nueva abadía que yo ordené edificar sobre los restos de la que se quemó. Aunque las obras no están del todo concluidas –falta, según me han dicho, completar alguna capilla y cerrar la sala capitular–, los que lo han visitado se hacen lenguas de la grandiosidad del monasterio. Mucho tiempo ha transcurrido desde que estuve por última vez allí, cuando se estaban iniciando las obras que yo costeaba en su mayor parte. Ahora por fin, cuando ya está casi totalmente concluido, voy de nuevo a visitarlo.

Antes de llegar a la abadía puedo darme cuenta del enorme cambio producido. Lo que eran salvajes bosques y eriales despoblados ahora son tierras feraces cultivadas con amor y esmero. Puedo comprobar cómo los prados, los viñedos, los huertos colmados de hortalizas y frutales, las tierras de sembradura rodean el espacio que circunda la abadía extendiéndose hasta el río. Es la obra de los monjes blancos. Nada más cruzar a la otra orilla aparece el bosque. El bosque espeso y sombrío del que una noche surgió Gilberto.

¡Gilberto! Al fin veré otra vez a quien para mí es más que un amigo, más que un hermano. Diría que es como un padre, si ese lugar no lo ocupara en mi corazón el hermano

Martín. Cuando, desde la cima de la colina contemplo la imponente fábrica del monasterio, una intensa, incontenible

\* Se denomina así a la orden del Císter, en contraposición a los monjes negros, de Cluny, de acuerdo con el color de sus hábitos.

emoción, me llena. Apresuro el paso. Martín y Gilberto me esperan allí.

Aunque es ya muy anciano, Gilberto aún se conserva bien. Más delgado y muy pálido, su espalda ligeramente corvada, envuelto en sus blancos hábitos su figura tiene algo de espectral, algo que sobrecoge. Sin embargo, su sonrisa dulce y amorosa pronto me borra esa impresión, y vuelvo a gozar de esa sensación cálida y protectora que siempre me produjo su presencia.

Estamos en la pequeña celda situada junto al gran dormitorio de los monjes. El abad es quien únicamente dispone de una celda individual en todo el monasterio. ¡Y qué extraño se me hace ver a mi viejo amigo de abad! Aunque sin duda fue mi favor, así como su edad, lo que motivó, su elección hace tres años, a la muerte del anterior abad. Sin duda una elección acertada.

La celda y el dormitorio comunal se hallan en el segundo piso, sobre la sala capitular. Durante toda la mañana he recorrido el monasterio. He visitado la residencia de conversos, los lagares, la bodega, las cuadras, la herrería. He visto la cocina, la enfermería, el refectorio, la sala capitular y el claustro. Del claustro he cruzado con los monjes –y esto en deferencia a mi persona, pues esa puerta únicamente se destina a ellos– a la iglesia, y he unido mi voz a la suya en el coro. Tras compartir sus pobres alimentos, he subido a la celda de mi amigo el abad.

La celda, pequeña y blanca, tiene la sobriedad y sencillez que domina en todo el monasterio. Pero esta sobriedad, este despojo de todo ornato ¡qué profunda sensación transmite de paz y de belleza! Ese claustro cuadrado, cuatro galerías abovedadas en torno a un patio desnudo, de capiteles sencillos sin adornos, sin imágenes de caballeros, de campesinos de bestias y pájaros, de monstruos y demonios que tanto he admirado en otras abadías; este claustro tan desnudo, pero tan armonioso y proporcionado, derrama en el alma como un bálsamo de luz. Y después la iglesia, también austera, también sin ornatos, sin grandes puertas, sin pinturas, sin otra cosa que esos estrechos ventanales por los que se filtran unos rayos de luz que permanecen flotando en la penumbra como espíritus celestiales ¡cómo eleva el alma en la perfecta armonía de sus proporciones! Y cuando toda ella se llena con las voces de los monjes que entonan los salmos, el cántico parece hermanarse con la luz y elevar nuestro pensamiento hasta el paraíso.

Sí, tienen una extraña belleza los monasterios de los monjes blancos. Incluso esta celda humilde y desnuda, esta celda que asimismo es un cuadrado perfecto, también sume el alma en la paz y eleva nuestros pensamientos hacia Dios.

En la pared cuelga un crucifijo de madera. Junto a dos sillas, una cama estrecha y una mesa sobre la que hay una Biblia, forma todo el menaje de la celda. Mas de pronto descubro algo que me había pasado desapercibido. Frente al crucifijo, en una hornacina, hay una imagen en piedra de la Virgen, nuestra Señora.

Me aproximo a examinarla. Gilberto, acercándose a mí, me dice sonriendo:

–¿Te gusta? Es la obra de un hábil tallista. Pensé colocarla en la puerta de entrada, pero como algunos monjes dóciles a los consejos de Bernardo podían sentirse molestos por la presencia de una imagen, la traje a mi celda. Sé –añade suspirando– que en esto me aparto del espíritu de la orden. Pero tú, que conoces mi vida, te darás cuenta de que a un hombre que pasó por lo que yo pasé no le viene mal tener en su cuarto una imagen de la Madre de Dios.

–Su sonrisa –le digo– me recuerda la sonrisa milagrosa de la Virgen de nuestro pobre Jacques.

–Sí, acaso por eso me encapriché de ella.

–¿Sabes una cosa, Gilberto? En todas las iglesias que ahora se están construyendo en las ciudades, siempre que tallan una imagen de santa María la representan sonriente, como la del milagro.

–Fíjate en esta imagen. ¿No te recuerda una de esas niñas campesinas que nos encontrábamos por los caminos? Muchas veces he pensado que ése era el verdadero significado del milagro del pobre Jacques. Dios nuestro Señor, al hacer que la Virgen sonriera, quería indicarnos que le incorporaba a su iglesia. No a los monjes ni a los caballeros, sino a Jacques el campesino, el pobre y despreciado campesino. Por eso ahora, según cuentan, los nuevos tallistas llenan las iglesias con imágenes que reflejan los rasgos de la gente del pueblo. Nuestra orden está en contra de ello, porque dicen que ninguna imagen debe esculpirse en la casa de Dios. Pero yo creo que se equivocan. El pueblo debe incorporarse a la Iglesia, debe formar parte de ella y en ella reconocerse.

Hemos vuelto a nuestros sencillos asientos. Durante un rato Gilberto permanece en silencio. Al fin reemprende su discurso interrumpido.

–Este monasterio... Hiciste bien en construirlo. Dices que ése era el designio de Dios, que nos escogió a ti y a Martín y a mí para poder realizar esta obra. Puede ser. Yo me siento feliz aquí. Participo en la oración común y en el trabajo común. Lejos de tanta sangre, de aquella aventura misteriosa, acaso demoníaca que viví, espero que mis rezos lleguen hasta el Señor. Y espero también que mi trabajo, ese humilde trabajo de labriego, dé su fruto.

–Esto antes era un erial. Nosotros lo hemos desbrozado, hemos convertido el bosque en una tierra fértil. Y esto es lo importante. Ya han comenzado a llegar los campesinos. Ahora son conversos. Más tarde serán colonos y llegará un día que las tierras del monasterio serán sus propias tierras. Y levantarán aldeas y las aldeas tendrán su iglesia, una iglesia donde serán ellos, no los monjes, quienes rezarán. Entonces acaso el monasterio ya no tenga razón de ser, pero no importará porque habrá cumplido su función.

Ha oscurecido. Hasta nosotros llega el son cristalino de la campana.

–Vamos a la iglesia. Es la hora de la oración. Aunque me temo –añade con su suave sonrisa– que así como no fui un buen cruzado, tampoco seré un buen abad.

Hay un solo lugar al que no llegó la reconstrucción de la abadía: la cocina del monasterio abandonado donde transcurrió mi infancia bajo la protección y el cuidado del hermano Martín.

Fue mi única exigencia cuando cedí los terrenos y proporcioné los medios necesarios para la construcción del monasterio. Eso, y que permitiesen seguir en ella al hermano Martín, ya que ésa era su voluntad.

Así que la vieja cocina continúa allí, más allá del dormitorio de los conversos, junto a la muralla. Todo permanece igual. Arde un tronco en la chimenea. Gilberto, Martín y yo estamos sentados en torno al fuego. Sólo falta León, el gran alano. León y la luz de los ojos del hermano Martín...

No ha podido verme, pero sus manos han pasado y repasado mi rostro y mis cabellos, como si me viese con ellas. Y mientras me palpa, repite y repite mi nombre: Moisés.

–Ya no es Moisés, Martín –dice Gilberto–. Ahora es Robert. Robert de Forner.

–Para mí siempre será Moisés. Moisés, salvado de las aguas.

–Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba así. Y ahora me agrada. Me agrada escuchar ese antiguo nombre en tu voz.

–¿Te gusta? A mí me gustaría verte. Debes de ser un mozo muy gallardo, pero yo sólo te diviso como una sombra.

–¿Te acuerdas, Moisés? –media Gilberto dándome por primera vez desde que llegué al monasterio ese nombre–. La noche que llegué aquí era yo el que no te veía. Y ahora es Martín quien no te ve. Acaso pronto dejemos de verte los dos...

Permanecemos en silencio. Como aquella noche, crepita el tronco en el hogar. Miro a Martín y mi corazón se llena de ternura al verle tan anciano, tan desvalido. Sigue haciendo su vida de ermitaño. A veces acompaña a los conversos a la iglesia, pero por lo general le gusta orar solo, fiel a sus costumbres solitarias. También le gusta trabajar una pequeña huerta junto a la muralla, empeñado como está en comer del trabajo de sus manos.

Lejano llega el son de la campana.

–Llaman a la oración –dice Gilberto–. Voy a la iglesia. ¿Queréis acompañarme?

–Es el viento del norte –susurra Martín.

–¿Qué dices, Martín? –pregunta Gilberto mientras me mira sonriendo.– Hace muchos años que ya no existe esa campana.

–Voy a pasar la noche aquí –le digo–. Mañana te buscaré para despedirnos.

Gilberto abre la puerta. Una ráfaga fría agita las llamas del hogar.

–¿Has oído? –dice Martín cuando la puerta se cierra tras ese raro abad, que no desdeña cruzar la línea que separa a los monjes del coro de los conversos, para pasarse las horas con un anciano ermitaño –¿Has oído, Moisés? –repite Martín– Siempre que empieza a tañer la campana, es porque va a llegar el viento del norte...

# Apéndice

## Capítulo 2:

### *La mujer loba*

Una de las características que se atribuye a las brujas durante la Edad Media, según recoge Michelet en *La sorcière*, es la de transformarse en lobo para posteriormente recobrar su forma humana.

Por ello, y dada esta general creencia, resulta extraño que apenas se recoja la fábula de la mujer loba en la literatura medieval. Dos de las muestras más conocidas de licantropía en dicha literatura son el *lai* bretón anónimo, *Melión*, y el *lai* de María de Francia *Bisdavert o El Hombre-lobo*. Pero curiosamente los licántropos son masculinos en ambos *lais*. En los dos se indica que la transformación exige despojarse de las vestiduras, y que si alguien se apodera de ellas y el hombre lobo no puede recuperarlas, tampoco recobrará su condición de hombre. Yo, recogiendo lo esencial de ambos *lais*, he preferido otorgarle el protagonismo a quien realmente lo tenía en esta creencia medieval: la mujer.

### *El Caballero del Cisne*

Popularizada por la ópera de Ricardo Wagner, Lohengrin, la leyenda del Caballero del Cisne tiene su más antigua expresión escrita en un poema medieval francés del mismo título, dentro del ciclo correspondiente a la literatura surgida en torno a la primera cruzada. Posteriormente pasó a Alemania, hacia la segunda mitad en el siglo XIII.

En España la leyenda del Caballero del Cisne se recoge en la obra en prosa redactada en tiempos de Alfonso X, *La gran conquista de Ultramar*. La originalidad de esta versión española está en el principio de la narración, referente al nacimiento e infancia del caballero, distinto de las versiones francesas y alemanas y más próximo al relato popular maravilloso. Es de dicho principio del que me he servido en esta obra.

## Capítulo 4:

### *Monstruos y maravillas*

La creencia en hombres y animales monstruosos llega a la Edad Media de fuentes de la antigüedad (*Odisea*, *Eneida*, *Historia Natural de Plinio*) y va perdurar hasta los tiempos del descubrimiento y conquista de América. Las principales fuentes medievales de estas creencias se encuentran en los libros de viajes de Mandeville, Rubrouck, Oderico de Pordenone y Marco Polo. Claude Kappler en su obra *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, ofrece un panorama muy completo sobre este tema.

### *El viejo de la montaña*

A partir de las cruzadas se populariza en la Edad Media la leyenda del viejo de la montaña, un malvado y misterioso anciano que tenía en la cima de un escarpado monte un palacio rodeado de jardines maravillosos, donde llevaba a los jóvenes tras drogarlos para ofrecerles toda clase de delicias, entre ellas las de las más hermosas doncellas que se

pueden soñar. Tras hacerles creer que estaban en los jardines del paraíso, los volvía a drogar para llevarlos de nuevo a sus pueblos y ciudades. Allí les decía que si morían cumpliendo la misión que les encomendase volverían para siempre al paraíso. Y era así como el viejo podía disponer de un ejército de fanáticos dispuestos a asesinar a sus enemigos.

Esta es una figura histórica. Se trata del persa Hassan Sabbah, que a finales del siglo XI fundó la temible secta de los asesinos, que sembraron el terror en el Islam defendiendo los intereses de la secta ismaelí a la que pertenecía. Su fortaleza de Alamut, que parecía inexpugnable, fue por fin destruida por los mongoles. Lo que no parece cierto es la leyenda de que los asesinos eran reclutados a través del engaño y la droga, sino más bien lo eran por fanatismo religioso.

### *Ciudades deshabitadas*

El motivo de una misteriosa ciudad, a la que llega un maravillado y perdido viajero, aparece en varios relatos de *Las mil y una noches*. Con independencia del asombro mezclado de temor que puede producir a los conquistadores árabes las ruinas de ciudades de antiguas civilizaciones, como Susa, Persépolis y Babilonia, la ciudad maldita, estas ciudades abandonadas son uno de los puntos de encuentro con el «más allá», tal como lo son también la montaña, la cueva o el pozo.

## **Capítulo 5:**

### *Sueños complementarios y proféticos*

Entre los varios tipos de sueños que figuran en *Las mil y una noches* cabe destacar el de dos personas distintas que tienen sueños que se complementan. El mejor de ellos es sin duda el titulado *El sueño del hombre de Bagdad y el gobernador de El Cairo*. Un hombre sueña que encontrará su fortuna junto a la mezquita de El Cairo. Va allí obediente a su sueño. Ya en el patio de la mezquita es detenido junto a unos ladrones. Interrogado por el gobernador, le cuenta su historia y su sueño. El gobernador se ríe de su credulidad, diciendo que si fuese como él, tiempo ha que habría ido a Bagdad, ya que frecuentemente ha soñado que había un tesoro enterrado junto al pozo de un patio de una determinada casa. El hombre de Bagdad reconoce en la descripción del gobernador su casa, su patio y su pozo. Vuelve a Bagdad y descubre el tesoro enterrado.

### *Enamoramiento a distancia*

El enamoramiento de una persona que tan sólo se ha visto en sueño, o en un retrato, o a la que ni tan siquiera se ha visto pero de la que se ha oído ponderar su belleza, es un tema muy frecuente en los relatos de *Las mil y una noches*.

### *La sala prohibida*

El tema de la sala prohibida es uno de los clásicos del relato popular. En Europa el más conocido de estos relatos es el de *Barba Azul*, pero con otras variantes se encuentra el mismo tema en relatos de todo el mundo. También abunda este motivo de la sala prohibida en la literatura caballeresca, y muy concretamente en el ciclo artúrico.

### *Paraísos sensuales*

El poema novelesco persa *Siete imágenes*, de Nizam (S. XIII), relata como un rey sasánida mandó construir siete pabellones, en cada uno de los cuales alojaba a una bellísima princesa, de las que se había enamorado al contemplar sus siete imágenes en una sala de su palacio, y a las que había hecho traer de las siete partes del mundo. Cada día de la semana iba a visitar a una princesa distinta, y ésta le recitaba un cuento.

En "La historia del tercer calenda hijo de rey", de *Las mil y una noches*, el joven es conducido por el ave rock a un palacio maravilloso donde, durante un año, goza de la amorosa hospitalidad de cuarenta doncellas hijas de un mismo rey pero de distintas madres. Al cabo de un año las doncellas tienen que rendir a su padre la visita anual. Dejan al joven en el palacio, con la única condición de que no entre en una de sus cien salas. El joven infringe la prohibición, lo que le acarrea la pérdida de un ojo y, lo que es aún más grave, la de aquel maravilloso paraíso.

Esta historia de *Las mil y una noches* es una versión oriental del tema de Venusberg, el paraíso sensual, recogida en la leyenda medieval de Tannhäuser que habría de popularizar el genio de Ricardo Wagner. En realidad el tema de este paraíso del placer es otro motivo del folclore universal y se refiere al más allá iniciático, al edén perdido. Es la isla de las hadas, el maravilloso Avalón de la literatura celta que recogerían los *lais* bretones.

### *Cronología del más allá*

La cronología del más allá, de los paraísos de las islas afortunadas, no coincide con la del reino de este mundo. Allí los días son años reales y cuando el mortal cruza de nuevo las fronteras se encuentra con que sus cabellos han blanqueado. Este tema folclórico fue cristianizado a partir de la leyenda siria del siglo V *Los siete durmientes de Éfeso*, que dio origen en la Edad Media a un gran número de variaciones en las que se narra como un minuto de Dios equivale a un año de los hombres.

## **Capítulo 6:**

### *Cantar de Roldan*

Es el más antiguo e importante cantar de gesta francés que se conserva del ciclo carolingio. Su parte central narra la muerte de Roldan en Roncesvalles a manos de las tropas del rey Marsil de Zaragoza, merced a la traición del padrastro de Roldan, Canelón. El manuscrito conocido más antiguo data de la última década del siglo xi.

### *Vida de san Alejo*

Este breve poema redactado en la lengua de *oil* de mediados del siglo xi es una de las más antiguas muestras de la literatura francesa. Basado en una leyenda siria del siglo V pasó en el siglo X del oriente a Roma donde se recoge en *Las actas de los santos*. Con posterioridad al poema francés hay un poema alemán. Más tarde, dado el carácter edificante de la leyenda, ésta se incorpora a diversos *sermonarios* europeos.

### *Las marcas de nacimiento*

Esta señal que posteriormente permite la identificación del héroe es un motivo muy generalizado en el relato folclórico. En su fase más antigua esta señal consiste en un resplandor, una marca dorada o una estrella que indican la íntima relación del héroe con el otro mundo. La literatura caballerescas cambia este tipo de señales por las de una espada o lanza impresa en alguna parte del cuerpo del recién nacido. Más tarde, lo mismo que se separa en el relato mítico la señal del cuerpo del héroe, y en lugar de nacer con una estrella es una nueva estrella que aparece en el cielo la que indica el nacimiento, también en la literatura caballerescas en lugar de la marca en el cuerpo, la espada o un anillo que se coloca junto al recién nacido (caso de Amadís), servirá para el reconocimiento posterior.

### **Capítulo 7:**

#### *Curación de la lepra*

La creencia de que la sangre de una doncella puede curar la lepra pasa de oriente a occidente en la época de las cruzadas, recogándose como motivo secundario en algunos poemas caballerescos y convirtiéndose en motivo central del poema del siglo XII del alemán Hartman von Aue *El pobre Enrique*. En él se cuenta cómo una pobre campesina ofrece por amor la sangre de su corazón al caballero Enrique de Aue, enfermo de lepra. Pero el caballero, conmovido por el gesto de la doncella, rechaza el sacrificio. Entonces Dios obra un milagro sanando a Enrique, quien acabará felizmente desposándose con la bella y amorosa campesina.

### **Capítulo 8:**

#### *Fábulas*

Las fábulas de animales, a las que se suele denominar esópicas, debido a las pseudorecopilaciones de Esopo en latín vulgar, aunque sus fuentes sean varias, son muy populares durante la Baja Edad Media y se incorporan con frecuencia a los *exempla* para uso de los predicadores.

#### *El román de Renart*

Partiendo de *los fabliaux*, es un amplio poema construido por diversas ramas de distintos autores, que se compone en Francia durante los siglos XII al XIV. Aun careciendo de un argumento unitario, mantiene los mismos personajes y, bajo la fórmula aparente de cuentos y fábulas de animales, es una aguda sátira de las costumbres de la época.

#### *El juglar de Nuestra Señora*

Dentro del género de los *fabliaux*, destaca por su aliento poético esta narración anónima francesa del siglo XII al XIII. Cuenta como un pobre e ignorante juglar acogido en el monasterio de Claraval, incapaz de tomar parte en los rezos y oficios, quiere celebrar a la Virgen de la única forma que sabe: mediante bailes y piruetas. Los monjes le reprenden

tildándole de sacrílego, pero el juglar continúa hasta que muere por agotamiento. La Virgen con sus ángeles baja del cielo para llevarse el alma del juglar.

## **Capítulo 9:**

### *Oberón, rey de las hadas*

Inmortalizado por Shakespeare en *El sueño de una noche de verano*, Oberón, rey de las hadas, tiene su origen remoto en Alberich, el enano nibelungo de las leyendas germánicas que popularizará en su tetralogía Ricardo Wagner. Deformado su nombre en Alberón, el feo y malvado guardián del tesoro de los Nibelungos se transformará en el bellissimo y diminuto rey de los elfos Auberon, de la canción de gesta francesa del siglo XIII *Huon de Burdeos*. Esta visión de Oberón es la que va a predominar en la tradición popular de la Edad Media francesa, y es también la que hemos seguido en nuestra breve descripción.

## **Capítulo 10:**

### *El juicio de Dios*

Es la forma de ordalía reservada a los caballeros. Se basa, como todas las ordalías, en que en un litigio es el propio Dios quien manifiesta la razón a la parte que supera determinada prueba –en el caso que nos ocupa, la victoria en un combate individual–. Hacia finales de la Edad Media la hostilidad de la Iglesia, favorable a las pruebas del derecho romano, va a terminar con el juicio de Dios como prueba judicial. Muy abundante en la literatura caballeresca, puede servirnos de ejemplo el que sostiene Lanzarote en favor de la reina Ginebra.